

OBRA REUNIDA

Gabriela

1

POESÍA

*

Mistral

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

OBRA REUNIDA

Gabriela Mistral

SELECCIÓN E INVESTIGACIÓN

Gustavo Barrera Calderón / Carlos Decap Fernández
Jaime Quezada Ruiz / Magda Sepúlveda Eriz



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE

OBRA REUNIDA DE GABRIELA MISTRAL

© Ediciones Biblioteca Nacional de Chile, 2025

Primera edición: diciembre de 2019

Segunda edición: noviembre de 2025

ISBN Obra Reunida: 978-956-244-646-4

ISBN Tomo 1: 978-956-244-652-5

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaria de las Culturas y de las Artes

Jimena Jara Quilodrán

Subsecretaria del Patrimonio Cultural

Carolina Pérez Dattari

Directora Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Nélida Pozo Kudo

Directora Biblioteca Nacional de Chile

Soledad Abarca de la Fuente

OBRA REUNIDA

Gabriela

I

POESÍA

*

Mistral

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Í N D I C E

Prólogo	17
<i>Gabriel Boric Font</i>	
Palabras preliminares	20
<i>Carolina Arredondo Marzán</i>	
Recado ciudadano	22
<i>Dusan Martinovic Andrade</i>	
Para leer “Obra reunida de Gabriela Mistral”	24
<i>Pedro Pablo Zegers Blachet</i>	
D E S O L A C I Ó N	35
Prólogo de Jaime Quezada	37
Prólogo de la edición norteamericana	45
Prólogo de la edición chilena	49
P O E S Í A	51
V I D A	53
El Pensador de Rodin	55
La cruz de Bistolfi	56
Al oído del Cristo	57
Al pueblo hebreo	59
Viernes Santo	61
Ruth	62
La mujer fuerte	64
La mujer estéril	65
El niño solo	66
Canto del justo	67
El suplicio	69
In memoriam	70
Futuro	72
A la Virgen de la colina	73

A Joselín Robles	76
Credo	78
Mis libros	80
Gotas de hiel	83
El Dios triste	84
Teresa Prats de Sarratea	85
La sombra inquieta	86
Elogio de la canción	88
LA ESCUELA	93
La maestra rural	95
La encina	97
El corro luminoso	99
INFANTILES	101
El himno cotidiano	103
Piececitos	105
Manitas	107
Nubes blancas	108
Mientras baja la nieve	110
Plantando el árbol	111
Himno al árbol	112
Plegaria por el nido	115
Doña Primavera	117
¡Echa la simiente!	119
Promesa a las estrellas	120
Verano	122
Hablando al Padre	124
El Ángel Guardián	127
Caperucita Roja	129
A Noel	131
Caricia	132
Dulzura	133

Obrerito	134
Rondas de niños	136
Himno de la Escuela Gabriela Mistral	144

D O L O R	147
------------------	-----

El encuentro	149
Amo amor	151
El amor que calla	152
Éxtasis	153
Íntima	155
Dios lo quiere	157
Desvelada	160
Vergüenza	161
Balada	162
Tribulación	163
Nocturno	165
Los sonetos de la muerte	167
Interrogaciones	169
La espera inútil	171
La obsesión	173
Coplas	174
Ceras eternas	175
Volverlo a ver	176
El surtidor	177
La condena	178
El vaso	179
El ruego	180
Poema del hijo	182
Coplas	186
Los huesos de los muertos	189
Canciones en el mar	190
Serenidad	194
Palabras serenas	196

NATURALEZA	197
Paisajes de la Patagonia	199
I. Desolación	199
II. Árbol muerto	201
III. Tres árboles	202
El espino	203
A las nubes	205
Otoño	206
La montaña de noche	208
Cima	210
Balada de la estrella	211
La lluvia lenta	212
Pinares	214
El Ixtlazihuatl	216
Canciones de Solveig	218
PROSA	221
La oración de la maestra	223
Los cabellos de los niños	225
Poemas de las madres	226
Canciones de cuna	246
Motivos del barro	253
Poemas del éxtasis	261
El arte	267
Comentarios a poemas de Rabindranath Tagore	272
Lecturas espirituales	275
Motivos de la pasión	280
Poemas del hogar	284
A Mimi Aguglia	288
PROSA ESCOLAR-CUENTOS	291
Por qué las cañas son huecas	293
Por qué las rosas tienen espinas	298

La raíz del rosal	302
El cardo	304
La charca	308
VOTO	310
T A L A	313
Prólogo de Magda Sepúlveda	315
MUERTE DE MI MADRE	325
La fuga	327
Lápida filial	329
Nocturno de la consumación	330
Nocturno de la derrota	333
Nocturno de los tejedores viejos	336
Nocturno de José Asunción	339
Nocturno del descendimiento	341
Locas letanías	343
ALUCINACIÓN	345
La memoria divina	347
La ley del tesoro	349
Riqueza	352
Gestos. La copa	353
La medianoche	354
Dos ángeles	355
Paraíso	356
La cabalgata	357
La Gracia	360
La rosa	362

HISTORIAS DE LOCA	363
La muerte niña	363
La flor del aire	366
La sombra	370
El fantasma	372
MATERIAS	375
Pan	377
Sal	379
Agua	381
Cascada en sequedal	383
El aire	385
AMÉRICA	387
Dos himnos	389
I. Sol del trópico	389
II. Cordillera	394
El maíz	399
Mar Caribe	406
Niño mexicano	409
“Tamborito panameño”	411
SAUDADE	413
País de la ausencia	415
La extranjera	417
Beber	418
Todas íbamos a ser reinas	420
Cosas	423
LA OLA MUERTA	427
Día	429

Adiós	431
Ausencia	433
Muro	434
Viejo león	435
Enfermo	436

CRIATURAS 439

Canción de las muchachas muertas	441
Deshecha	443
Confesión	446
Jugadores	448
Leñador	450
Mujeres catalanas	452
Gracias en el mar	453
Vieja	456
Poeta	458
Palomas	461

CANCIONES DE CUNA 463

La tierra y la mujer	465
Semilla	467
Niño rico	469
Niño chiquito	470
Sueño grande	472
Canción de la sangre	474
Madre niña	476
Dormida	478
Encargos	480

LA CUENTA MUNDO 483

La cuenta mundo	485
El aire	485
La luz	485

Alondras	486
Montaña	487
El agua	488
Animales	489
Mariposas	489
Fruta	491
Pinar	492
Fuego	492
La casa	493
La tierra	494
ALBRICIAS	497
La manca	499
La pajita	500
El papagayo	501
El pavo real	502
La rata	503
DOS CUENTOS	505
La Madre Granada	507
El pino de piñas	510
RECADOS	513
Recado de nacimiento para Chile	515
Recado a Lolita Arriaga en México	519
Recado para las Antillas	521
Recado a Rafaela Ortega en Castilla	524
Recado para la Residencia de Pedralbes en Cataluña	526
Recado a Victoria Ocampo en la Argentina	529
NOTAS	533
Razón de este libro	535

Excusa de unas notas	537
Dedicatoria	538
“Muerte de mi madre”	538
“Nocturno de la consumación”	538
“Nocturno de la derrota”	539
“Dos himnos”	539
“Saudade”	541
“Beber”	541
“Todas íbamos a ser reinas”	541
“La sombra”	542
“Poeta”	542
“Albricia”	543
“Recados”	543
DE PUÑO Y LETRA	547

PRÓLOGO

“A mí me gusta la historia de Chile como un oficio de creación de patria” escribió Gabriela Mistral, como previendo su permanente deseo de pertenecer, retornar a su valle natal y hacer del mundo un lugar al que humanizar. Entre montañas, estrellas y ríos, Montegrande fue su “patria chiquita” y uno de sus primeros y últimos amores. En parte por eso, llevará consigo una bolsita con un puñado de tierra del Valle del Elqui en su peregrinaje.

¿Se habrá imaginado esa pequeña Lucila entre cantos y huertas, que se transformaría en 1945 en la primera persona latinoamericana en recibir el Premio Nobel de Literatura y la novena mujer del mundo en ser reconocida en todas sus categorías?

En el aniversario de los 80 años del Premio Nobel de Gabriela Mistral queremos que sienta a su propia patria cerca, acompañándola en un viaje épico donde la Academia Sueca reconocerá que su poesía lírica está “inspirada en emociones poderosas” y “ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”.

En esta ocasión, hemos querido reconocer la posibilidad que *Obra Reunida* abrió a la investigación, la creación artística y, especialmente, al cariño del pueblo de Chile por Gabriela Mistral. Esta reedición ciudadana incluye una nueva dimensión: la huella que la lectura de sus ocho tomos ha dejado en escuelas, bibliotecas, la cultura y las instituciones que custodian su legado, expresada en recados escritos por diferentes generaciones y lugares de Chile.

La *Obra Reunida* nunca será completa por su vastedad y multiplicidad enciclopédica. Recoge transcripciones, manuscritos de su puño y letra, mecanografiados, con notas en los bordes, borrones y otras marcas que trazaba Gabriela Mistral mientras escribía en una tabla de madera sobre sus rodillas. Estas son solo una muestra de los más de 18 mil documentos y objetos personales que fueron donados por Doris Atkinson el año 2007 a la Biblioteca Nacional de Chile y al Museo Gabriela Mistral de Vicuña.

Entre sus fondos, hay un borrador de lo que póstumamente se publicará como *Poema de Chile* en el que se lee “¿Qué será de Chile en el cielo?”, pregunta que inspira esta conmemoración. Desde la lejanía, su imaginación fraguaba una epifanía que nunca la dejó en paz y que siguió construyendo, porque, como ella decía, “nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo”.

Su viaje no es solo a pie, en trenes, barcos o aviones, también es cantando a Chile. Rememora, estudia e inmortaliza el aroma de la manzanilla y el vuelo de los cisnes de cuello negro; los pueblos pequeños y las gradas de la catedral capitalina; los choapiños clásicos de la Araucanía y la gente que labra con sus manos, sobre todo, el pan, la greda y la tierra.

En cada poema, en cada recado, en cada ensayo, en cada decálogo o epístola, Mistral escribió sobre lo imprescindible: la libertad, la educación, los derechos humanos, los afectos, la paz, la cultura y la justicia. En su obra también dio voz al mundo campesino, la infancia, las mujeres, los pueblos originarios y otros protagonistas cuya historia aún no alcanzaban las portadas.

“Es sobria y simple, como un mármol clásico” declaraba sobre su Chile, como si escribiera de ella misma. Sencilla, soberana, alegre y triste, sus letras nos cuentan de un vuelo que emprendió más como huemul que cóndor, sin olvidar nunca que “La patria es el paisaje de la infancia”.

“Un Nobel al pueblo” escribió Gabriela Mistral en su testamento y en este aniversario, su patria se une de norte a sur, atravesando cordilleras, valles y costas para rendirle un homenaje y recordar que es la “Hija de la Democracia chilena”, como conmovida declaró al recibir el Nobel un 10 de diciembre de 1945 y nos recuerda desde su dedicatoria de *Desolación* a Pedro Aguirre Cerda y Juana de Aguirre Luco, por “la hora de paz que vivo”.

¿De dónde viene Gabriela? ¿De Vicuña, Montegrande, Los Andes, Punta Arenas, Temuco? ¿De México, España, Italia, Brasil, Estados Unidos? ¿De los niños, de los indios, de los estudiantes? ¿De la Biblia, de la muerte, de la pena?

Gabriela Mistral viene de la tierra, y es humanidad. Seguir su recorrido físico es viajar a través de Chile y el mundo a través de la palabra y el amor, pero también de la preocupación por los destinos de una civilización con valores en disputa, de la que ella se hizo parte en su época desde el humanismo universal que siempre cultivó.

Esta edición de parte de su obra hasta ahora inédita nos trae al presente la fuerza de la ética, en tiempos en donde el viaje de Gabriela se vuelve una vez más refugio de esperanza frente los vaivenes del mundo.

Gabriel Boric Font
Presidente de la República de Chile

Con la reedición de esta obra reunida de Gabriela Mistral, celebramos un acontecimiento que vuelve a situar su palabra en el centro de nuestra vida social y cultural. Cada página aquí contenida, al ser nuevamente convocada en este volumen, confirma la vigencia de un pensamiento y de una sensibilidad que no se agotan en su tiempo, sino que continúan proyectándose hacia el futuro.

En la historia, los libros han sido siempre más que un objeto: han sido vehículos de identidad, de diálogo y de encuentro. Esta nueva edición se inscribe en esa tradición y la renueva, al ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de reencontrarse con la obra reunida de Gabriela Mistral, cuya voz mantiene intacta su capacidad de iluminar los desafíos del presente y de abrir caminos hacia el futuro.

El año 2025 ha sido una oportunidad de celebrar nuevamente todo ese legado, en el contexto de la conmemoración de los 80 años de la obtención del Premio Nobel de Literatura. Un acontecimiento que la convirtió en la primera persona en Latinoamérica y en la única mujer hasta ahora de la región en recibir este importante reconocimiento.

Como Estado y Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio celebramos este hito no solo por nuestra convicción de que la instituciones y la sociedad debe reconocer a una de nuestras más grandes creadoras, sino también por la continuidad de nuestra memoria colectiva y la dignidad de quienes habrán de recibirla y enriquecerla con nuevas lecturas. Esta reedición no es únicamente una compilación de textos: es también un acto de reconocimiento y de con-

fianza en la capacidad de la cultura para transformar y dar sentido a la vida en común.

Espero que estas páginas de Gabriela Mistral puedan ser leídas hoy con el mismo espíritu con que fueron concebidas: como una invitación a pensar, a recordar y a proyectar, con la certeza de que en su palabra encontramos siempre la fuerza necesaria para enfrentar el presente y construir el porvenir.

Carolina Arredondo Marzán
Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

RECADO CIUDADANO

RECUERDOS CON OJOS NUEVOS

La figura de Gabriela Mistral llegó a mí de la mano de los primeros educadores que pusieron sobre nuestros ojos bellos poemas con temática infantil, que nos llamaban a memorizarla sagradamente. Esos versos nos permitieron comenzar a conocerla y a hacer carne la idea de *Chile, país de poetas*.

Como escritora, me acompañó en su destierro patagónico y cuando el viento “capataz de las tempestades” azotaba mi hogar en noches furiosas que asustaban mi sueño, sentía que escribía para mí.

Hoy, al caminar las estrechas calles de Vicuña, rememoro la conexión profunda de esta ciudad con su hija predilecta. Gabriela Mistral hace muchos años bajó del frío mármol para volverse mujer, poeta, maestra y, en Vicuña, vecina. Su valle remonta en mí la alegría que ella sentía al recorrerlo. Los pueblos elquinos recuerdan las mateadas con amigas en el Tambo, las cabalgatas de niña rumbo a Diaguitas en búsqueda de su madre y hermana, sus recorridos por el tren elquino y el Montegrande de su infancia feliz.

La obra de Gabriela Mistral no nació en el eje ruidoso de las metrópolis, sino en el recogimiento del Valle del Elqui. Desde Vicuña, esa voz aprendió a mirar el mundo con paciencia de maestra y con oído atento a la vida cotidiana: la escuela, la aridez, el huerto, los niños, el dolor y la justicia. Ese origen marcó su manera de pensar y escribir: una palabra que se sabe humilde y, a la vez, capaz de proyectarse a lo universal.

Desde el Museo Gabriela Mistral de Vicuña —emplazado junto al sitio natal de la autora— leemos esta Obra Reunida como memoria viva de un territorio que se piensa a sí mismo dialogando con el mundo. La vecindad con su casa-natal y el archivo local, nos ayuda a recordar que el primer marco de la experiencia de Mistral fue este valle: su geografía de claros y sombras, su economía de esfuerzos, sus escuelas que sostienen a la comunidad. Leerla desde aquí es leerla con el contexto que la vio empezar: un territorio que todavía guarda el silencio suficiente para escuchar.

Al celebrar 80 años del Nobel de Literatura, es imprescindible volver a leer a Mistral, sentarse y sentir que escribe nuestras historias, y que sus palabras son tan cercanas que parece que nos hablara a cada uno de sus lectores. Hoy la volvemos a leer, que es la mejor forma de homenajear a una mujer chilena extraordinaria.

Dusan Martinovic Andrade
Director Museo Gabriela Mistral de Vicuña

“OBRA REUNIDA DE GABRIELA MISTRAL”

Esta *Obra reunida de Gabriela Mistral* surge en el contexto de los 80 años de la celebración del premio Nobel de literatura concedido a Gabriela Mistral en 1945 y de una necesidad impostergable de dar a conocer más extensamente su legado literario, tanto en verso como en prosa. Esta es una antigua aspiración de quienes llevamos una vida recogiendo, estudiando y divulgando su obra. Con todo, después de la donación de Doris Atkinson a la entonces Dibam (actual Servicio Nacional del Patrimonio Cultural), en 2007, y en un momento donde el corpus de su legado literario se ha visto muy acrecentado, el interés por ella también aumentó no solo en la academia, sino además en un ámbito más amplio de lectores, ya sea por un contexto sociocultural más heterogéneo y complejo, por los nuevos enfoques y perspectivas, por una distinta manera de situarse en el mundo y la sociedad —y, por supuesto, en la literatura, que diversifica y amplía las lecturas a una escritura que crece con el tiempo y las miradas que en ella se detienen y centran. A estos lectores, múltiples y diversos, no necesariamente especialistas, va dirigida esta *Obra reunida*, como una forma de abrir su legado y difundirlo lo más abarcadoramente posible.

Durante algún tiempo tuvimos la tentación de llamar a esta iniciativa editorial “Obras completas”, pero recapacitamos rápido, teniendo la claridad absoluta de que resultaba imposible e inabordable pensar en la recolección de todo el legado de la poeta de Elqui. Es bien sabido que su periplo por Chile comienza de modo temprano: Lucila Godoy se

inicia en el magisterio a los 15 años en su provincia natal y se desplaza por todo Chile. Terminado este largo viaje por la patria, y cuando ya Gabriela Mistral desplazaba a la joven Lucila, empieza su largo peregrinaje por América y el mundo. Fue en este constante ir y venir donde fue dejando en diarios y revistas sus múltiples trabajos y colaboraciones, muchos de ellos todavía no recogidos en antología u obra alguna. En este punto, hay que aclarar que el concepto de “obra completa” en el caso de Mistral es prácticamente inabarcable, dadas las condiciones y circunstancias en las que vivió y escribió, en una suerte de trashumancia permanente, desde que salió de Chile hacia México en 1922. Por eso hemos optado por el título más cercano a este proyecto de *Obra reunida de Gabriela Mistral*.

Se incluyen sus textos más importantes, lo que podríamos denominar su obra oficial, aquellos que hemos llamado “canónicos”, editados en vida por la autora, y que en gran parte han sido publicados en libros individuales y en diversas compilaciones anteriores, pero sin dejar de incluir una cantidad significativa de inéditos y dispersos que estimamos “acabados” y no en proceso de escritura. Aquí hay que hacer una aclaración: efectivamente existe mucho trabajo de Gabriela Mistral en ese proceso de taller, tan afín con su modo de escribir, con ese prurito de la corrección excesiva, y que por esa razón no ha sido incluido en estas ediciones.

Yo escribo sobre mis rodillas y la mesa o escritorio nunca me sirvió de nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa.

Escribo de mañana o de noche, y la tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la razón de su esterilidad o de su mala gana para mí..

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa; siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y Europa me da borroneado. Mejor se ponen mis humores si afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles.

Mientras fui criatura estable en mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato, sobre la carne caliente del asunto. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escribo sino en medio de un vaho de fantasmas. La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me oprime, y rara vez me deja ver el paisaje y la gente extranjeros.

Escribo sin prisa generalmente y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la cordillera. Me irrita en todo pararme y tengo siempre al lado, cuatro o seis lápices con punta porque soy bastante perezosa, y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho, excepto los versos...

En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua, exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, un crujido de dientes bastante colérico, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma...

Ahora ya no me peleo con las palabras, sino con otras cosas... He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías cuyo tono no es el mío por ser demasiado enfático. No me excuso sino aquellos poemas donde reconozco *mi lengua hablada*, eso que llamaba don Miguel, el vasco, “la lengua conversacional”.

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer, leyendo unos versos que aun así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desata-dura posible queda en lo que hago, sea verso o sea prosa (“Cómo escribo”, Montevideo, 1938).

La concepción principal de esta *Obra reunida* es, como decíamos antes, la de una edición de divulgación para un público amplio y también para aquellos que tienen un conocimiento más acabado. No tienen un carácter crítico, desde una perspectiva académica o filológica, por lo tanto, el sistema de notas es el necesario y mínimo a pie de página, con la extensión precisa para cada caso, según la información adicional o aclaratoria requerida, y muchas fueron hechas por la propia autora.

El primer tomo incorpora una Introducción del presidente de la República, Gabriel Boric Font, las Palabras Preliminares de la Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, Carolina Arredondo Marzán y, como estudioso de la obra mistraliana, estas notas de quién escribe, para proponer los criterios de lectura y de selección de la obra. Asimismo, el equipo editorial, tanto el coordinador general como los investigadores, redactó para todos los tomos una breve introducción que da cuenta del contenido y los criterios de selección de cada uno de ellos. Además, por el carácter de obsequio del Estado a la ciudadanía de Chile, en cada tomo se ha incorporado un “Recado” de personas no necesariamente dedicadas al estudio de Gabriela Mistral, como un gesto lector a su inmenso aporte literario a nuestro país. De esta manera, también en este primer tomo se incorpora un “Recado ciudadano” de Dusan Martinovic, actual Director del Museo Gabriela Mistral de Vicuña, cuna de la poeta.

Considerando la cantidad de material por publicar, la extensión del total de la *Obra reunida* suma ocho tomos, cada uno con 500 páginas aproximadas. De este modo, se pretende conseguir una edición manejable, digna y de la factura que necesita y merece este proyecto. Igualmente, se asegura no dejar fuera de la compilación textos ya sea “canónicos”, como otros menos conocidos o inéditos de importancia temática y estructural que sean fundamentales para un conocimiento acabado del que podríamos llamar corpus mistraliano. Los ocho tomos de la *Obra reunida* se han organizado de la siguiente manera:

Tomos 1 y 2: poesía editada en vida por la autora. Tienen como referencia en dos casos las primeras ediciones de cada uno de sus cuatro libros y en los otros dos, las más significativas.

Tomo 1: *Desolación*, Editorial Nascimento, Santiago, 1923; *Tala*, Ediciones Sur, Buenos Aires, 1938; Tomo 2: *Ternura*, Editora Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1945, y *Lagar*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1954.

Tomo 3: poesía póstuma. Contiene el libro *Poema de Chile*, en su primera edición de Editorial Pomaire, 1967, por ser esta la que Gabriela Mistral dejó preparada en vida y visada por su albacea Doris Dana. Además, su poesía inédita y dispersa, recogida por investigadores y expertos en *Lagar II*, dado que constituye un conjunto unitario y coherente en su estructura, discursividad y temáticas.

Tomo 4: abarca toda su poesía inédita y dispersa, que ha sido reunida, aún provisionalmente para el proyecto, en libros como *Almácigo*, de Luis Vargas Saavedra, o *Reino. Gabriela Mistral (poesía dispersa e inédita, en verso y prosa)*,

recopilación de Gastón von dem Bussche, y gran parte del material que conserva el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional. Estos textos fueron revisados, leídos y redistribuidos en las secciones que se consideró pertinentes, fundamentalmente desde una perspectiva temática y cronológica. A cada sección se le asignó un título lo más denotativo posible, para que el lector se dé cuenta, de manera precisa —hasta donde en poesía se puede usar este término—, a qué panorama lírico se enfrenta. Por otra parte, el equipo editorial consideró la inclusión en este tomo de los primeros poemas de Gabriela Mistral, de carácter modernista, o cercanos al romanticismo tardío, la mayoría publicados en Coquimbo, Los Andes y Magallanes, en diarios y periódicos regionales. Por ser esta una producción algo vasta y en algunos casos aún vacilante, se hizo una selección representativa de ella.

Tomo 5: contiene la obra en prosa poética de Gabriela Mistral. El libro está compuesto por *Motivos de San Francisco* (Editorial Andrés Bello, 2008) y otros textos contenidos en libros ya compilados como *Materias*, de Alfonso Calderón, u otros en que se recogen sus “elogios” o “estampas”.

Los tomos 6 y 7 reúnen la prosa ensayística, artículos, los llamados “recados”, ensayos, que están conformados por textos publicados originalmente en diarios y revistas, y luego recopilados en libros de investigadores como Roque Esteban Scarpa, Alfonso Calderón, Luis Vargas Saavedra, Jaime Quezada, o los trabajos de nuestra autoría, y textos que conserva el legado donado por Doris Atkinson, que permanecían inéditos o dispersos. Los tomos en prosa están divididos en dos volúmenes estructurados con un criterio temático.

Tomo 6: Prosa. Incorpora el material en prosa referente a Chile y América, tanto desde el punto de vista de los paisajes, geografía, personajes ilustres (políticos, escritores o próceres), prácticas artísticas y oficios.

Tomo 7: incluye textos en prosa referentes a Europa y Norteamérica.

Tomo 8: Epistolario. Compila la correspondencia de Gabriela Mistral de carácter público (intelectuales, políticos o escritores) más relevante, por sus destinatarios y destinos o espacios geográficos donde se ubicaban en la época sus interlocutores. Cerrará este tomo con un recorrido por los hitos fundamentales de su vida y una bibliografía lo más rigurosa y somera posible, con todos los libros que contienen su gran legado literario.

Para los efectos de determinar qué obras ya sea editadas en vida, póstumamente, en prosa y verso, acabadas e inéditas o dispersas se reunirían en este proyecto, se convocó a un grupo de expertos y especialistas en la vida y obra de Gabriela Mistral, externos a la Biblioteca Nacional y al Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, para que colaboraran con su conocimiento y saberes en la actual publicación de Ediciones Biblioteca Nacional.

El equipo que se hizo cargo de esta *Obra reunida* está conformado por el poeta y experto en Gabriela Mistral Jaime Quezada Ruiz; la académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile Magda Sepúlveda Eriz; el editor y poeta Carlos Decap Fernández; el poeta Gustavo Barrera Calderón, quien además formó parte del equipo que se encargó de ordenar y clasificar el legado de Gabriela Mistral que donó Doris Atkinson a la Biblioteca Nacional de Chile,

entre el 2008 y 2010, y Thomas Harris Espinosa, jefe de Ediciones de la Biblioteca Nacional.

Asimismo, es justo e imprescindible hacer un reconocimiento a la labor del equipo de Ediciones Biblioteca Nacional en esta nueva edición de la *Obra reunida de Gabriela Mistral*: Felipe Leal Troncoso, diseñador y diagramador de los textos; Carla Salazar Núñez, asistente editorial, Araceli González Cerei, Secretaria y Nora Carreño Cepeda, encargada de distribución y ventas. Agradecemos el aporte de todos ellos a este gran proyecto editorial.

Pedro Pablo Zegers Blachet
Licenciado en Literatura
Pontificia Universidad Católica de Chile
Academia Chilena de la Lengua

Los célebres Juegos Florales, celebrados en Santiago de Chile, en diciembre de 1914, darán flor natural, medalla de oro y corona de laurel, además de nombre literario y definitivo, a Gabriela Mistral. Con dicho nombre, que se haría universal, la poetisa firmaba sus premiados “Sonetos de la muerte”, dejando en el olvido, y solo como referencia bautismal, su Lucila Godoy Alcayaga. Estos famosos sonetos, que tienen mucho de romanticismo, sentimiento y drama, junto a otros de atmósferas similares —“Tribulación”, “Nocturno”, “Interrogaciones”—, formarán parte años más tarde de las páginas fundamentales de *Desolación*, con todo lo que tienen de amorosa-trágica historia y aureolada leyenda.

Es una época de influyentes y motivadores movimientos modernistas o posmodernistas, heredados de Rubén Darío o de Amado Nervo, autores tan vivencialmente admirados y sus obras tan leídas por Gabriela Mistral que, entre sus lecciones de maestra en escuelas rurales o en sus afanes educacionales recorriendo el territorio nacional, serán sus clásicas y permanentes lecturas. Y no solo aquellas preciosistas bebeduras, que le “hicieron más suave la línea de la loma”. También estas otras del florentino Dante (a cuya “voz todavía como un junco me inclino”) o de las mismísimas páginas de *Mireya*, el libro provenzal de Federico Mistral, “que fue mi surco abierto y que aspiré embriagada”. Así sean, por cierto, las devotas y sagradas páginas del Antiguo Testamento, “panorama estupendo, en donde se quedaron mis ojos largamente”. Atmósferas y lecturas ferrosas y motivadoras, amén de su propia pasión desolada, en su ardor, rescoldo o llamada que, aun así, deviene en la intensidad de una poesía de grandeza suma.

Desolación (Nueva York: Instituto de las Españas, 1922), el primer libro de Gabriela Mistral, y cuyo título proviene de uno de los poemas del libro mismo en sus “Paisajes de la Patagonia”, no solo es su admirativa y genésica obra inicial, sino a su vez el paradigma de su mucho pródigo tiempo de escritura, de errancias nacionales y de apasionados desvivires en un “amor que calla”. Libro que reúne ampliamente aquellos poemas y prosas que la autora escribió en sus años de permanencia en Chile, en especial durante su creativo período de maestra en Los Andes (1912-1917) y, luego, en Magallanes (1918-1920). De un bañar andino las cumbres de escarlata a unas desolaciones espirituales y geográficas en los paisajes del fin del mundo, que unas y otras tipifican título y tema a este libro-vida. Serán lugares geográficos chilenos, en gran parte, los que darán referencia de escritura y marco de universalidad a una *Desolación* enriquecida después, por aquellos otros paisajes del Anáhuac de su vivencial período mexicano.

Gabriela Mistral, quien escribe y prepara *Desolación* en ciertas horas de paz que tuvo, dedica íntegramente el libro a su amigo Pedro Aguirre Cerda, político radical chileno y por esa época senador, y con posterioridad presidente de la República. Su expresivo gesto de gratitud que asimismo da emocionales y didácticas luces sobre su primera obra, bien se revela en una carta fechada en México, en enero de 1923: “Le escribo para mandarle por paquete postal mi *Desolación*, el que he dedicado a usted y a su compañera. Perdone la parte personalísima y mundana, en mérito de los trozos educativos que van en él. No he tenido nada mejor que ofrecerle, como expresión de mi gratitud honda, fuerte y perdurable”. Sin duda que esa “personalísima y mundana” parte tiene que ver con todo el permanente amor-dolor que atraviesa dicha poesía. Y da mérito a aquella otra, que ella llama

“trozos educativos”, a la cual correspondería toda la sección “La escuela” (con su “Maestra rural” o su “Oración a la maestra”) y toda su motivadora “Prosa escolar” que cierra el desolado-amado libro.

Así, “La maestra rural”, en ese apostolado de dar y enseñar, que fue con fervor y gracia ella misma (“alma hecha para volcar aljófares sobre la humanidad”); “Al oído de Cristo” o “Viernes Santo” o “El Dios triste”, en su acercamiento devoto y litúrgico en un siempre anhelo de religiosidad, “como la gran mirada de Dios sobre mí”; “Balada”, “Interrogaciones”, “Los sonetos de la muerte”, con todo el amor-dolor, romanticismo, pasiones, celos y tragedia, tribulaciones de soledades que se dio y de soledades que le dieron; “Poema del hijo”, en sus anhelos y ausencias de maternidades (“Bendito mi vientre en que mi raza muere”); “Paisaje de la Patagonia”, “Árbol muerto”, en el remirar y sentir las blasfemias de una naturaleza en las australidades del mundo, y bajo “una Cruz del Sur que me mira temblando”; “Nocturno”, “Íntima”, “Éxtasis”, “Ruego”, en ese amargo ejercicio del amar vuelto espíritu y ardiente sentido, sentimiento trágico y, a su vez, pasión y sensualidad: “Porque mi amor no es solo esta gavilla [...] / Es lo que está en el beso, y no es el labio”.

Y, en fin, poemas fervorosos y humanísimos en su canto que definen las grandes atmósferas y vertientes de esta obra “desolada” pero ciertamente intensa, sensitiva y cósmica: “Conmigo entran los míos a la noche que dura”.

Libro desolado: “Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también”, dice Gabriela Mistral en un sentido “voto” o artículo de fe. Sin embargo, la vida, la escuela, el sentimiento de lo religioso y de lo humano, el dolor, la naturaleza, la

geografía, la tierra (y su belleza y sus visiones primarias), el niño, la mujer, el atisbo de la América (“El Ixtlazihuatl”), los elogios y los nocturnos, la muerte y el tiempo, el “amo amor”, son aquí, cada uno en su ritmo e imagen y sintaxis, temas soberbios y reveladores que irán referencialmente haciéndose básicos y centrales desde esta *Desolación* a sus libros posteriores.

Desolación reúne asimismo significativos y reveladores textos en prosa, materia de escritura tan querida por la autora, prosas poemáticas o líricas: “Motivos del barro”, “Poemas del éxtasis”, “Motivos de la pasión”, “Poemas de las madres”, “Cuentos de los por qué” (de cañas huecas o de rosas con espinas), verdaderas lecciones prodigiosas y recreadoras, humanizadas de atmósferas espirituales y de lengua o idioma vivo en sus diálogos y parábolas, en un contar con dicha y hasta con fascinación, todo lo cual conlleva una profunda preocupación e interés por las cosas y los gestos más simples y sencillos, y más sublimes y soberbios también.

Agréguense, además, aquellos lúdicos y menudos y antológicos breves poemas llamados “Infantiles”, y que Gabriela Mistral nunca dejó de lado como poesía escolar nueva en sus himnos, rondas, cuentos, jugarretas, canciones de cuna: “Cuando yo te estoy cantando, en la tierra acaba el mal”. Poesía de la infancia, y que aquí es prosa rítmica con versos separados por guiones, ocupando una amplia e importante sección que dará origen más tarde al bellísimo libro *Ternura* (1924).

Así, *Desolación*, poema a poema, soneto a soneto, balada a balada, ruego a ruego, plegaria a plegaria, copla a copla, canción a canción y otras formas de expresiva escritura,

no solo crea y recrea un lenguaje literario, poético y prosístico muy de Gabriela Mistral en su verso íntimo y emotivo, muy suyo de esas entrañas cuando ella canta (“creo en mi corazón siempre vertido / pero nunca vaciado”), sino, y por sobre todo, una muy fuerte e intensa vivencialidad de vida y de recreativa lengua de idioma en su palabra desgajada que, en definitiva, supera las desolaciones en un volverse deslumbramiento. Y según su propio sereno verso: “Ahora no solo comprendo al que reza, / ahora comprendo al que rompe a cantar”.

Para la preparación de la *Obra reunida de Gabriela Mistral*, se han consultado preferentemente las primeras ediciones de sus libros, o aquellas que la representan a cabalidad por el rigor y trascendencia de las publicaciones. La edición chilena de 1923 (Santiago: Editorial Nascimento) es nuestra referencia y fuente para *Desolación*. Esta ya canónica y bibliográfica edición, sin ser aquí facsimilar ni crítica, sino íntegra y completa, cuidada y revisada en su poesía y en su prosa, da origen al primer volumen de la reunida obra mistraliana.

Jaime Quezada

Santiago de Chile, septiembre, y 2019

Al señor don

PEDRO AGUIRRE CERDA

y

a la señora doña

JUANA A. DE AGUIRRE,

a quienes debo la hora

de paz que vivo.

G.M.

Esta edición que hace el Instituto de las Españas de la obra poética de una escritora que, apenas conocida, se ha convertido en una de las glorias más puras de la literatura hispánica contemporánea, tiene su historia, que debe ser conocida por todos los lectores. Hela aquí, en breves palabras:

En febrero de 1921, uno de nuestros directores, don Federico de Onís, profesor de Literatura Española en la Universidad de Columbia, dio una de las conferencias organizadas por el Instituto y habló en ella de la poetisa chilena Gabriela Mistral. Este nombre, hoy glorioso, sonaba probablemente por primera vez en los oídos de la mayor parte de los numerosos asistentes, casi todos maestros y estudiantes de español. Pero apenas fue conocida la admirable personalidad de la joven escritora y maestra chilena, a través de lo que el señor Onís dijo y de la lectura que hizo de algunas de sus obras, puede decirse que Gabriela Mistral conquistó no solo la admiración, sino el cariño de todos. Porque todos vieron en la escritora hispanoamericana no solo el gran valor literario, sino el gran valor moral.

Los maestros de español, muchos de ellos mujeres también, se sintieron más vivamente impresionados que nadie al saber que la autora de aquellas poesías conmovedoras era además y era sobre todo una maestra como ellos. Su sentimiento de admiración y simpatía por Gabriela Mistral era doble: nacido, por una parte, de su amor al espíritu español que hablaba con vigor y voz nuevos en la poesía de una escritora de primer orden, y por otra, del fondo de su vocación profesional que les llevaba a sentir una herman-

dad profunda con la noble mujer que en el sur de América consagra su vida a un ideal de magisterio ejemplar.

Corrieron de mano en mano las pocas poesías de Gabriela Mistral que habían sido publicadas en periódicos y revistas, y la “Oración de la maestra” fue rezada en lengua española por muchas voces con acento extranjero. Y vino naturalmente el deseo de conocer más, de conocer la obra entera de tan excelsa escritora. Cuando los maestros de español supieron que esto era imposible por no haber sido coleccionada en forma de libro por su autora, surgió entre ellos la idea de hacer una edición y dar así expresión a su admiración y simpatía por la compañera del sur.

El Instituto de las Españas acogió con entusiasmo la noble idea y se propuso llevarla a cabo, empezando por comunicársela a la ilustre escritora. Su respuesta, bien generosa por cierto, fue el envío de este libro, en que por primera vez aparece coleccionada su obra anterior, lo mismo la publicada que la inédita. Si nosotros tenemos motivo para estar agradecidos a Gabriela Mistral por haber correspondido de manera tan espléndida a nuestros deseos, seguramente el mundo de habla española y los amantes de la cultura hispánica de todos los países agradecerán a los maestros de español de los Estados Unidos y al Instituto de las Españas el hecho de haber logrado que este libro se publique de manera que puedan leerlo todos.

No era empresa fácil; porque según hemos sabido después, confirmando lo que suponíamos de antemano, era designio voluntario de la autora no coleccionar su obra. Unas cuantas poesías, muy pocas, y algunos datos acerca de su personalidad contenidos en artículos escritos por personas que tuvieron la fortuna y la clarividencia de conocerla

y entenderla primero —sobre todo un artículo de nuestro compañero, el intenso poeta chileno Arturo Torres Rioseco, profesor de la Universidad de Minnesota— pasaron las fronteras de Chile, corrieron por toda la prensa de habla española, se tradujeron a diversas lenguas, y bastaron para rodear el nombre de Gabriela Mistral del máximo prestigio y popularidad a que un escritor puede aspirar. Era natural que viese constantemente solicitada la publicación de sus obras, como ha ocurrido; y si no se han publicado, ha sido por su constante resistencia a hacerlo. La modestia genial que hay en el fondo de esta actitud es sin duda admirable; pero debemos alegrarnos todos de que al fin haya sido vencida por la demanda sincera y desinteresada de nuestros maestros norteamericanos. He aquí cómo de la coincidencia de sentimientos generosos y elevados ha nacido este libro.

Instituto de las Españas

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN CHILENA

AL PUEBLO DE MÉXICO

La veréis llegar y despertará en vosotros las oscuras nostalgias que hacen nacer las naves desconocidas al arribar a puerto; cuando pliegan las velas y, entre el susurro de las espumas, siguen avanzando como en un encantamiento lleno de majestad y ensueño.

Llegará recogido el cabello, lento el paso, el andar meciéndose en un dulce y grave ritmo.

Es una de esas naves, perladas de rocío, que vienen de las profundidades de la noche y emergen con el alba trayendo, al puerto que duerme, la luz del nuevo día.

Cuencos llenos del agua que la noche roba a las estrellas, claros, azules, verdes y grises, sus ojos brillan con el suave fulgor de un constante amanecer.

Tiene la boca rasgada por el dolor, y los extremos de sus labios caen vencidos como las alas de un ave cuando el ímpetu del vuelo las desmaya.

La dulzura de su voz a nadie le es desconocida, en alguna parte créese haberla escuchado, pues, como a una amiga, al oírla se le sonríe.

Último eco de María de Nazaret, eco nacido en nuestras altas montañas, a ella también la invade el divino estupor de saberse la elegida; y sin que mano de hombre jamás la mancillara, es virgen y madre; ojos mortales nunca vieron

a su hijo, pero todos hemos oído las canciones con que le arrulla.

¡La reconoceréis por la nobleza que despierta!

De todo su ser fluye una dulce y grata unción, ¡oh!, suave lluvia invisible, por donde pasas ablandas los duros terrores y haces germinar las semillas ocultas que aguardan.

No hagáis ruido en torno de ella, porque anda en batalla de sencillez.

Feliz aquel que calla o niega triste por amor a las palabras justas, si algún día encuentra que para lograrlas, como yo ahora, debe emplear las cálidas voces del olvidado regocijo y de la perdida admiración.

Los taciturnos montañeses de mi país no la comprenden, pero la veneran y la siguen, ¡oh!, ingenua y clara ciencia.

La llamáis y os la entregan; saben que es su mayor tesoro, y sonrían complacidos de ser su dueño.

Hoy al mar la confiamos, y para que la nostalgia no la oprima, buscaremos entre las aguas inciertas la gran corriente que viene del sur y va hacia vuestras costas, logrando así que sean olas patrias las que escolten su barco, y durante el largo viaje en busca de su olvido y alegría, ¡canten!

Pedro Prado

P O E S Í A

V I D A

EL PENSADOR DE RODIN

A Laura Rodig

Con el mentón caído sobre la mano ruda,
el Pensador se acuerda que es carne de la huesa,
carne fatal, delante del destino desnuda,
carne que odia la muerte, y tembló de belleza.

Y tembló de amor, toda su primavera ardiente,
y ahora, al otoño, anégase de verdad y tristeza.
El “de morir tenemos” pasa sobre su frente,
en todo agudo bronce, cuando la noche empieza.

Y en la angustia, sus músculos se hienden, sufridores.
Cada surco en la carne se llena de terrores.
Se hiende, como la hoja de otoño, al Señor fuerte

que le llama en los bronces... Y no hay árbol torcido
de sol en la llanura, ni león de flanco herido,
crispados como este hombre que medita en la muerte.

LA CRUZ DE BISTOLFI

Cruz que ninguno mira y que todos sentimos,
la invisible y la cierta como una ancha montaña:
dormimos sobre ti y sobre ti vivimos;
tus dos brazos nos mecen y tu sombra nos baña.

El amor nos fingió un lecho, pero era
solo tu garfio vivo y tu leño desnudo.
Creímos que corríamos libres por las praderas
y nunca descendimos de tu apretado nudo.

De toda sangre humana fresco está tu madero
y sobre ti yo aspiro las llagas de mi padre,
y en el clavo de ensueño que lo llagó, me muero.

¡Mentira que hemos visto las noches y los días!
Estuvimos prendidos, como el hijo a la madre,
a ti, del primer llanto a la última agonía.

AL OÍDO DEL CRISTO

A Torres Rioseco

I

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas;
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos:
¿estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A la cabecera de sus lechos eres,
si te tienen, forma demasiado cruenta,
sin esas blanduras que aman las mujeres
y con esas marcas de vida violenta.

No te escupirían por creerte loco,
no fueran capaces de amarte tampoco
así, con sus ímpetus laxos y marchitos.

Porque como Lázaro ya hieden, ya hieden,
por no disgregarse, mejor no se mueven.
¿Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!

II

Aman la elegancia de gesto y color,
y en la crispadura tuya del madero,
en tu sudar sangre, tu último temblor
y el resplandor cárdeno del Calvario entero,

les parece que hay exageración
y plebeyo gusto; el que Tú lloraras
y tuvieras sed y tribulación,
no cuaja en sus ojos dos lágrimas claras.

Tienen ojo opaco de infecunda yesca,
sin virtud de llanto, que limpia y refresca;
tienen una boca de suelto botón

mojada en lascivia, ni firme ni roja;
¿y como de fines de otoño, así, floja
e impura, la poma de su corazón!

III

¡Oh Cristo!, un dolor les vuelva a hacer viva
l'alma que les dieste y que se ha dormido,
que se la devuelva honda y sensitiva,
casa de amargura, pasión y alarido.

¡Garfios, hierros, zarpas, que sus carnes hiendan
tal como se hienden quemadas gávilas;
llamas que a su gajo caduco se prendan,
llamas de suplicio: argollas, cuchillas!

¡Llanto, llanto de calientes raudales
renueve los ojos de turbios cristales
y les vuelva el viejo fuego del mirar!

¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!
Si ya es imposible, si Tú bien lo has visto,
si son paja de eras... ¡desciende a aventar!

AL PUEBLO HEBREO

(Matanzas de Polonia)

Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra, dura
y crece aún tu selva de clamores.

Nunca han dejado orearse tus heridas;
nunca han dejado que a sombrear te tiendas,
para estrujar y renovar tu venda,
más que ninguna rosa enrojecida.

Con tus gemidos se ha arrullado el mundo,
y juega con las hebras de tu llanto.
Los surcos de tu rostro, que amo tanto,
son cual llagas de sierra de profundos.

Temblando mecen su hijo las mujeres,
temblando siega el hombre su gavilla.
En tu soñar se hincó la pesadilla
y tu palabra es solo el “¡miserere!”.

Raza judía, y aún te resta pecho
y voz de miel, para alabar tus lares,
y decir el Cantar de los Cantares
con lengua, y labio, y corazón deshechos.

En tu mujer camina aún María.
Sobre tu rostro va el perfil de Cristo;
por las laderas de Sion le han visto
llamarte en vano, cuando muere el día...

Que tu dolor en Dimas le miraba
y Él dijo a Dimas la palabra inmensa,
y para ungir sus pies busca la trenza
de Magdalena, ¡y la halla ensangrentada!

¡Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra, dura
y crece tu ancha selva de clamores!

VIERNES SANTO

El sol de abril aún es ardiente y bueno
y el surco, de la espera, resplandece;
pero hoy no llenes l'ansia de su seno,
porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa,
la mano en el arado; echa las mieses
cuando ya nos devuelvan la esperanza,
que aún Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos
y oyó al que amó que lo negó tres veces.
Mas, rebelde de amor, tiene aún latidos,
¡aún padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando,
y yo tengo rencor cuando anochece,
y un niño hoy va como un hombre llorando,
Jesús padece.

Está sobre el madero todavía
y sed tremenda el labio le estremece.
¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,
porque Jesús padece!

R U T H

A González Martínez

I

Ruth moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en un predio divino.

El sol caldeo su espalda acuchilla,
baña terrible su dorso inclinado;
arde de fiebre su leve mejilla
y la fatiga le rinde el costado.

Booz se ha sentado en la parva abundosa.
El trigal es una onda infinita,
desde la sierra hasta donde él reposa,

que la abundancia ha cegado el camino...
¡Y en la onda de oro la Ruth moabita
viene, espigando, a encontrar su destino!

II

Booz miró a Ruth, y a los recolectores
dijo: “Dejad que recoja confiada...”.
Y sonrieron los espigadores,
viendo del viejo la absorta mirada...

Eran sus barbas dos sendas de flores,
su ojo dulzura, reposo el semblante;
su voz pasaba de alcor en alcores,
pero podía dormir a un infante...

Ruth lo miró de la planta a la frente,
y fue sus ojos saciados bajando,
como el que bebe en inmensa corriente...

Al regresar a la aldea, los mozos
que ella encontró la miraron temblando.
Pero en su sueño Booz fue su esposo...

III

Y aquella noche el patriarca en la era
viendo los astros que laten de anhelo,
recordó aquello que a Abraham prometiera
Jehová: más hijos que estrellas dio al cielo.

Y suspiró por su lecho baldío,
rezó llorando, e hizo sitio en la almohada
para la que, como baja el rocío,
hacia él vendría en la noche callada.

Ruth vio en los astros los ojos con llanto
de Booz llamándola, y estremecida,
dejó su lecho, y se fue por el campo...

Dormía el justo, hecho paz y belleza.
Ruth, más callada que espiga vencida,
puso en el pecho de Booz su cabeza.

LA MUJER FUERTE

Me acuerdo de tu rostro que se fijó en mis días,
mujer de saya azul y de tostada frente,
que en mi niñez y sobre mi tierra de ambrosía
vi abrir el surco negro en un abril ardiente.

Alzaba en la taberna, ebrio, la copa impura
el que te apegó un hijo al pecho de azucena,
y bajo ese recuerdo, que te era quemadura,
caía la simiente de tu mano, serena.

Segar te vi en enero los trigos de tu hijo,
y sin comprender tuve en ti los ojos fijos,
agrandados al par de maravilla y llanto.

Y el lodo de tus pies todavía besara,
porque entre cien mundanas no he encontrado tu cara,
¡y aún tu sombra en los surcos la sigo con mi canto!

LA MUJER ESTÉRIL

La mujer que no mece un hijo en el regazo,
cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas,
tiene una laxitud de mundo entre los brazos;
todo su corazón congolja inmensa baña.

El lirio le recuerda unas sienes de infante;
el Ángelus le pide otra boca con ruego;
e interroga la fuente de seno de diamante
por qué su labio quiebra el cristal en sosiego.

Y al contemplar sus ojos se acuerda de la azada;
piensa que en los de un hijo no mirará extasiada,
cuando los suyos vacíen los follajes de octubre.

Con doble temblor oye el viento en los cipreses.
¿Y una mendiga grávida, cuyo seno florece
cual la parva de enero, de vergüenza la cubre!

EL NIÑO SOLO

A Sara Hübner

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
y me acerqué a la puerta del rancho del camino.
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho,
y una ternura inmensa me embriagó como un vino!

La madre se tardó, curvada en el barbecho;
el niño, al despertar, buscó el pezón de rosa
y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho,
y una canción de cuna me subió, temblorosa...

Por la ventana abierta la luna nos miraba.
El niño ya dormía, y la canción bañaba,
como otro resplandor, mi pecho enriquecido...

Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta,
y que me dejó el infante en los brazos dormido!

CANTO DEL JUSTO

Pecho, el de mi Cristo,
más que los ocasos,
más, ensangrentado:
¿desde que te he visto
mi sangre he secado!

Mano de mi Cristo,
que como otro párpado
tajeada llora:
¿desde que te he visto
la mía no implora!

Brazos de mi Cristo,
brazos extendidos
sin ningún rechazo:
¿desde que os he visto
existe mi abrazo!

Costado de Cristo,
otro labio abierto
regando la vida:
¿desde que te he visto
rasgué mis heridas!

Mirada de Cristo,
por no ver su cuerpo,
al cielo elevada:
¿desde que te he visto
no miro mi vida
que va ensangrentada!

Cuerpo de mi Cristo,
te miro pendiente,
aún crucificado.
¡Yo cantaré cuando
te hayan desclavado!

¿Cuándo será? ¿Cuándo?
¡Dos mil años hace
que espero a tus plantas,
y espero llorando!

EL SUPPLICIO

Tengo ha veinte años en la carne hundido
—y es caliente el puñal—
un verso enorme, un verso con cimeras
de pleamar.

De albergarlo sumisa, las entrañas
cansa su majestad.
¿Con esta pobre boca que ha mentido
se ha de cantar?

Las palabras caducas de los hombres
no han el calor
de sus lenguas de fuego, de su viva
tremolación.

Como un hijo, con cuajo de mi sangre
se sustenta él,
y un hijo no bebió más sangre en seno
de una mujer.

¡Terrible don! ¡Socarradura larga
que hace aullar!
El que vino a clavarlo en mis entrañas,
¡tenga piedad!

IN MEMORIAM

Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente;
Amado Nervo, estrofa y corazón en paz:
mientras te escribo, tienes losa sobre la frente,
baja en la nieve tu mortaja inmensamente
y la tremenda albura cayó sobre tu faz.

Me escribías: “Soy triste como los solitarios,
pero he vestido de sosiego mi temblor,
mi atroz angustia de la mortaja y el osario
y el ansia viva de Jesucristo, mi Señor”.

¿Pensar que no hay colmena que entregue tu dulzura;
que entre las lenguas de odio eras lengua de paz;
que se va el canto mecedor de la amargura,
que habrá tribulación y no responderás!

De donde tú cantabas se me levantó el día.
Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz.
Aún era heroica y fuerte, porque aún te tenía;
sobre la confusión tu resplandor caía.
¿Y ahora tú callas, y tienes polvo, y no eres más!

No te vi nunca. No te veré. Mi Dios lo ha hecho.
¿Quién te juntó las manos?, ¿quién dio, rota la voz,
la oración de los muertos al borde de tu lecho?
¿Quién te alcanzó en los ojos el estupor de Dios?

Aún me quedan jornadas bajo los soles. ¿Cuándo
verte, dónde encontrarte y darte mi aflicción,
sobre la Cruz del Sur que me mira temblando,
o más allá, donde los vientos van callando,
y, por impuro, no alcanzará mi corazón?

Acuérdate de mí —lodo y ceniza triste—
cuando estés en tu reino de extasiado zafir.
A la sombra de Dios, grita lo que supiste:
que somos huérfanos, que vamos solos, que tú nos viste,
¡que toda carne con angustia pide morir!

FUTURO

El invierno rodará, blanco,
sobre mi triste corazón.
Irritará la luz del día;
me llagaré en toda canción.

Fatigará la frente el gajo
de cabellos, lacio y sutil.
¡Y del olor de las violetas
de junio, se podrá morir!

Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la sien.
No espigará entre mis rodillas
un niño rubio como mies.

Por hurgar en las sepulturas,
no veré el cielo ni el trigal.
De removerlas, la locura
en mi pecho se ha de acostar.

Y como se van confundiendo
los rasgos del que he de buscar,
cuando penetre en la Luz Ancha,
no lo podré encontrar jamás.

A LA VIRGEN DE LA COLINA

A beber luz en la colina,
te pusieron por lirio abierto,
y te cae una mano fina
hacia el álamo de mi huerto.

Y he venido a vivir mis días
aquí, bajo de tus pies blancos.
A mi puerta desnuda y fría
echa sombra tu mismo manto.

Por las noches lava el rocío
tus mejillas como una flor.
¿Si una noche este pecho mío
me quisiera lavar tu amor!

Más espeso que el musgo oscuro
de las grutas mis culpas son;
es más terco, te lo aseguro,
que tu peña, ¡mi corazón!

¿Y qué esquivas para tus bienes
y qué amarga hasta cuando amé!
El que duerme, rotas las sienes,
era mi alma, ¡y no lo salvé!

Pura, pura la Magdalena
que amó ingenua en la claridad.
Yo mi amor escondí en mis venas.
¿Para mí no ha de haber piedad!

¡Oh, creyendo haber dado tanto
ver que un vaso de hieles di!
El que vierto es tardío llanto.
Por no haber llorado, ¡ay de mí!

Madre mía, pero tú sabes:
más me hirieron de lo que herí.
En tu abierto manto no cabe
la salmuera que yo bebí;

en tus manos no me sacudo
las espigas que hay en mi sien.
¡Si a tu cuello mi pena anudo
te pudiera ahogar también!

¡Cuánta luz las mañanas traen!
Ya no gozo de su zafir.
Tus rodillas no más me atraen
como al niño que ha de dormir.

Y aunque siempre las sendas llaman
y recuerdan mi paso audaz,
tu regazo tan solo se ama
porque ya no se marcha más...

Ahora estoy dando verso y llanto
a la lumbre de tu mirar.
Me hace sombra tu mismo manto.
Si tú quieres, me he de limpiar.

Si me llamas subo el repecho
y a tu peña voy a caer.
Tú me guardas contra tu pecho.
(Los del valle no han de saber...).

La inquietud de la muerte ahora
turba mi alma al anochecer.
Miedo extraño en mis carnes mora.
¡Si tú callas, qué voy a hacer!

A JOSELÍN ROBLES

(En el aniversario de su muerte)

¡Pobre amigo, yo nunca supe
de tu semblante ni tu voz;
solo tus versos me contaron
que en tu lírico corazón
la paloma de los veinte años
tenía cuello gemidor!

(Algunos versos eran diáfanos
y daban timbre de cristal;
otros tenían como un modo
apacible de sollozar).

¿Y ahora? Ahora en todo viento,
sobre el llano o sobre la mar,
bajo el malva de los crepúsculos
o la luna llena estival,
hinchas el dócil caramillo
—mucho más leve y musical—

¡sin el temblor incontenible
que yo tengo al balbucear
la invariable pregunta lívida
con que araña la oscuridad!

Tú, que ya sabes, tienes mansas
de Dios el habla y la canción;
yo muerdo un verso de locura
en cada tarde, muerto el sol.

Dulce poeta, que en las nubes
que ahora se rizan hacia el sur,
Dios me dibuje tu semblante
en dos sobrios toques de luz.

Y yo te escuche los acentos
en la espuma del surtidor,
para que sepa por el gesto
y te conozca por la voz,
¡si las lunas llenas no miran
escarlata tu corazón!

C R E D O

Creo en mi corazón, ramo de aromas
que mi Señor como una fronda agita,
perfumando de amor toda la vida
y haciéndola bendita.

Creo en mi corazón, el que no pide
nada porque es capaz del sumo ensueño
y abraza en el ensueño lo creado,
¡inmenso dueño!

Creo en mi corazón, que cuando canta
hunde en el Dios profundo el flanco herido,
para subir de la piscina viva
como recién nacido.

Creo en mi corazón, el que tremola
porque lo hizo el que turbó los mares,
y en el que da la vida orquestaciones
como de pleamares.

Creo en mi corazón, el que yo exprimo
para teñir el lienzo de la vida
de rojez o palor, y que le ha hecho
veste encendida.

Creo en mi corazón, el que en la siembra
por el surco sin fin fue acrecentado.
Creo en mi corazón siempre vertido
pero nunca vaciado.

Creo en mi corazón en que el gusano
no ha de morder, pues mellará a la muerte;
creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho del Dios terrible y fuerte.

MIS LIBROS

(Lectura en la Biblioteca mexicana Gabriela Mistral)

¡Libros, callados libros de las estanterías,
vivos en su silencio, ardientes en su calma;
libros, los que consuelan, terciopelos del alma,
y que siendo tan tristes nos hacen la alegría!

Mis manos en el día de afanes se rindieron;
pero al llegar la noche los buscaron, amantes,
en el hueco del muro donde como semblantes
me miran confortándome aquellos que vivieron.

¡Biblia, mi noble Biblia, panorama estupendo,
en donde se quedaron mis ojos largamente,
tienes sobre los Salmos como lavas hirvientes
y en su río de fuego mi corazón enciendo!

Sustentaste a mis gentes con tu robusto vino
y los erguiste recios en medio de los hombres,
y a mí me yergue de ímpetu solo el decir tu nombre;
porque yo de ti vengo he quebrado al destino.

Después de ti, tan solo me traspasó los huesos
con su ancho alarido, el sumo Florentino.
A su voz todavía como un junco me inclino;
por su rojez de infierno fantástica atravieso.

Y para refrescar en musgos con rocío
la boca, quemada en las llamas dantescas,
busqué las Florecillas de Asís, las siempre frescas,
¡y en esas felpas dulces se quedó el pecho mío!

Yo vi a Francisco, a aquel fino como las rosas,
pasar por su campiña más leve que un aliento,
besando el lirio abierto y el pecho purulento,
por besar al Señor que duerme entre las cosas.

¡Poema de Mistral, olor a surco abierto
que huele en las mañanas, yo te aspiré embriagada!
Vi a Mireya exprimir la fruta ensangrentada
del amor y correr por el atroz desierto.

Te recuerdo también, deshecha de dulzuras,
verso de Amado Nervo, con pecho de paloma,
que me hiciste más suave la línea de la loma,
cuando yo te leía en mis mañanas puras.

Nobles libros antiguos, de hojas amarillentas,
sois labios no rendidos de endulzar a los tristes,
sois la vieja amargura que nuevo manto viste:
¡desde Job hasta Kempis la misma voz doliente!

Los que cual Cristo hicieron la Vía Dolorosa,
apretaron el verso contra su roja herida,
y es lienzo de Verónica la estrofa dolorida;
¡todo libro es purpúreo como sangrienta rosa!

¡Os amo, os amo, bocas de los poetas idos,
que deshechas en polvo me seguís consolando,
y que al llegar la noche estáis conmigo hablando,
junto a la dulce lámpara, con dulzor de gemidos!

De la página abierta aparto la mirada,
¡oh muertos!, y mi ensueño va tejiéndoos semblantes:
las pupilas febriles, los labios anhelantes
que lentos se deshacen en la tierra apretada.

GOTAS DE HIEL

No cantes: siempre queda
a tu lengua apegado
un canto: el que debió ser entregado.

No beses: siempre queda,
por maldición extraña,
el beso al que no alcanzan las entrañas.

Reza, reza que es dulce; pero sabe
que no acierta a decir tu lengua avara
el solo Padre Nuestro que salvara.

Y no llares la muerte por clemente,
pues en las carnes de blancura inmensa,
un jirón vivo quedará que siente
la piedra que te ahoga
y el gusano voraz que te destrenza.

EL DIOS TRISTE

Mirando la alameda de otoño lacerada,
la alameda profunda de vejez amarilla,
como cuando camino por la hierba segada
busco el rostro de Dios y palpo su mejilla.

Y en esta tarde lenta como una hebra de llanto
por la alameda de oro y de rojez yo siento
un Dios de otoño, un Dios sin ardor y sin canto,
¡y lo conozco triste, lleno de desaliento!

Y pienso que tal vez Aquel tremendo y fuerte
Señor, al que cantara de su fuerza embriagada,
no existe, y que mi Padre que las mañanas vierte
tiene la mano laxa, la mejilla cansada.

Se oye en su corazón un rumor de alameda
de otoño: el desgajarse de la suma tristeza;
su mirada hacia mí como lágrima rueda
y esa mirada mustia me inclina la cabeza.

Y ensayo otra plegaria para este Dios doliente,
plegaria que del polvo del mundo no ha subido:
“Padre, nada te pido, pues te miro a la frente
y eres inmenso, ¡inmenso!, pero te hallas herido”.

Y ella no está y por más que hay sol y primaveras,
es la verdad que soy más pobre que mendiga.
Aunque en febrero esponjanse las parvas en las eras
el sol es menos sol y menos luz la espiga.

Era la mansa, la silenciosa, la escondida,
y de la carne solo llevaba la apariencia;
pero cuando ella hablaba se hacía honda la vida
y el saberla en el mundo limpiaba la existencia.

Tenía aquellos ojos enormes que turbaron
como dos brechas trágicas del infinito. Pienso
que arriba donde se abren de nada se asombraron:
todo lo habían visto, lo mínimo y lo inmenso.

Estaba más cansada que el que marchase treinta
siglos por una estepa que el sol tremendo inunda.
Era todas las fuentes y se hallaba sedienta;
era también la fuente y estaba moribunda.

Yo no pregunto ahora si es lámpara o ceniza.
Como la sé gloriosa la canto sollozando;
pero lloro por mí, mezquina e indecisa,
que me mancho si caigo y que vacilo si ando.

Su huesa aroma más que esta acre primavera;
su rostro es el sereno del que por fin ha visto.
Sé que limpiase mi alma si hacia mí lo volviera;
sé que si abre los ojos me entrega entero a Cristo.

LA SOMBRA INQUIETA¹

I

Flor, flor de la raza mía, Sombra Inquieta,
¿qué dulce y terrible tu evocación!
El perfil de éxtasis, llama la silueta,
las sienas de nardo, l'habla de canción;

cabellera lengua de cálido manto,
pupilas de ruego, pecho vibrador;
ojos hondos para albergar más llanto;
pecho fino donde taladrar mejor.

Por suave, por alta, por bella, ¿precita!,
fatal siete veces; fatal, ¿pobrecita!,
por la honda mirada y el hondo pensar.

¿Ay, quien te condene, vea tu belleza,
mire el mundo amargo, mida tu tristeza,
y en rubor cubierto rompa a sollozar!

II

¿Cuánto río y fuente de cuenca colmada,
cuánta generosa y fresca merced
de aguas, para nuestra boca socarrada!
¿Y el alma, la huérfana, muriendo de sed!

1 *Nota de la autora:* Esta poesía es un comentario de un libro que, con ese título, escribió el fino prosista chileno Alone. El personaje principal es una artista que pasó dolorosamente por la vida.

Jadeante de sed, loca de infinito,
muerta de amargura, la tuya, en clamor,
dijo su ansia inmensa por plegaria y grito:
¡Agar desde el vasto yermo abrasador!

Y para abrevarte largo, largo, largo,
Cristo dio a tu cuerpo silencio y letargo,
y lo apegó a su ancho caño saciador..

El que en maldecir tu duda se apure,
que puesta la mano sobre el pecho jure:
“Mi fe no conoce zozobra, Señor”.

III

Y ahora que su planta no quiebra la grama
de nuestros senderos, y en el caminar
notamos que falta, tremolante llama,
su forma, pintando de luz el solar,

cuantos la quisimos abajo, apeguemos
la boca a la tierra, y a su corazón,
vaso de cenizas dulces, musitemos
esta formidable interrogación:

¿hay arriba tanta leche azul de lunas,
tanta luz gloriosa de blondos estíos,
tanta insigne y honda virtud de ablución

que limpien, que laven, que albeen las brunas
manos que sangraron con garfios y en ríos,
¡oh, Muerta!, la carne de tu corazón?

ELOGIO DE LA CANCIÓN

(Prólogo de Canciones, del mexicano Torres Bodet)

*¡Boca temblorosa,
boca de canción:
boca, la de Teócrito
y de Salomón!*

La mayor caricia
que recibe el mundo,
abrazo el más vivo,
beso el más profundo.

Es el beso ardiente
de una canción:
la de Anacreonte
o de Salomón.

Como el pino mana
su resina suave,
como va espesándose
el plumón del ave,

entre las entrañas
se hace la canción,
y un hombre la vierte
blanco de pasión.

Todo ha sido sorbo
para las canciones:
cielo, tierra, mares,
civilizaciones...

Cabe el mundo entero
en una canción:
se trenza hecha mirto
con el corazón.

*Alabo las bocas
que dieron canción:
la de Omar Khayyam,
la de Salomón.*

Hombre, carne ciega,
el rostro levanta
a la maravilla
del hombre que canta.

Todo lo que tú amas
en tierra y en cielo,
está entre tus labios
pálidos de anhelo.

Y cuando te pones
su canto a escuchar,
tus entrañas se hacen
vivas como el mar.

*Vivió en el Anáhuac,
también en Sion:
es Netzahualcoyotl
como Salomón.*

Aguijón de abeja
lleva la canción:
aunque va enmielada
punza de aflicción.

Reyes y mendigos
mecen sus rodillas:
él mueve sus almas
como las gavillas.

Amad al que trae
boca de canción:
el cantor es madre
de la creación.

*Se llamó Petrarca,
se llama Tagore:
numerosos nombres
del inmenso amor.*

ENVÍO

México, te alabo
en esta garganta
porque hecha de limo
de tus ríos canta.

Paisaje de Anáhuac,
suave amor eterno,
en estas estrofas
te has hecho falerno.

*Al que te ha cantado
digo bendición:
¡por Netzahualcoyotl
y por Salomón!*

L A E S C U E L A

*A la maestra, señorita
Fidelia Valdés Pereira, gratitud.*

LA MAESTRA RURAL

A Federico de Onís

La maestra era pura. “Los suaves hortelanos”,
decía, “de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos, para dar clara luz”.

La maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano,
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor!
Los hierros que le abrieron el pecho generoso,
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste,
¿y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a La de Ojos Profundos se dio sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna,
¿y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¿Y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

LA ENCINA

A la maestra, señorita Brígida Walker

I

Esta alma de mujer viril y delicada,
dulce en la gravedad, severa en el amor,
es una encina espléndida de sombra perfumada,
por cuyos brazos rudos trepara un mirto en flor.

Pasta de nardos suaves, pasta de robles fuertes,
le amasaron la carne rosa del corazón,
y aunque es altiva y recia, si miras bien adviertes
un temblor en sus hojas que es temblor de emoción.

Dos millares de alondras el gorjeo aprendieron
en ella, y hacia todos los vientos se esparcieron
para poblar los cielos de gloria. ¡Noble encina,

déjame que te bese en el tronco llagado,
que con la diestra en alto, tu macizo sagrado
largamente bendiga, como hechura divina!

II

El peso de los nidos, ¡fuerte!, no te ha agobiado.
Nunca la dulce carga pensaste sacudir.
No ha agitado tu fronda sensible otro cuidado
que el ser ancha y espesa para saber cubrir.

La vida (un viento) pasa por tu vasto follaje
como un encantamiento, sin violencia, sin voz;
la vida tumultuosa golpea en tu cordaje
con el sereno ritmo que es el ritmo de Dios.

De tanto albergar nido, de tanto albergar canto,
de tanto hacer tu seno aromosa tibieza,
de tanto dar servicio, y tanto dar amor,

todo tu leño heroico se ha vuelto, encina, santo.
Se te ha hecho en la fronda inmortal la belleza,
¡y pasará el otoño sin tocar tu verdor!

III

¡Encina, noble encina, yo te digo mi canto!
Que nunca de tu tronco mane amargor de llanto,
que delante de ti prosterne el leñador
de la maldad humana, sus hachas; y que cuando
el rayo de Dios hiérate, para ti se haga blando
y ancho como tu seno, el seno del Señor!

EL CORRO LUMINOSO

A mi hermana

Corro de las niñas,
corro de mil niñas
a mi alrededor:
¡oh Dios, yo soy dueña
de este resplandor!

En la tierra yerma,
sobre aquel desierto
mordido de sol,
¡mi corro de niñas
como inmensa flor!

En el llano verde,
al pie de los montes
que hería la voz,
¡el corro era un solo
divino temblor!

En la estepa inmensa,
en la estepa yerta
de desolación,
¡mi corro de niñas
ardiente de amor!

En vano queréis
ahogar mi canción:
¡un millón de niños
la canta en un corro
debajo del sol!

En vano queréis
quebrarme la estrofa
de tribulación:
¡el corro la canta
debajo de Dios!

I N F A N T I L E S

EL HIMNO COTIDIANO

A la señorita Virginia Trehwela

En este nuevo día,
que me concedes, ¡oh, Señor!,
dame mi parte de alegría
y haz que consiga ser mejor.

Dame Tú el don de la salud,
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de la juventud;
y la cosecha de verdad,
la reflexión, la sensatez,
séquito de la ancianidad.

Dichoso yo si, al fin del día,
un odio menos llevo en mí;
si una luz más mis pasos guía
y si un error más yo extinguí.

Y si por la rudeza mía
nadie sus lágrimas vertió,
y si alguien tuvo la alegría
que mi ternura le ofreció.

Que cada tumbo en el sendero
me vaya haciendo conocer
cada pedrusco traicionero
que mi ojo ruin no supo ver.

Y más potente me incorpore,
sin protestar, sin blasfemar.
Y mi ilusión la senda dore,
y mi ilusión me la haga amar.

Que dé la suma de bondad,
de actividades y de amor
que a cada ser se manda dar:
suma de esencias a la flor
y de albas nubes a la mar.

Y que, por fin, mi siglo engreído
en su grandeza material,
no me deslumbre hasta el olvido
de que soy barro y soy mortal.

Ame a los seres este día;
a todo trance halle la luz.
Ame mi gozo y mi agonía:
¡ame la prueba de mi cruz!

PIECECITOS...

A Jorge Guzmán Dinator

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¿cómo os ven y no os cubren,
¿Dios mío!

¿Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis,
una flor de luz viva
dejáis;

que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¿cómo pasan sin veros
las gentes!

MANITAS...

Manitas de los niños,
manitas pedigüeñas,
de los valles del mundo
sois dueñas.

Manitas de los niños
que hacia el árbol se tienden,
por vosotros los frutos
se encienden

y los panales llenos
se vierten y se hienden.
¡Y los hombres que pasan
no entienden!

Manitas blancas hechas
como de suave harina,
la espiga por tocaros
se inclina.

Manitas extendidas,
manos de pobrecitos,
benditos los que os colman,
¡benditos!

Benditos los que oyendo
que parecéis un grito,
os devuelvan el mundo,
¡benditos!

Ovejas blancas, dulces ovejas de vellones
que se inflan como un tul:
asomáis, cual mujeres, los rostros preguntones
tras la colina azul.

Se diría que el cielo o el tiempo consultarais,
con ingenuo temor,
o que, para avanzar, un mandato esperarais.
¿Es que tenéis pastor?

—Sí que tenemos un pastor:
el viento errante, Él es.
Y una vez los vellones los trata con amor,
y con furia otra vez.

Y ya nos manda al norte o ya nos manda al sur,
Él manda y hay que ir..
Pero es, por las praderas del infinito azul,
sabio en el conducir.

—Ovejas del vellón nevado,
¿tenéis dueño y señor?
Y si me confiara su divino ganado,
¿no me querríais por pastor?

—Claro es que la manada bella
su dueño tiene, como allá.
Detrás del oro trémulo de la trémula estrella,
pastor, dicen que está.

El seguirnos por este valle tan dilatado
te puede fatigar.
Son también tus ovejas de vellón delicado...
¿Las vas a abandonar?

MIENTRAS BAJA LA NIEVE

Ha bajado la nieve, divina criatura,
el valle a conocer.

Ha bajado la nieve, esposa de la estrella.
¡Mirémosla caer!

¡Dulce! Llega sin ruido, como los suaves seres
que recelan dañar.

Así baja la luna y así bajan los sueños.
¡Mirémosla bajar!

¡Pura! Mira tu valle cómo lo está bordando
de su ligero azahar.

Tiene unos dulces dedos tan leves y sutiles
que rozan sin rozar.

¡Bella! ¿No te parece que sea el don magnífico
de un alto donador?

Detrás de las estrellas su ancho peplo de seda
desgaja sin rumor.

Déjala que en la frente te diluya su pluma
y te prenda su flor.

¡Quién sabe si no trae un mensaje a los hombres,
de parte del Señor!

PLANTANDO EL ÁRBOL

Abramos la dulce tierra
con amor, con mucho amor;
es este un acto que encierra,
de misterios, el mayor.

Cantemos mientras el tallo
toca el seno maternal.
Bautismo de luz da un rayo
al cono piramidal.

Le entregaremos ahora
a la buena Agua y a vos,
noble Sol; a vos, señora
Tierra y al buen Padre Dios.

El Señor le hará tan bueno
como un buen hombre o mejor:
en la tempestad sereno,
y en toda hora, amparador.

Te dejo en pie. Ya eres mío,
y te juro protección,
contra el hacha, contra el frío
y el insecto, y el turbión.

A tu vida me consagro;
descansarás en mi amor.
¿Qué haré que valga el milagro
de tu fruto y de tu flor?

HIMNO AL ÁRBOL

A don José Vasconcelos

Árbol hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que se duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Árbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que revele mi presencia,
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.

Árbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador;

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:

hazme en el dar un opulento.
¿Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¿las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!

Árbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dio a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.

Árbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada leve nido un ser:

¿dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano —inmenso—
rama no hallaron para hogar!

Árbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:

¡haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
asuma mi alma un invariado
y universal gesto de amor!

PLEGARIA POR EL NIDO

¡Dulce Señor, por un hermano pido,
indefenso y hermoso: por el nido!

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto dices que es divino
y el ala cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
dulce tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
bello el rocío al enjorarlo.

De su conchita delicada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;

desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia...

Tú, que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas:
al copo leve de los lirios
y a las pequeñas clavelinas,

guarda su forma con cariño
y pálpala con emoción.
Tirita al viento como un niño;
¡es parecido a un corazón!

DOÑA PRIMAVERA

Doña Primavera
viste que es primor
de blanco, tal como
limonero en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas,
y por caravanas,
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo...

No cree al que le hable
de las vidas ruines.
¿Cómo va a entenderlas
entre sus jazmines?

¿Cómo va a entenderlas
junto a las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?

De la tierra enferma
en las hondas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.

Pone sus encajes,
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas...

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas:

rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de abnegación.

¡ ECHA LA SIMIENTE !

El surco está abierto y su suave hondor
bajo el sol semeja una cuna ardiente.

¡Oh, labriego, tu obra es grata al Señor!

¡Echa la simiente!

Nunca, nunca, el hambre, negro segador,
a tu hogar se llegue solapadamente.

Para que haya pan, para que haya amor,

¡echa la simiente!

La vida conduces, rudo sembrador.

Canta himnos donde la esperanza aliente;

burla a la miseria y burla al dolor:

¡echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador

en el viento Dios te besa la frente.

Hombre que echas grano, hombre creador,

¡prosperere tu rubia simiente!

PROMESA A LAS ESTRELLAS

Ojitos de las estrellas,
abiertos en un oscuro
terciopelo: desde lo alto,
¿me veis puro?

Ojitos de las estrellas,
prendidos en el sereno
cielo, decid: desde arriba,
¿me halláis bueno?

Ojitos de las estrellas,
de pestañita dorada,
os diré: ¿tenéis muy suave
la mirada!

Ojitos de las estrellas,
de pestañitas inquietas,
¿por qué sois azules, rojos
y violetas?

Ojitos de la pupila
curiosa y trasnochadora,
¿por qué os borra con sus rosas
la aurora?

Ojitos, salpicaduras
de lágrimas o rocío,
cuando tembláis allá arriba,
¿es de frío?

Ojitos de las estrellas,
postrado en la tierra, os juro
que me habéis de mirar siempre,
siempre puro.

VERANO

Verano, verano rey,
obrero de mano ardiente,
sé para los segadores,
¡dueño de hornos!, más clemente.

Inclinados sobre el oro
áspero de sus espigas,
desfallecen. ¡Manda un viento
de frescas alas amigas!

Verano, la tierra abrasa:
llama tu sol allá arriba;
llama tu granada abierta;
llama el labio, llama viva.

La vid está fatigada
del producir abundoso.
El río se fuga, lánguido,
de tu castigo ardoroso.

Echa un pañuelo de nube,
de clara nube extendida,
sobre la vendimiadora
de la mejilla encendida.

Soberbio verano rey,
el de los hornos ardientes,
no te sorbas la frescura
en los labios de las fuentes...

Gracias por la fronda ardida
de fruto en los naranjales
y gracias por la amapola
que te incendia los trigales.

H A B L A N D O A L P A D R E

Padre: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
baño y carnal:
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir
y por el ver
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción
y el anhelar,
y el alcanzar
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad,

llevarle un don,
mi corazón,
¡y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
en Ti al rodar
herida en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
Dé tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

EL ÁNGEL GUARDIÁN

I

Es verdad, no es cuento.
Hay un ángel guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van.

Tiene cabellos suaves
de seda desflocada,
ojos dulces y graves
que dan la paz con solo la mirada.
¡Ojos de alucinante claridad!
(¡No es un cuento, es verdad!).

Tiene una mano hermosa
para proteger hecha.
En actitud de defender piadosa
y levantada, acecha.
¡Mano grácil de suma idealidad!
(No es un cuento, es verdad).

Tiene pie vaporoso.
El aura hace más ruido
que su andar armonioso.
Va sobre el suelo, pero no a él unido.
¡Andar de misteriosa vaguedad!
(No es un cuento, es verdad).

Bajo su ala de seda,
bajo de su ala azul, curva y rizada,
todo su cuerpo cuando duermes queda
y aspira una tibieza perfumada.
¡Ala que es como un gesto de bondad!
(No es un cuento, es verdad).

II

Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas;
rompe a la nuez su tenaz envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Gentil, te ayuda a que cortes las rosas;
vuelve más pura la linfa en que bebes;
te dice el modo de obrar de las cosas:
las que tú atraigas y las que repruebes.

Llora si acaso los nidos despojas,
y si la testa del lirio mutilas,
y si la frase brutal que sonroja
su acre veneno en tu boca destila.

Y aunque ese lazo que a ti le ha ligado
al de la carne y el alma semeja,
cuando su estigma te pone el pecado,
presa de horror y llorando se aleja...

Es verdad, no es un cuento.
Hay un ángel guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van.

CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado próximo postra un extraño mal.
Caperucita Roja, la de los rizos rubios,
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz.
Le sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos.
—Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas.

Caperucita es cándida como los lirios blancos...
—Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que deslíe manteca.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él.

Y después, por el bosque discurriendo encantada,
recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
y se enamora de unas mariposas pintadas
que le hacen olvidarse del viaje del Traidor...

El Lobo fabuloso, de blanqueados dientes,
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
y golpea en la plácida puerta de la abuelita,
que le abre. (A la niña ha anunciado el traidor).

Ha tres días el pérfido no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!
...Se la comió sonriendo, sabia y pausadamente
y se ha puesto en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.
De la arrugada cama dice el Lobo: —¿Quién va?
La voz es ronca. —Pero la abuelita está enferma,
la niña ingenua explica—. De parte de mamá.

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas.
Le tiemblan en la mano gajos de salvia en flor.
—Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho.
Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas monstruosas.
—¿Por qué tan largas? —dice la niña con candor.
Y el velludo engañoso, abrazado a la niña:
—¿Para qué son tan largas? Para oírte mejor.

El cuerpecito rosa le dilata los ojos.
El terror en la niña los dilata también.
—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes ojos?
—Corazoncito mío, para mirarte bien...

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes dientes?
—Corazoncito, para devorarte mejor...

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón...

A N O E L

¡Noel, el de la noche del prodigio,
Noel de barbas caudalosas,
Noel de las sorpresas delicadas
y las sandalias sigilosas!

Esta noche te dejo mi calzado
colgando en los balcones:
antes que hayas pasado frente a ellos,
no viertas tus bolsones.

Noel, Noel, te vas a encontrar húmedas
mis medias de rocío,
mirando con ojitos que te atisban
las barbasas de río...

Sacude el llanto y deja cada una
perfumada y llenita,
con el anillo de la Cenicienta
y el lobo de Caperucita...

Y no olvides a Marta. También deja
su zapatito abierto.
Es mi vecina y yo la quiero, desde
que su mamita ha muerto.

¡Noel, dulce Noel, de las manazas
florecidas de dones,
de los ojitos pícaros y azules
y la barba en vellones!...

C A R I C I A

Madre, madre, tú me besas;
pero yo te beso más.
Como el agua en los cristales
son mis besos en tu faz.

Te he besado tanto, tanto,
que de mí cubierta estás
y el enjambre de mis besos
no te deja ya mirar...

Si la abeja se entra al lirio,
no se siente su aletear.
Cuando tú al hijito escondes
no se le oye el respirar...

Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,
y qué lindo niño veo
a tus ojos asomar...

El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en los ojos copias
a tu niño y nada más.

Los ojitos que me diste
yo los tengo que gastar
en seguirte por los valles,
por el cielo y por el mar...

D U L Z U R A

Madrecita mía,
madrecita tierna,
déjame decirte
dulzuras extremas.

Es tuyo mi cuerpo
que hiciste cual ramo.
Deja revolverlo
sobre tu regazo.

Juega tú a ser hoja
y yo a ser rocío:
sobre tus dos brazos
tenme suspendido.

Madrecita mía
todito mi mundo,
déjame decirte
los cariños sumos.

O B R E R I T O

Madre, cuando sea grande,
¡ay, qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos,
como el viento alza el trigal.

Yo no sé si haré tu casa
cual me hiciste tú el pañal
o si fundiré los bronce,
los que son eternidad.

Qué hermosa casa ha de hacerte
tu niño, tu titán,
y qué sombra tan amante
el alero te va a dar.

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de colmar
con las frutas perfumadas:
pura miel y suavidad.

O mejor te haré tapices
y la juncia he de trenzar;
o mejor tendré un molino,
el que canta y hace el pan.

¡Ay!, qué alegre tu hombrecito
en la fragua va a cantar,
o en la rueda del molino
o en las jarcias en el mar.

Cuenta, cuenta las ventanas
que estas manos abrirán;
cuenta, cuenta las gavillas
si las puedes tú contar...

(Con la greda purpurina
me enseñaste tú a crear,
y me diste en tus canciones
todo el valle y todo el mar...).

¡Ay, qué hermoso niño el tuyo
que jugando te pondrá
en lo alto de las parvas
y en las olas del trigal!

RONDAS DE NIÑOS

A don Enrique Molina

Las madres contando batallas
sentadas están al umbral.
Los niños se fueron al campo,
la roja amapola a cortar.

Se han puesto a jugar a los ecos
al pie de su cerro alemán.
(Los niños del lado de Francia
rompieron también a cantar).

El canto los montes pasaba.
(El mundo parece cristal).
Y a cada canción las dos rondas
han ido acercándose más.

La frase del canto no entienden,
mas luego se van a encontrar,
y cuando a los ojos se miran
las manos tejiéndose irán...

Las madres saldrán en su busca
y en lo alto se van a encontrar,
y al ver la viviente guirnalda,
su llanto va a ser manantial.

Los hombres saldrán en su busca,
y el corro tan ancho será,
que siendo vergüenza romperlo
riendo en la ronda entrarán...

Después bajarán a las eras
a hacer sin sollozos su pan.
Y cuando la tarde se apague,
la ronda en lo alto estará...

I

¿EN DÓNDE TEJEMOS LA RONDA?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos mejor en el bosque?
Él va voz y voz a mezclar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¡Haremos la ronda infinita:
la iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!

II

LA MARGARITA

El cielo de diciembre es puro
y la fuente mana, divina,
y la hierba llamó temblando
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle,
y sobre la alta hierba fina,
ven una inmensa margarita,
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una margarita blanca
que se levanta y que se inclina,
que se desata y que se anuda,
y que es la ronda en la colina.

En este día abrió una rosa
y perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina...

III

INVITACIÓN

¿Qué niño no quiere a la ronda
que está en las colinas venir?
Aquellos que se han rezagado
se ven por la cuesta subir.

Vinimos los niños buscando
por viñas, majadas y hogar.
Y todos cantando se unieron
y el corro hace el valle blanquear...

IV

DAME LA MANO

Dame la mano y danzaremos;
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, y nada más...

El mismo verso cantaremos,
al mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, y nada más.

Te llamas Rosa y yo Esperanza;
pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza
en la colina, y nada más.

V

LOS QUE NO DANZAN

Una niña que es inválida
dijo: “¿Cómo danzo yo?”.
Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón...

Luego dijo la quebrada:
“¿Cómo cantaría yo?”.
Le dijimos que pusiera
a cantar su corazón...

Dijo el pobre cardo muerto:
“¿Cómo, cómo danzo yo?”.
Le dijimos: “Pon al viento
a volar tu corazón...”.

Dijo Dios desde la altura:
“¿Cómo bajo del azul?”.
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol,
y al que no entra se le hace
tierra, tierra el corazón.

V I

L A T I E R R A

Danzamos en tierra chilena,
más suave que rosas y miel,
la tierra que amasa a los hombres
de labios y pecho sin hiel...

La tierra más verde de huertos,
la tierra más rubia de mies,
la tierra más roja de viñas,
¡qué dulce que roza los pies!

Su polvo hizo nuestras mejillas,
su río hizo nuestro reír
y besa los pies de la ronda
que la hace cual madre gemir.

Es bella, y por bella queremos
su césped de rondas albear;
es libre, y por libre queremos
su rostro de cantos bañar...

Mañana abriremos sus rocas,
la haremos viñedo y pomar;
mañana alzaremos sus pueblos:
¡hoy solo sabemos danzar!

V I I

J E S Ú S

Haciendo la ronda,
se nos fue la tarde.
El sol ha caído;
la montaña no arde.

Pero la ronda seguiré,
aunque en el cielo el sol no está.

Danzando, danzando,
la viviente fronda
no lo oyó venir
y entrar en la ronda.

Ha abierto el corro, sin rumor
y al centro está hecho resplandor.

Callando va el canto,
callando de asombro.
Se oprimen las manos,
se oprimen temblando.

Y giramos a Su redor
y sin romper el resplandor.

Ya es silencio el coro,
ya ninguno canta:
se oye el corazón
en vez de garganta.

¡Y mirando Su rostro arder,
nos va a hallar el amanecer!

VIII

TODO ES RONDA

Los astros son ronda de niños,
jugando la tierra a mirar...
Los trigos son talles de niñas
jugando a ondular... a ondular...

Los ríos son rondas de niños
jugando a encontrarse en el mar...
Las olas son rondas de niñas,
jugando este mundo a abrazar...

Oh, Creador, bajo tu luz cantamos
porque otra vez nos vuelves la esperanza.
Como los surcos de la tierra alzamos
la exhalación de nuestras alabanzas.

Gracias a Ti por el glorioso día
en el que van a erguirse las acciones;
por la alborada llena de alegría
que baja al valle y a los corazones.

Se alcen las manos, las que Tú tejiste,
frescas y vivas sobre las faenas.
Se alcen los brazos que con luz heriste
en un temblor dorado de colmenas.

Somos planteles de hijas, todavía;
haznos el alma recta y poderosa
para ser dignas en el sumo día
en que seremos el plantel de esposas.

Venos crear a tu honda semejanza,
con voluntad insigne de hermosura;
trenzar, trenzar, divinas de confianza
el lino blanco con la lana pura.

Mira cortar el pan de las espigas;
poner los frutos en la clara mesa;
tejer la juncia que nos es amiga;
¡crear, crear, mirando a tu belleza!

El hijo nuestro encontrará extendido
ya su pañal con suavidad de luna;
el hijo nuestro va a encontrar henchido
el labio ardiente de canción de cuna.

Oh, Creador de manos soberanas,
sube el futuro en la canción ansiosa,
que ahora somos el plantel de hermanas,
pero seremos el plantel de esposas.

D O L O R

A su sombra

EL ENCUENTRO

Le he encontrado en el sendero.
No turbó su ensueño el agua
ni se abrieron más las rosas;
pero abrió el asombro mi alma.
¿Y una pobre mujer tiene
su cara llena de lágrimas!

Llevaba un canto ligero
en la boca descuidada,
y al mirarme se le ha vuelto
hondo el canto que entonaba.
Miré la senda, la hallé
extraña y como soñada.
¿Y en el alba de diamante
tuve mi cara con lágrimas!

Siguió su marcha cantando
y se llevó mis miradas...
Detrás de él no fueron más
azules y altas las salvias.
¿No importa! Quedó en el aire
estremecida mi alma.
¿Y aunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas!

Esta noche no ha velado
como yo junto a la lámpara;
como él ignora, no punza
su pecho de nardo mi ansia;
pero tal vez por su sueño
pase un olor de retamas,
¡porque una pobre mujer
tiene su cara con lágrimas!

Iba sola y no temía;
con hambre y sed no lloraba;
desde que lo vi cruzar,
mi Dios me vistió de llagas.
Mi madre en su lecho reza
por mí su oración confiada.
¡Pero yo tal vez por siempre
tendré mi cara con lágrimas!

A M O A M O R

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡le tendrás que escuchar!

Habla lengua de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan excusas.
Rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciár.
No te vale el decirle que albergarlo rehúsas:
¡lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina,
argumentos de sabios, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina:
¡le tendrás que creer!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso para en morir!

EL AMOR QUE CALLA

Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro;
¡pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, tan oscuro!

Tú lo quisieras vuelto un alarido,
y viene de tan hondo que ha deshecho
su quemante raudal, desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.

Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte.
¡Todo por mi callar atribulado
que es más atroz que el entrar en la muerte!

ÉXTASIS

Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras.

Me miró, nos miramos en silencio
mucho tiempo, clavadas,
como en la muerte, las pupilas. Todo
el estupor que blanquea las caras
en la agonía, albeaba nuestros rostros.
¡Tras de ese instante, ya no resta nada!

Me habló convulsamente;
le hablé, rotas, cortadas
de plenitud, tribulación y angustia,
las confusas palabras.
Le hablé de su destino y mi destino,
amasijo fatal de sangre y lágrimas.

Después de esto, ¡lo sé!, ¡no queda nada!
¡Nada! Ningún perfume que no sea
diluido al rodar sobre mi cara.

Mi oído está cerrado,
mi boca está sellada.
¡Qué va a tener razón de ser ahora
para mis ojos en la tierra pálida!,
¡ni las rosas sangrientas
ni las nieves calladas!

Por eso es que te pido,
Cristo, al que no clamé de hambre angustiada:
ahora, para mis pulsos,
y mis párpados baja.

Defiéndeme del viento
la carne en que rodaron sus palabras;
líbrame de la luz brutal del día
que ya viene, esta imagen.
Recíbeme, voy plena,
¡tan plena voy como tierra inundada!

ÍNTIMA

Tú no oprimas mis manos.
Llegará el duradero
tiempo de reposar con mucho polvo
y sombra en los entretejidos dedos.

Y dirías: “No puedo
amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos”.

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: “La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de retamas de mi beso”.

Y me angustiara oyéndote,
y hablaras loco y ciego,
que mi mano será sobre tu frente
cuando rompan mis dedos,
y bajará sobre tu cara llena
de ansia mi aliento.

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es solo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

D I O S L O Q U I E R E

I

La tierra se hace madrastra
si tu alma vende a mi alma.
Llevan un escalofrío
de tribulación las aguas.
El mundo fue más hermoso
desde que yo te fui aliada,
cuando junto de un espino
nos quedamos sin palabras,
y el amor como el espino
nos traspasó de fragancia!

Pero te va a brotar víboras
la tierra si vendes mi alma;
baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas.
Se apaga Cristo en mi pecho,
y la puerta de mi casa
quiebra la mano al mendigo
y avienta a la atribulada!

II

Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.
El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas
y oteándolas como un siervo,
te sigo por las montañas...

A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa.
Ve cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas;
mas, cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas.

III

Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua;
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada.

I V

Si te vas, hasta en los musgos
del camino rompes mi alma;
te muerden la sed y el hambre
en todo monte o llanada
y en cualquier país las tardes
con sangre serán mis llagas.
Y destilo de tu lengua
aunque a otra mujer llamaras,
y me clavo como un dejo
de salmuera en tu garganta;
y odies, o cantes, o ansíes,
¡por mí solamente clamas!

V

Si te vas y mueres lejos,
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra
para recibir mis lágrimas,
sintiendo cómo te tiemblan
las carnes atribuladas,
¡hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!

DESVELADA

Como soy reina y fui mendiga, ahora
vivo en puro temblor de que me dejes,
y te pregunto, pálida, a cada hora:
“¿Estás conmigo aún? ¡Ay, no te alejes!”.

Quisiera hacer las marchas sonriendo
y confiando ahora que has venido;
pero hasta en el dormir estoy temiendo
y pregunto entre sueños: “¿No te has ido?”.

VERGÜENZA

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas;
ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano,
en el fulgor que da a mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano...

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,
¡que ya mañana al descender al río
la que besaste llevará hermosura!

BALADA

Él pasó con otra;
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

Él va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

Él besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

Él irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces.
(Dios quiere callar).
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

TRIBULACIÓN

En esta hora, amarga como un sorbo de mares,
Tú sostenme, Señor.
¡Todo se me ha llenado de sombras el camino
y el grito de pavor!

Amor iba en el viento como abeja de fuego,
y en las aguas ardía.
Me socarró la boca, me acibará la trova
y me aventó los días.

Tú viste que dormía al margen del sendero,
la frente de paz llena;
Tú viste que vinieron a tocar los cristales
de mi fuente serena.

Sabes cómo la triste temía abrir el párpado
a la visión terrible;
¡y sabes de qué modo maravilloso hacía
el prodigio indecible!

Ahora que llego, huérfana, tu zona por señales
confusas rastreando,
Tú no esquives el rostro, Tú no apagues la lámpara,
¡Tú no sigas callando!

Tú no cierres la tienda, que crece la fatiga
y aumenta la amargura;
y es invierno, y hay nieve, y la noche se puebla
de muecas de locura.

¡Mira! De cuantos ojos veía abiertos sobre
mis sendas tempraneras,
solo los tuyos quedan. Pero, ¡ay!, se van llenando
de un cuajo de neveras...

NOCTURNO

Padre Nuestro que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
¿Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!

Te acordaste del negro racimo,
y lo diste al lagar carmesí;
y aventaste las hojas del álamo,
con tu aliento, en el aire sutil.
¿Y en el ancho lagar de la muerte
aún no quieres mi pecho oprimir!

Caminando vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado, amarillos, mis párpados,
por no ver más enero ni abril.

Y he apretado la boca, anegada
de la estrofa que no he de exprimir.
¿Has herido la nube de otoño
y no quieres volverte hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le di,
y en mi noche del huerto, me han sido
Juan cobarde y el Ángel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin:
el cansancio del día que muere
y el del alba que debe venir;
¡el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil!

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas pidiendo dormir.
Y perdida en la noche, levanto
el clamor aprendido de Ti:
¡Padre Nuestro que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!

LOS SONETOS DE LA MUERTE

I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
y porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Solo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: “Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor”.

Se detuvo la barca rosa de su vivir...

¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?

¿O Tú llegas después que los hombres se han ido,
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa,
¿no le pinta a sus rosas unas formas de heridas?,
¿no tiene acre el olor, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes tejidas?

Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,
por la mojada puerta de las hondas heridas,
¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecido?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un día?
¿No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura, por error o malicia;
mas yo, que te he gustado, como un vino, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
¿no te llamaré nunca otra cosa que Amor!

Yo sé que como el hombre fue siempre zarpa dura;
la catarata, vértigo; aspereza, la sierra,
¿Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la tierra!

LA ESPERA INÚTIL

Yo me olvidé que se hizo
ceniza tu pie ligero,
y, como en los buenos tiempos,
salí a encontrarte al sendero.

Pasé valle, llano y río
y el cantar se me hizo triste.
La tarde volcó su vaso
de luz, ¡y tú no viniste!

El sol fue desmenuzando
su ardida y muerta amapola;
flecós de niebla temblaron
sobre el campo. ¡Estaba sola!

Al viento otoñal, de un árbol
crujieron los secos brazos.
Tuve miedo y te llamé:
“¡Amado, apresura el paso!

Tengo miedo y tengo amor,
¡amado, el paso apresura!”.
Iba espesando la noche
y creciendo mi locura.

Me olvidé de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor;

de tu inerte mano torpe
ya para buscar mi mano;
¿de tus ojos dilatados
del inquirir soberano!

La noche ensanchó su charco
de betún; el agorero
búho con la horrible seda
de su ala rasgó el sendero.

No te volveré a llamar,
que ya no haces tu jornada;
mi desnuda planta sigue,
la tuya está sosegada.

Vano es que acuda a la cita
por los caminos desiertos.
¿No ha de cuajar tu fantasma
entre mis brazos abiertos!

LA OBSESIÓN

Me toca en el relente;
se sangra en los ocasos;
me busca con el rayo
de luna por los antros.

Como a Tomás el Cristo,
me hunde la mano pálida,
por que no olvide, dentro
de su herida mojada.

Le he dicho que deseo
morir, y él no lo quiere,
por palparme en los vientos,
por cubrirme en las nieves;

por moverse en mis sueños,
como a flor de semblante,
por llamarme en el verde
pañuelo de los árboles.

¿Si he cambiado de cielo?
Fui al mar y a la montaña.
Y caminó a mi vera
y hospedó en mis posadas.

¡Que tú, amortajadora descuidada,
no cerrašte sus párpados,
ni ajustašte sus brazos en la caja!

C O P L A S

Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Yo no tengo otro oficio,
después del callado de amarte,
que este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste.

¡Ojos apretados
de calientes lágrimas!
¡Boca atribulada y convulsa,
en que todo se me hace plegaria!

¡Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!
¡Ni voy en tu busca
ni consigo tampoco olvidarte!

¡Un remordimiento me sangra
de mirar un cielo
que no ven tus ojos,
de palpar las rosas
que sustenta la cal de tus huesos!

¡Carne de miseria,
gajo vergonzante, muerto de fatiga,
que no baja a dormir a tu lado,
que se aprieta, trémulo,
al impuro pezón de la vida!

CERAS ETERNAS

¡Ah! Nunca más conocerá tu boca
la vergüenza del beso que chorreaba
concupiscencia, ¡como espesa lava!

Vuelven a ser dos pétalos nacientes,
esponjados de miel nueva, los labios
que yo quise inocentes.

¡Ah! Nunca más conocerán tus brazos
el nudo horrible que en mis días puso
oscuro horror: ¡el nudo de otro abrazo!

Por el sosiego puros,
quedaron en la tierra distendidos,
¡ya Dios mío seguros!

¡Ah! Nunca más tus dos iris cegados
tendrán un rostro descompuesto, rojo
de lascivia, ¡en sus vidrios dibujado!

¡Benditas ceras fuertes,
ceras heladas, ceras eternas
y duras, de la muerte!

¡Bendito toque sabio,
con que apretaron ojos, con que apegaron brazos,
con que juntaron labios!

¡Duras ceras benditas,
ya no hay brasa de besos lujuriosos
que os quiebren, que os desgasten, que os derritan!

V O L V E R L O A V E R

¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

¿Al margen de ningún sendero pálido,
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?

¿Bajo las trezaduras de la selva,
donde llamándolo me ha anochecido,
ni en la gruta que vuelve mi alarido?

¡Oh, no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo unas lunas plácidas o en un cárdeno horror!

¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo, en torno a su cuello ensangrentado!

EL SURTIDOR

Soy cual el surtidor abandonado
que muerto sigue oyendo su rumor.
En sus labios de piedra se ha quedado
tal como en mis entrañas el fragor.

Y creo que el destino no ha venido
su tremenda palabra a desgajar;
que nada está segado ni perdido,
que si extendiendo mis brazos te he de hallar.

Soy como el surtidor enmudecido.
Ya otro en el parque erige su canción;
pero como de sed ha enloquecido,
¡sueña que el canto está en su corazón!

Sueña que erige hacia el azul gorjeantes
rizos de espuma. ¡Y se apagó su voz!
Sueña que el agua colma de diamantes
vivos su pecho. ¡Y lo ha vaciado Dios!

LA CONDENA

¡Oh, fuente de turquesa pálida!
¡Oh, rosal de violenta flor!,
¡cómo tronchar tu llama cálida
y hundir el labio en tu frescor!

Profunda fuente del amar,
rosal ardiente de los besos,
el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.

Llama la voz clara e implacable
en la honda noche y en el día
desde su caja miserable.

¡Oh, fuente, el fresco labio cierra,
que si bebiera se alzaría
aquel que está caído en tierra!

EL VASO

Yo sueño con un vaso de humilde y simple arcilla,
que guarde tus cenizas cerca de mis miradas;
y la pared del vaso te será mi mejilla,
y quedarán mi alma y tu alma apaciguadas.

No quiero espolvorearlas en vaso de oro ardiente,
ni en la ánfora pagana que carnal línea ensaya:
solo un vaso de arcilla te ciña simplemente,
humildemente, como un pliegue de mi saya.

En una tarde de estas recogeré la arcilla
por el río, y lo haré con pulso tembloroso.
Pasarán las mujeres cargadas de gavillas
y no sabrán que amaso el lecho de un esposo.

El puñado de polvo, que cabe entre mis manos,
se verterá sin ruido, como una hebra de llanto.
Yo sellaré este vaso con beso sobrehumano,
y mi mirada inmensa será tu único manto!

EL RUEGO

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca.
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada;
¿no tengas ojo torvo si te pido por este!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fue aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienas como vasos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado,
¿y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fue cruel? Olvidas, Señor, que le quería,
y que él sabía suya la entraña que llagaba.
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
¿No importa! Tú comprende: ¿yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.
Y la cruz (Tú te acuerdas, ¡oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrel tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

P O E M A D E L H I J O

A Alfonsina Storni

I

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

Decía: ¡un hijo!, como el árbol conmovido
de primavera alarga sus yemas hacia el cielo.
¡Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos,
la frente de estupor y los labios de anhelo!

Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados;
el río de mi vida bajando hacia él, fecundo,
y mis entrañas como perfume derramado
ungiendo con su marcha las colinas del mundo.

Al cruzar una madre grávida, la miramos
con los labios convulsos y los ojos de ruego,
cuando en las multitudes con nuestro amor pasamos.
¡Y un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos!

En las noches, insomne de dicha y de visiones,
la lujuria de fuego no descendió a mi lecho.
Para el que nacería vestido de canciones
yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho...

El sol no parecíame, para bañarlo, intenso;
mirándome, yo odié, por toscas, mis rodillas;
mi corazón, confuso, temblaba al don inmenso;
¡y un llanto de humildad regaba mis mejillas!

Y no temí a la muerte, disgregadora impura;
los ojos de él librarian los tuyos de la nada,
y a la mañana espléndida o a la luz insegura
yo hubiera caminado bajo de esa mirada...

II

Ahora tengo treinta años, y mis sienes jaspea
la ceniza precoz de la muerte. En mis días,
como la lluvia eterna de los Polos, gotea
la amargura con lágrima lenta, salobre y fría.

Mientras arde la llama del pino, sosegada,
mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido
un hijo mío, infante con mi boca cansada,
mi amargo corazón y mi voz de vencido.

Y con tu corazón, el fruto de veneno,
y tus labios que hubieran otra vez renegado.
Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno,
que solo por ser tuyo me hubiese abandonado.

Y en qué huertas en flor, junto a qué aguas corrientes
lavara, en primavera, su sangre de mi pena,
si fui triste en las landas y en las tierras clementes,
y en toda tarde mística hablaría en sus venas.

Y el horror de que un día con la boca quemante
de rencor, me dijera lo que dije a mi padre:
“¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?”.

Siento el amargo goce de que duermas abajo
en tu lecho de tierra, y un hijo no meciera
mi mano, por dormir yo también sin trabajos
y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.

Porque yo no cerrara los párpados, y loca
escuchase a través de la muerte, y me hincara,
deshechas las rodillas, retorcida la boca,
si lo viera pasar con mi fiebre en su cara.

Y la tregua de Dios a mí no descendiera:
en la carne inocente me hirieran los malvados,
y por la eternidad mis venas exprimieran
sobre mis hijos de ojos y de frente extasiados.

¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!
La cara de mi madre ya no irá por el mundo
ni su voz sobre el viento, trocada en miserere.

La selva hecha cenizas retoñará cien veces
y caerá cien veces, bajo el hacha, madura.
Caeré para no alzarme en el mes de las mieses;
conmigo entran los míos a la noche que dura.

Y como si pagara la deuda de una raza,
taladran los dolores mi pecho cual colmena.
Vivo una vida entera en cada hora que pasa;
como el río hacia el mar, van amargas mis venas.

Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes,
con un ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan.
Se me cansan los labios de las preces fervientes
que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.

No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme
un brazo con amor para la hora postrera,
cuando mi cuello roto no pueda sostenerme
y mi mano tantea la sábana ligera.

Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y solo de Ti espero,
¡Padre Nuestro que estás en los cielos! Recoge
mi cabeza mendiga si en esta noche muero.

C O P L A S

I

A la azul llama del pino
que acompaña mi destierro,
busco esta noche tu rostro,
palpo mi alma y no lo encuentro.

¿Cómo eras cuando sonreías?
¿Cómo eras cuando me amabas?
¿Cómo miraban tus ojos
cuando aún tenían alma?

¡Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan solo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!

II

Para que tenga mi madre
sobre su mesa un pan rubio,
vendí mis días lo mismo
que el labriego que abre el surco.

Pero en las noches, cansada,
al dormirme sonreía,
porque bajabas al sueño
hasta rozar mis mejillas.

¡Si Dios quisiera entregárteme
por un instante tan solo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!

III

En mi tierra, los caminos
mi corazón ayudaran:
tal vez te pintan las tardes
o te guarda un cristal de aguas.

Pero nada te conoce
aquí, en esta tierra extraña:
no te han cubierto las nieves
ni te han visto las mañanas.

Quiero, al resplandor del pino,
tener y besar tu cara,
y hallarla limpia de tierra,
y con ternura, y con lágrimas.

Araño en la ruin memoria;
me desgarró y no te encuentro,
¡y nunca fui más mendiga
que ahora sin tu recuerdo!

No tengo un palmo de tierra,
no tengo un árbol florido...
Pero tener tu semblante
era cual tenerte un hijo.

Era como una fragancia
exhalando de mis huesos.
¡Qué noche, mientras dormía,
qué noche, me la bebieron!

¿Qué día me la robaron,
mientras por sembrar mi trigo,
la dejé como brazada
de salvias junto al camino?

¡Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan solo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!

I V

Tal vez lo que yo he perdido
no es tu imagen, es mi alma,
mi alma en la que yo cavé
tu rostro como una llaça.

Cuando la vida me hiera,
¿a dónde buscar tu cara,
si ahora ya tienes polvo
hasta dentro de mi alma?

Tierra, tú guardas sus huesos:
¡yo no guardo ni su forma!
Tú le vas echando flores:
¡yo le voy echando sombra!

LOS HUESOS DE LOS MUERTOS

Los huesos de los muertos
hielo sutil saben espolvorear
sobre las bocas de los que quisieron.
¡Y estas no pueden nunca más besar!

Los huesos de los muertos
en paletadas echan su blancor
sobre la llama intensa de la vida.
¡Le matan todo ardor!

Los huesos de los muertos
pueden más que la carne de los vivos.
¡Aun desgajados hacen eslabones
fuertes, donde nos tienen sumisos y cautivos!

CANCIONES EN EL MAR

I

EL BARCO MISERICORDIOSO

Llévame, mar, sobre ti, dulcemente,
porque voy dolorida.
¡Ay!, barco, no te tiemblen los costados,
que llevas a una herida.

Buscando voy en tu oleaje vivo
dulzura de rodillas.
Mírame, mar, y sabe lo que llevas,
mirando a mis mejillas.

Entre la carga de los rojos frutos,
entre tus jarcias vívidas
y los viajeros llenos de esperanza,
llevas mi carne lívida.

Más allá volarás con solo frutos,
y velas desceñidas.
Pero entre tanto, mar, sobre este puente
meceerás a la herida.

CANCIÓN DE LOS QUE BUSCAN OLVIDAR

Al costado de la barca
 mi corazón he apegado,
 al costado de la barca,
 de espumas ribeteado.
 Lávalo, mar, con sal eterna;
 lávalo, mar, lávalo mar,
 que la tierra es para la lucha
 y tú eres para consolar.

En la proa poderosa
 mi corazón he clavado.
 Mírate barca que llevas
 el vértice ensangrentado.

Lávalo, mar, con sal tremenda,
 Lávalo mar, lávalo mar.
 O me lo rompes en la proa
 que no lo quiero más llevar.

¡Sobre la nave toda puse
 mi vida como derramada!
 Múdala, mar, en los cien días
 que ella será tu desposada.

Múdala, mar, con tus cien vientos.
 Lávala, mar; lávala, mar,
 que otros te piden oro y perlas,
 ¡y yo te pido el olvidar!

III
CANCIÓN DEL HOMBRE DE PROA

El hombre sentado a la proa,
el hombre con faz de ansiedad,
¡qué ardiente navega hacia el norte;
sus ojos se agrandan de afán!

Los rostros que yo amo, los míos,
quedaron atrás,
y mi alma los teje, los borda
encima del mar.

El hombre que piensa en la proa
padece de ansiar.
¡Qué lento que avanza su barco
y vuela fugaz!

Y mi alma quisiera la marcha
tremenda quebrar,
¡que todos los rostros que amo
se quedan atrás!

Al hombre que sufre en la proa,
el viento del mar
le anticipa los besos que espera,
y arde de ansiedad.

Pero el viento del norte,
¡qué beso pondría en mi faz,
si los rostros que amo
quedaron atrás!

El viajero de proa me dice:
¿Qué vas a buscar,
si en la tierra no espera la dicha?
¡No sé contestar!

Me llamaba en mis costas inmensas
la lengua del mar,
y en mitad de la mar voy llorando,
caída la faz.

S E R E N I D A D

Y después de tener perdida
lo mismo que un pomar la vida,
—hecho ceniza, sin cuajar—
me han dado esta montaña mágica,
y un río y unas tardes trágicas
como Cristos, con qué sangrar.

Los niños cubren mis rodillas;
mirándoles a las mejillas
ahora no rompo a sollozar,
que en mi sueño más deleitoso
yo doy el pecho a un hijo hermoso
sin dudar...

Estoy como el que fuera dueño
de toda tierra y todo ensueño
y toda miel;
¡y en estas dos manos mendigas
no he oprimido ni las amigas
sienes de él!

De sol a sol voy por las rutas,
y en el regazo olor a frutas
se me acomoda el recental:
¡tanto trascienden mis abiertas
entrañas a grutas, y a huertas,
y a cuenco tibio de panal!

Soy la ladera y soy la viña
y las salvias, y el agua niña:
¡todo el azul, todo el candor!
Porque en sus hierbas me apaciento
mi Dios me guarda de sus vientos
como a los linos en la flor.

Vendrá la nieve cualquier día;
me entregaré a su joya fría
(fuera otra cosa rebelión).
Y en un silencio de amor sumo,
oprimiendo su duro grumo
me irá vaciando el corazón.

PALABRAS SERENAS

Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor:
la vida es oro y dulzura de trigo,
es breve el odio e inmenso el amor.

Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel.
Abren violetas divinas, y el viento
desprende al valle un aliento de miel.

Ahora no solo comprendo al que reza;
ahora comprendo al que rompe a cantar.
La sed es larga, la cuesta es aviesa;
pero en un lirio se enreda el mirar.

Grávidos van nuestros ojos de llanto
y un arroyuelo nos hace sonreír;
por una alondra que erige su canto
nos olvidamos que es duro morir.

No hay nada ya que mis carnes taladre.
Con el amor acabose el hervir.
Aún me apacienta el mirar de mi madre.
¡Siento que Dios me va haciendo dormir!

N A T U R A L E Z A

A don Juan Contardi

DESOLACIÓN

La bruma espesa, eterna, para que olvide dónde
me ha arrojado la mar en su ola de salmuera.
La tierra a la que vine no tiene primavera:
tiene su noche larga que cual madre me esconde.

El viento hace a mi casa su ronda de sollozos
y de alarido, y quiebra, como un cristal, mi grito.
Y en la llanura blanca, de horizonte infinito,
miro morir inmensos ocasos dolorosos.

¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido
si más lejos que ella solo fueron los muertos?
¿Tan solo ellos contemplan un mar callado y yerto
crecer entre sus brazos y los brazos queridos!

Los barcos cuyas velas blanquean en el puerto
vienen de tierras donde no están los que son míos;
sus hombres de ojos claros no conocen mis ríos
y traen frutos pálidos, sin la luz de mis huertos.

Y la interrogación que sube a mi garganta
al mirarlos pasar, me desciende, vencida:
hablan extrañas lenguas y no la conmovida
lengua que en tierras de oro mi pobre madre canta.

Miro bajar la nieve como el polvo en la huesa;
miro crecer la niebla como el agonizante,
y por no enloquecer no cuento los instantes,
porque la noche larga ahora tan solo empieza.

Miro el llano extasiado y recojo su duelo,
que vine para ver los paisajes mortales.
La nieve es el semblante que asoma a mis cristales;
¡siempre será su albura bajando de los cielos!

Siempre ella, silenciosa, como la gran mirada
de Dios sobre mí; siempre su azahar sobre mi casa;
siempre, como el destino que ni mengua ni pasa,
descenderá a cubrirme, terrible y extasiada.

ÁRBOL MUERTO

A Alberto Guillén

En el medio del llano,
un árbol seco su blasfemia alarga;
un árbol blanco, roto
y mordido de llagas,
en el que el viento, vuelto
mi desesperación, aúlla y pasa.

De su bosque el que ardió solo dejaron
de escarnio, su fantasma.
Una llama alcanzó hasta su costado
y lo lamió, como el amor mi alma.
¿Y sube de la herida un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada!

Los que amó, y que ceñían
a su torno en septiembre una guirnalda,
cayeron. Sus raíces
los buscan, torturadas,
tanteando por el césped
con una angustia humana...

Le dan los plenilunios en el llano
sus más mortales platas,
y alargan, por que mida su amargura,
hasta lejos su sombra desolada.
¿Y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga!

TRES ÁRBOLES

Tres árboles caídos
quedaron a la orilla del sendero.
El leñador los olvidó, y conversan,
apretados de amor, como tres ciegos.

El sol de ocaso pone
su sangre viva en los hendidos leños,
y se llevan los vientos la fragancia
de su costado abierto!

Uno, torcido, tiende
su brazo inmenso y de follaje trémulo
hacia otro, y sus heridas
como dos ojos son, llenos de ruego.

El leñador los olvidó. La noche
vendrá. Estaré con ellos.
Recibiré en mi corazón sus mansas
resinas. Me serán como de fuego.
¡Y mudos y ceñidos,
nos halle el día en un montón de duelo!

EL ESPINO

El espino prende a una roca
su enloquecida contorsión,
y es el espíritu del yermo,
retorcido de angustia y sol.

La encina es bella como Júpiter,
y es un Narciso el mirto en flor.
A él lo hicieron como a Vulcano,
el horrible dios forjador.

A él lo hicieron sin el encaje
del claro álamo temblador,
por que el alma del caminante
ni le conozca la aflicción.

De las greñas le nacen flores.
(Así el verso le nació a Job).
Y como el salmo del leproso,
es de agudo su intenso olor.

Pero aunque llene el aire ardiente
de las siestas su exhalación,
no ha sentido en su greña oscura
temblarle un nido turbador...

Me ha contado que me conoce,
que en una noche de dolor
en su espeso millón de espigas
magullaron mi corazón.

Le he abrazado como una hermana,
cual si Agar abrazara a Job,
en un nudo que no es ternura,
¡porque es más desesperación!

A LAS NUBES

Nubes vaporosas,
nubes como tul,
llevad l'alma mía
por el cielo azul.

¡Lejos de la casa
que me ve sufrir,
lejos de estos muros
que me ven morir!

Nubes pasajeras,
llevadme hacia el mar,
a escuchar el canto
de la pleamar
y entre la guirnalda
de olas a cantar.

Nubes, flores, rostros,
dibujadme a aquel
que ya va borrándose
por el tiempo infiel.
Mi alma se pudre
sin el rostro de él.

Nubes que pasáis,
nubes, detened
sobre el pecho mío
la fresca merced.
¡Abiertos están
mis labios de sed!

OTOÑO

A esta alameda muriente
he traído mi cansancio,
y estoy ya no sé qué tiempo
tendida bajo los álamos,
que van cubriendo mi pecho
de su oro divino y tardo.

Sin un ímpetu la tarde
se apagó tras de los álamos.
Por mi corazón mendigo
ella no se ha ensangrentado.
Y el amor al que tendí,
para salvarme, los brazos
se está muriendo en mi alma
cual su arrebol desflocado.

Y no llevaba más que este
manojito atribulado
de ternura, entre mis carnes
como un infante, temblando.
Ahora se me va perdiendo
como un agua entre los álamos;
pero es otoño, y no agito,
para salvarlo, mis brazos.

En mis sienes la hojarasca
exhala un perfume manso.
Tal vez morir solo sea
ir con asombro marchando
entre un rumor de hojas secas
y por un parque extasiado.

Aunque va a llegar la noche,
y estoy sola, y ha blanqueado
el suelo un azahar de escarcha,
para regresar no me alzo,
ni hago lecho entre las hojas,
ni acierto a dar, sollozando,
un inmenso Padre Nuestro
por mi inmenso desamparo.

LA MONTAÑA DE NOCHE

Haremos fuegos sobre la montaña.
La noche que desciende, leñadores,
no echará al cielo ni su crencha de ástros.
¡Haremos treinta fuegos brilladores!

Que la tarde quebró un vaso de sangre
sobre el ocaso, y es señal artera.
El espanto se sienta entre nosotros
si no hacéis corro en torno de la hoguera.

Semeja este fragor de cataratas
un incansable galopar de potros
por la montaña, y otro fragor sube
de los medrosos pechos de nosotros.

Dicen que los pinares en la noche
dejan su éxtasis negro, y a una extraña,
sigilosa señal, su muchedumbre
se mueve, tarda, sobre la montaña.

La esmaltadura de la nieve adquiere
en la tiniebla un arabesco avieso:
sobre el osario inmenso de la noche,
finge un bordado lívido de huesos.

E invisible avalancha de neveras
desciende, sin llegar, al valle inerme,
mientras vampiros de arrugadas alas
rozan el rostro del pastor que duerme.

Dicen que en las cimeras apretadas
de la próxima sierra hay alimañas
que el valle no conoce y que en la sombra,
como greñas, desprende la montaña.

Me va ganando el corazón el frío
de la cumbre cercana. Pienso: acaso
los muertos que dejaron por impuras
las ciudades, eligen el regazo

recóndito de los desfiladeros
de tajo azul, que ningún alba baña,
y al espesar la noche sus betunes
como una mar invadan la montaña!

Tronchad los leños tercos y fragantes,
salvias y pinos chisporroteadores,
y apretad bien el corro en torno al fuego,
¡que hace frío y angustia, leñadores!

C I M A

La hora de la tarde, la que pone
su sangre en las montañas.

Alguien en esta hora está sufriendo;
una pierde, angustiada,
en este atardecer el solo pecho
contra el cual estrechaba.

Hay algún corazón en donde moja
la tarde aquella cima ensangrentada.

El valle ya está en sombra
y se llena de calma.
Pero mira de lo hondo que se enciende
de rojez la montaña.

Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
mi invariable canción atribulada.
¿Seré yo la que baño
la cumbre de escarlata?

Llevo a mi corazón la mano, y siento
que mi costado mana.

BALADA DE LA ESTRELLA

Estrella, estoy triste.
Tú dime si otra
como mi alma viste.
—Hay otra más triste.

—Estoy sola, estrella.
Di a mi alma si existe
otra como ella.
—Sí, dice la estrella.

—Contempla mi llanto.
Dime si otra lleva
de lágrimas manto.
—En otra hay más llanto.

—Di quién es la triste,
di quién es la sola,
si la conociste.

—Soy yo, la que encanto,
soy yo la que tengo
mi luz hecha llanto.

LA LLUVIA LENTA

Esta agua medrosa y triste,
como un niño que padece,
antes de tocar la tierra
desfallece.

Quieto el árbol, quieto el viento,
y en el silencio estupendo,
este fino llanto amargo
cayendo!

El cielo es como un inmenso
corazón que se abre, amargo.
No llueve: es un sangrar lento
y largo.

Dentro del hogar, los hombres
no sienten esta amargura,
este envío de agua triste
de la altura.

Este largo y fatigante
descender de aguas vencidas,
hacia la tierra yacente
y transida.

Bajando está el agua inerte,
callada como un ensueño,
como las criaturas leves
de los sueños.

Llueve... y como un chacal trágico
la noche acecha en la sierra.
¿Qué va a surgir, en la sombra,
de la tierra?

¿Dormiréis, mientras afuera
cae, sufriendo, esta agua inerte,
esta agua letal, hermana
de la muerte?

PINARES

El pinar al viento
vasto y negro ondula
y mece mi pena
con canción de cuna.

Pinos calmos, graves
como un pensamiento,
dormidme la pena,
dormidme el recuerdo.

Dormidme el recuerdo,
asesino pálido,
pinos que pensáis
con pensar humano.

El viento los pinos
suavemente ondula.
¡Duérmete, recuerdo,
duérmete, amargura!

La montaña tiene
el pinar vestida
como un amor grande
que cubrió una vida.

Nada le ha dejado
sin poseerle, ¡nada!
¡Como un amor ávido
que ha invadido un alma!

La montaña tiene
tierra sonrosada;
el pinar le puso
su negrura trágica.

(Así era el alma
alcor sonrosado;
así el amor púsole
su vestido trágico).

El viento reposa
y el pinar se calla,
cual se calla un hombre
asomado a su alma.

Medita en silencio,
enorme y oscuro,
como un ser que sabe
del dolor del mundo.

Pinar, tengo miedo
de pensar contigo;
miedo de acordarme,
pinar, de que vivo.

¡Ay!, tú no te calles,
procura que duerma;
no te calles como
un hombre que piensa.

EL IXTLAZIHUATL

EL Ixtlazihuatl mi mañana vierte;
se alza mi casa bajo su mirada,
que aquí a sus pies me reclinó la suerte
y en su luz hablo como alucinada.

Te doy mi amor, montaña mexicana;
como una virgen tú eres deleitosa;
sube de ti hecha gracia la mañana,
pétalo a pétalo abre como rosa.

El Ixtlazihuatl con su curva humana
endulza el cielo, el paisaje afina.
Toda dulzura de su dorso mana;
el valle en ella tierno se reclina.

Está tendida en la ebriedad del cielo
con laxitud de ensueño y de reposo,
tiene en un pico un ímpetu de anhelo
hacia el azul supremo que es su esposo.

Y los vapores que alza de sus lomas
tejen su sueño que es maravilloso:
cual la doncella y como la paloma
su pecho es casto pero se halla ansioso.

Ella a sus gentes dijo la armonía;
la depurada curva hizo su alma;
les ha vertido cada mediodía
en la canción el óleo de su calma.

Mas tú la andina, la de greña oscura,
mi cordillera, la Judith tremenda,
hiciste mi alma cual la zarpa dura
y la empapaste en tu sangrienta venda.

Y yo te llevo cual tu criatura.
Te llevo aquí en mi corazón tajeado,
que me crié en tus pechos de amargura,
¡y derramé mi vida en tus costados!

I

La tierra es dulce cual humano labio,
como era dulce cuando te tenía,
y toda está ceñida de caminos...
Eterno amor, te espero todavía.

Miro correr las aguas de los años,
miro pasar las aguas del destino.
Antiguo amor, te espero todavía:
la tierra está ceñida de caminos...

Palpita aún el corazón que heriste:
vive de ti como de un viejo vino.
Hundo mis ojos en el horizonte:
la tierra está ceñida de caminos...

Si me muriera, Él que me vio en tus brazos,
Dios que miró mi hora de alegría,
me preguntara dónde te quedaste,
me preguntara, ¿y qué respondería!

Suena la azada en lo hondo de este valle
donde rendida el corazón reclino.
Antiguo amor, te espero todavía:
la tierra está ceñida de caminos...

11

Los pinos, los pinos
sombread la cuesta:
¿en qué pecho el que amo
ahora se recuesta?

Los corderos bajan
a la fuente pía:
¿en qué labio bebe
el que en mí bebía?

El viento los anchos
abetos enlaza:
llorando como hijo
por mi pecho pasa.

Sentada a la puerta
treinta años ya espero.
¿Cuánta nieve, cuánta
cae a los senderos!

111

La nube negra va cerrando el cielo
y un viento humano hace gemir los pinos;
la nube negra ya cubrió la tierra:
¿cómo vendrá Peer Gynt por los caminos!

La noche ciega se echa sobre el llano
¿ay!, sin piedad para los peregrinos.
La noche ciega anegará mis ojos:
¿cómo vendrá Peer Gynt por los caminos!

La nieve muda está bajando en copos:
espesa, espesa sus tremendos linos
y ya apagó los fuegos de pastores:
¡cómo vendrá Peer Gynt por los caminos!

P R O S A

LA ORACIÓN DE LA MAESTRA

A César Duayen

¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incompreensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él. Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame!, ¡sostenme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízame la más en la caricia. ¡Reprenda con dolor, para saber que he corregido amando!

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor.

LOS CABELLOS DE LOS NIÑOS

Cabellos suaves, cabellos que son toda la suavidad del mundo, ¿qué seda gozaría yo si no os tuviera sobre el regazo? Dulce por ella el día que pasa, dulce el sustento, solo por unas horas que ellos resbalan entre mis manos.

Ponedlos en mi mejilla; revolvedlos en mi regazo como las flores; dejadme trenzar con ellos, para suavizarlo, mi dolor; aumentar la luz con ellos, ahora que es moribunda.

Cuando ya sea con Dios, que no me dé el ala de un ángel para refrescar la magulladura de mi corazón; extienda sobre el azul las cabelleras de los niños que amé, y pasen ellas en el viento sobre mi rostro eternamente.

POEMAS DE LAS MADRES

A doña Luisa Fernández de García-Huidobro

ME HA BESADO

Me ha besado y ya soy otra: otra, por el latido que duplica el de mis venas; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento.

Mi vientre ya es noble como mi corazón...

Y hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores: ¿todo por aquel que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre la hierba!

¿CÓMO SERÁ?

¿Cómo será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa y los palpé con delectación: querría esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en un enredo de zarzas, porque me gustaría sus cabellos así, oscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida entera.

Miro las quebras de las sierras, cuando se van poblando de niebla, y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima: que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, y que tenga el temblor leve de su voz cuando me habla, pues en el que viene quiero amar a aquel que me besara.

SABIDURÍA

Ahora sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado cortar las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como al racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, este era mi vino.

Para este yo recé, por traspasar del nombre de Dios mi barro, con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza, por que recoja de mi carne su ardor inextinguible.

LA DULZURA

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso.
Y es religioso todo mi corazón, desde que lleva el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que
temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entra-
ñas, para que los demás miren y comprendan la causa de
mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan
codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamen-
te: creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos, sobre
los que velan inclinados.

LA HERMANA

Hoy he visto una mujer abriendo un surco. Sus caderas están henchidas, como las mías, por el amor, y hacía su faena curvada sobre el suelo.

He acariciado su cintura; la he traído conmigo. Beberá la leche espesa de mi mismo vaso y gozará de la sombra de mis corredores, que va grávida de gravidez de amor. Y si mi seno no es generoso, mi hijo allegará al suyo, rico, sus labios.

EL RUEGO

¿Pero no! ¿Cómo Dios dejaría enjuta la yema de mi seno, si Él mismo amplió mi cintura? Siento crecer mi pecho, subir como el agua en un ancho estanque, calladamente. Y su esponjadura echa sombra como de promesa sobre mi vientre.

¿Quién sería más pobre que yo en el valle si mi seno no se humedeciera?

Como los vasos que las mujeres ponen para recoger el rocío de la noche, pongo yo mi pecho ante Dios; le doy un nombre nuevo, le llamo el Henchidor, y le pido el licor de la vida, abundoso. Mi hijo llegará buscándolo con sed.

SENSITIVA

Ya no juego en las praderas y temo columpiarme con las mozas. Soy como la rama con fruto.

Estoy débil, tan débil que el olor de las rosas me hizo desvanecer esta siesta, cuando bajé al jardín, y un simple canto que viene en el viento o la gota de sangre que tiene la tarde en su último latido sobre el cielo, me turban, me anegan de dolor. De la sola mirada de mi dueño, si fuera dura para mí esta noche, podría morir.

EL DOLOR ETERNO

Palidezco si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de este que está en mí y a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trezado con mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta. ¡Mi llanto y mi sonrisa comenzarán en tu rostro, hijo mío!

P O R É L

Por él, por el que está adormecido, como hilo de agua bajo la hierba, no me dañéis, no me deis trabajos. Perdonádmelo todo: mi descontento de la mesa preparada y mi odio al ruido.

Me diréis los dolores de la casa, la pobreza y los afanes, cuando lo haya puesto en unos pañales.

En la frente, en el pecho, donde me toquéis, está él y lanzaría un gemido respondiéndome a la herida.

LA QUIETUD

Ya no puedo ir por los caminos: tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí a mi lado las macetas con flores, y tocad la cítara largamente: quiero para él anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol acre. Quiero destilar como la fruta miel hacia mis entrañas. Recibo en el rostro el viento de los pinares. La luz y los vientos colorean y laven mi sangre. Para lavarla también yo no odio, no murmuro, ¡solamente amo! Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas, y rostro, y mirada, y depurado corazón.

ROPITAS BLANCAS

Tejo los esarpines minúsculos, corto el pañal suave: todo quiero hacerlo por mis manos.

Vendrá de mis entrañas, reconocerá mi perfume.

Suave vellón de la oveja: en este verano te cortaron para él. Lo esponjó la oveja ocho meses y lo emblanqueció la luna de enero. No tiene agujillas de cardo ni espinas de zarza. Así de suave ha sido el vellón de mis carnes, donde ha dormido.

¡Ropitas blancas! Él las mira por mis ojos y se sonríe, dichoso, adivinándolas suavísimas...

IMAGEN DE LA TIERRA

No había visto antes la verdadera imagen de la tierra. La tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos (con sus criaturas en los anchos brazos).

Voy conociendo el sentido maternal de las cosas. La montaña que me mira también es madre, y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas.

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente que las breñas hacen todavía invisible. Ya soy como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

AL ESPOSO

Esposo, no me estreches. Lo hiciste subir del fondo de mi ser como un lirio de aguas. Déjame ser como un agua en reposo.

¿Ámame, ámame ahora un poco más! Yo, ¿tan pequeña!, te duplicaré por los caminos. Yo, ¿tan pobre!, te daré otros ojos, otros labios, con los cuales gozarás el mundo; yo, ¿tan tierna!, me hendiré como un ánfora por el amor, para que este vino de la vida se vierta de mí.

¿Perdóname! Estoy torpe al andar, torpe al servir tu copa; pero tú me henchiste así y me diste esta extrañeza con que me muevo entre las cosas.

Seme más que nunca dulce. No remuevas ansiosamente mi sangre; no agites mi aliento.

¿Ahora soy solo un velo; todo mi cuerpo es un velo bajo el cual hay un niño dormido!

L A M A D R E

Vino mi madre a verme; estuvo sentada aquí a mi lado, y, por primera vez en nuestra vida, fuimos dos hermanas que hablaron del tremendo trance.

Palpó con temblor mi vientre y descubrió delicadamente mi pecho. Y al contacto de sus manos me pareció que se entreabrían con suavidad de hojas mis entrañas y que a mi seno subía la honda láctea.

Enrojecida, llena de confusión, le hablé de mis dolores y del miedo de mi carne; caí sobre su pecho; ¡y volví a ser de nuevo una niña pequeña que sollozó en sus brazos del terror de la vida!

C U É N T A M E, M A D R E...

Madre, cuéntame todo lo que sabes por tus viejos dolores. Cuéntame cómo nace y cómo viene su cuerpecillo, entabado con mis vísceras.

Dime si buscará solo mi pecho o si se lo debo ofrecer, incitándolo.

Dame tu ciencia de amor ahora, madre. Enséñame las nuevas caricias, delicadas, más delicadas que las del esposo.

¿Cómo limpiaré su cabecita en los días sucesivos? ¿Y cómo lo liaré para no dañarlo?

Enséñame, madre, la canción de cuna con que me meciste. Esa lo hará dormir mejor que otras canciones.

EL AMANE CER

Toda la noche he padecido, toda la noche se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay el sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¡es la vida!

Y te llamo ahora Dulzura Infinita a Ti, Señor, para que lo desprendas blandamente.

Nazca ya, y mi grito de dolor suba en el amanecer, trenzado con el canto de los pájaros.

Dicen que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares: ¡yo solo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro!

—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas?

Y yo misma me respondo:

—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad.

Me mire la tierra con este hijo en los brazos, y me bendiga, pues ya estoy fecunda y sagrada, como las palmas y los surcos.

POEMAS DE LA MADRE MÁS TRISTE

ARROJADA

Mi padre dijo que me echaría, gritó a mi madre que me arrojaría esta misma noche.

La noche es tibia; a la claridad de las estrellas, yo podría caminar hasta la aldea más próxima; pero, ¿y si nace en estas horas? Mis sollozos le han llamado tal vez; tal vez quiera salir por ver mi cara con lágrimas. Y tiritaría bajo el aire crudo, aunque yo lo cubriera.

¿PARA QUÉ VINISTE?

¿Para qué viniste? Nadie te amará aunque eres hermoso, hijo mío. Aunque sonríes graciosamente, como los demás niños, como el menor de mis hermanitos, no te besaré sino yo, hijo mío. Y aunque tus manitas se agiten buscando juguetes, no tendrás para tus juegos sino mi seno y la hebra de mis lágrimas, hijo mío.

¿Para qué viniste, si el que te trajo te odió al sentirte en mi vientre?

¡Pero no! Para mí viniste; para mí que estaba sola, sola hasta cuando me oprimía él entre sus brazos, hijo mío.

Nota de la autora. Una tarde, paseando por una calle miserable de Temuco, vi a una mujer del pueblo, sentada a la puerta de su rancho. Estaba próxima a la maternidad, y su rostro revelaba una profunda amargura.

Pasó delante de ella un hombre, y le dijo una frase brutal, que la hizo enrojecer.

Yo sentí en ese momento toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando:

—Es una de nosotras quien debe decir (ya que los hombres no lo han dicho) la santidad de este estado doloroso y divino. Si la misión del arte es embellecerlo todo, en una inmensa misericordia, ¿por qué no hemos purificado, a los ojos de los impuros, esto?

Y escribí los poemas que preceden, con intención casi religiosa.

Algunas de esas mujeres que para ser castas necesitan cerrar los ojos sobre la realidad cruel pero fatal, hicieron de estos poemas un comentario ruin, que me entristeció, por ellas mismas. Hasta me insinuaron que los eliminase de un libro.

En esta obra egotista, empequeñecida a mis propios ojos por ese egotismo, tales prosas humanas tal vez sean lo único en que se canta la vida total. ¿Había de eliminarlas?

¡No! Aquí quedan, dedicadas a las mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por lo tanto, sagrada. Sientan ellas la honda ternura con que una mujer que apacienta por la tierra los hijos ajenos, mira a las madres de todos los niños del mundo.

CANCIONES DE CUNA

A mi madre

APEGADO A MÍ

Velloncito de mi carne—que en mi entraña yo tejí,—velloncito friolento,—¿duérmete apegado a mí!

La perdiz duerme en el trébol—escuchándole latir:—no te turbes por mi aliento,—¿duérmete apegado a mí!

Hierbecita temblorosa—asombrada de vivir,—no te sueltes de mi pecho,—¿duérmete apegado a mí!

Yo que todo lo he perdido—ahora tiemblo hasta al dormir.—No resbales de mi brazo:—¿duérmete apegado a mí!

YO NO TENGO SOLEDAD

Es la noche desamparo—de las sierras hasta el mar.—Pero yo, la que te mece,—¿yo no tengo soledad!

Es el cielo desamparo—pues la luna cae al mar.—Pero yo, la que te estrecha,—¿yo no tengo soledad!

Es el mundo desamparo.—Toda carne triste va.—Pero yo, la que te oprime,—¿yo no tengo soledad!

M E C I E N D O

El mar sus millares de olas—mece divino.—Oyendo a los mares amantes—mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche—mece los trigos.—Oyendo a los vientos amantes mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos—mece sin ruido.—Sintiendo su mano en la sombra—mezo a mi niño.

L A N O C H E

Por que duermas, hijo mío,—el ocaso no arde más:—no hay más brillo que el rocío,—más blancura que mi faz.

Por que duermas, hijo mío,—el camino enmudeció:—nadie gime sino el río;—nadie existe sino yo.

Va anegando niebla el llano.—Se cerró el suspiro azul.—Se ha posado como mano—sobre el mundo la quietud.

Yo no solo fui meciendo—a mi niño en mi cantar:—a la tierra iba adurmiendo—al vaivén de mi cunar...

M E T U V I S T E

Duérmete, mi niño,—duérmete sonriendo,—que es la ronda de astros—quien te va meciendo.

Gozaste la luz—y fuiste feliz.—Todo el bien tuviste—al tenerme a mí.

Duérmete, mi niño,—duérmete sonriendo,—que es la tierra amante—quien te va meciendo.

Miraste la ardiente—rosa carmesí.—Estrechaste al mundo:—me estrechaste a mí.

Duérmete, mi niño,—duérmete sonriendo,—que es Dios en la sombra—quien te va meciendo.

ENCANTAMIENTO

Este niño es un encanto—parecido al fino viento:—si dormida lo amamanto,—que me bebe yo no siento.

Es más dulce este al que río—que el contorno de la loma;—es más lindo el hijo mío—que este mundo a que se asoma.

Es más rico este mi niño—que la tierra y que los cielos:—en mi pecho tiene armiño—y en mi canto terciopelos...

Y es su cuerpo tan pequeño—cual el grano de mi trigo:—menos pesa que el ensueño;—no lo ven y está conmigo.

LA MADRE TRISTE

Duerme, duerme, dueño mío,—sin zozobra, sin temor,—aunque no se duerma mi alma,—aunque no descanse yo.

Duerme, duerme y que en la noche—seas tú menos rumor—que la hoja de la hierba—que la seda del vellón.

Duerma en ti la carne mía—mi zozobra, mi temblor.—En ti ciérrense mis ojos,—¿duerma en ti mi corazón!

S U A V I D A D E S

Cuando yo te estoy cantando,—en la tierra acaba el mal:—todo es dulce cual tus sienes:—la barranca, el espinar.

Cuando yo te estoy cantando,—se me borra la crueldad:—suaves son, como tus párpados,—¿el león con el chacal!

C A N C I Ó N A M A R G A

¡Ay! ¡Juguemos, hijo mío,—a la reina con el rey!

Este verde campo es tuyo.—¿De quién más podría ser?—Las alfalfas temblorosas—para ti se han de mecer.

Este valle es todo tuyo.—¿De quién más podría ser?—Para que los disfrutemos—los pomares se hacen miel.

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas—como el Niño de Belén—y que el seno de tu madre—se secó de padecer!).

El cordero está espesando—el vellón que he de tejer.—Y son tuyas las majadas.—¿De quién más podrían ser?

Y la leche del establo—que en la ubre ha de correr—y el manojito de las mieses—¿de quién más podrían ser?

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas—como el Niño de Belén—y que el seno de tu madre—se secó de padecer!).

¡Sí! ¡Juguemos, hijo mío,—a la reina con el rey!

M I E D O

Yo no quiero que a mi niña—golondrina me la vuelvan,
—se hunde volando en el Cielo—y no baja hasta mi este-
ra;—en el alero hace el nido—y mis manos no la peinan.
—Yo no quiero que a mi niña—golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña—la vayan a hacer princesa.
—Con zapatitos de oro,—¿cómo juega en las praderas?—Y
cuando llegue la noche—a mi lado no se acuesta...—Yo no
quiero que a mi niña—la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día—me la vayan a hacer reina.
—La pondrían en un trono—a donde mis pies no llegan.
—Cuando viniese la noche—yo no podría mecerla...—¡Yo
no quiero que a mi niña—me la vayan a hacer reina!

C O R D E R I T O

Corderito mío—suavidad callada:—mi pecho es tu gruta
—de musgo afelpada.

Carne blanca como—manchita de luna:—lo he olvidado
todo—para hacerme cuna.

Me olvidé del mundo—y de mí no siento—más que el pe-
cho henchido—con que te sustento.

Tu fiesta, hijo mío,—me apagó las fiestas—y sé de mí solo
—que en mí te recuestras.

R O C Í O

Esta era una rosa—llena de rocío:—este era mi pecho—con
el hijo mío.

Junta sus hojitas—para sostenerlo:—esquiva la brisa—por
no desprenderlo.

Descendió una noche—desde el cielo inmenso:—y del
amor tiene—su aliento suspenso.

De dicha se queda—callada, callada.—no hay rosa entre
rosas—más maravillada.

Esta era una rosa—llena de rocío:—este era mi pecho—con
el hijo mío.

H A L L A Z G O

Me encontré este niño—cuando al campo iba:—dormido
lo he hallado—sobre unas gavillas...

O tal vez ha sido—cruzando la viña:—al buscar un pámpa-
no—toqué su mejilla...

Y por eso temo—al quedar dormida—se evapore como
—rocío en las viñas...

MI CANCIÓN

La canción que yo he cantado—para los niños dolientes,
—misericordiosamente—¿cántame!

La canción con que he arrullado—a los niños doloridos,
—ahora que me han herido—¿cántame!

La luz cruel hierre mis ojos—y me turba todo ruido:—la
canción con que he mecido—¿cántame!

Cuando yo las fui tejiendo—con blandura fiel de armiño,
—no sabía que era niño—mi pobre alma.

La canción que yo he cantado—para los niños dolientes,
—misericordiosamente—¿cántame!

MOTIVOS DEL BARRO

A Eduardo Barrios

EL POLVO SAGRADO

Tengo ojos, tengo mirada: los ojos, y las miradas derramadas en mí por los tuyos que quebró la muerte, y te miro con todas ellas. No soy ciego como me llamas.

Y amo; tampoco soy muerto. Tengo los amores y las pasiones de tus gentes derramadas en mí como rescoldo tremendo; el anhelo de sus labios me hace gemir.

EL POLVO DE LA MADRE

¿Por qué me buscabas mirando hacia la noche estrellada? Aquí estoy, recógeme con tu mano. Guárdame, llévame. No quiero que me huellen los rebaños ni que corran los largartos sobre mis rodillas. Recógeme en tu mano y llévame contigo. Yo te lleve así. ¿Por qué tú no me llevarías?

Con una mano cortas las flores y ciñes a las mujeres, y con la otra oprimes contra tu pecho a tu madre.

Recógeme y amasa conmigo una ancha copa, para las rosas de esta primavera. Ya he sido copa, pero copa de carne henchida, y guardé un ramo de rosas: te llevé a ti. Yo conozco la noble curva de una copa porque fui el vientre de tu madre.

Volé en polvo fino de la sepultura y fui espesando sobre tu campo, todo para mirarte, ¡oh, hijo labrador! Soy tu surco. ¡Mírame y acuérdate de mis labios! ¿Por qué pasas rompiéndome? En este amanecer, cuando atravesaste el campo, la alondra que voló cantando subió del ímpetu desesperado de mi corazón.

TIERRA DE AMANTES

Alfarero, ¿sentió el barro cantar entre tus dedos? Cuando le acabaste de verter el agua, gritó entre ellos. ¡Es su tierra y la tierra de mis huesos que por fin se juntaron!

Con cada átomo de mi cuerpo lo he besado, con cada átomo lo he ceñido. ¡Mil nupcias para nuestros dos cuerpos! ¡Para mezclarnos bien nos deshicieron! ¡Como las abejas en el enjambre, es el ruido de nuestro fermento de amor! Y ahora, si haces una Tanagra con nosotros, ponnos todo en la frente o todo en el seno. No nos vayas a separar distribuyéndonos en las sienes o en los brazos. Ponnos mejor en la curva sagrada de la cintura, donde jugaremos a perseguirnos, sin encontrarnos fin.

¡Ah, alfarero! Tú que nos mueles distraído cantando, no sabes que en la palma de tu mano se juntaron, por fin, las tierras de dos amantes que jamás se reunieron sobre el mundo.

A LOS NIÑOS

Después de muchos años, cuándo yo sea un montoncito de polvo callado, jugad conmigo, con la tierra de mi corazón y de mis huesos. Si me recoge un albañil, me pondrá en

un ladrillo, y quedaré clavada para siempre en un muro, y yo odio los nichos quietos. Si me hacen ladrillo de cárcel, enrojeceré de vergüenza oyendo sollozar a un hombre; y si soy ladrillo de una escuela, padeceré también de no poder cantar con vosotros en los amaneceres.

Mejor quiero ser el polvo con que jugáis en los caminos del campo. Oprimidme: he sido vuestra; deshacedme, porque os hice; pisadme, porque no os di toda la verdad y toda la belleza. O, simplemente, cantad y corred sobre mí, para besaros las plantas amadas...

Decid, cuando me tengáis en las manos, un verso hermoso y crepitaré de placer entre vuestros dedos. Me empinaré para miraros, buscando entre vosotros los ojos, los cabellos de los que enseñé.

Y cuando hagáis conmigo cualquier imagen, rompedla a cada instante, que a cada instante me rompieron los niños de ternura y de dolor.

LA ENEMIGA

Soñé que ya era la tierra, que era un metro de tierra oscura a la orilla de un camino. Cuando pasaban, al atardecer, los carros cargados de heno, el aroma que dejaban en el aire me estremecía al recordarme el campo en que nací; cuando después pasaban los segadores enlazados, evocaba también; al llorar los bronces crepusculares, el alma mía recordaba a Dios bajo su polvo ciego.

Junto a mí, el suelo formaba un montoncillo de arcilla roja, con un contorno como de pecho de mujer y yo, pensando en que también pudiera tener alma, le pregunté:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy —dijo— tu Enemiga, aquella que así, sencillamente, terriblemente, llamabas tú: la Enemiga.

Yo le contesté:

—Yo odiaba cuando aún era carne, carne con juventud, carne con soberbia. Pero ahora soy polvo ennegrecido y amo hasta el cardo que sobre mí crece y las ruedas de las carretas que pasan magullándome.

—Yo tampoco odio ya —dijo ella—, y soy roja como una herida porque he padecido, y me pusieron junto a ti porque pedí amarte.

—Yo te quisiera más próxima —respondí—, sobre mis brazos, los que nunca te estrecharon.

—Yo te quisiera —respondió— sobre mi corazón, en el lugar de mi corazón que tuvo la quemadura de tu odio.

Pasó un alfarero una tarde, y, sentándose a descansar, acarició ambas tierras dulcemente...

—Son suaves —dijo—: son igualmente suaves, aunque una sea oscura y la otra sangrienta. Las llevaré y haré con ellas un vaso.

Nos mezcló el alfarero como no se mezcla nada en la luz: más que dos brisas, más que dos aguas. Y ningún ácido, ninguna química de los hombres, hubiera podido separarnos.

Cuando nos puso en un horno ardiente, alcanzamos el color más luminoso y el más bello que se ha mostrado al sol: era un rosa viviente de pétalo recién abierto...

Cuando el alfarero lo sacó del horno ardiente, pensó que aquello ya no era lodo, sino una flor: como Dios, ¡él había alcanzado a hacer una flor!

Y el vaso dulcificaba el agua hasta tal punto que el hombre que lo compró gustaba de verterle los zumos más amargos: el ajeno, la cicuta, para recogerlos melificados. Y si el alma misma de Caín se hubiera podido sumergir en el vaso, hubiera ascendido de él como un panal, goteante de miel...

L A S Á N F O R A S

Ya hallaste por el río la greda roja y la greda negra; ya amasas las ánforas, con los ojos ardientes.

Alfarero, haz la de todos los hombres, que cada uno la precisa semejante al propio corazón.

Haz el ánfora del campesino, fuerte el asa, esponjado el contorno como la mejilla del hijo. No turbará cual la gracia, mas será el Ánfora de la Salud.

Haz el ánfora del sensual; hazla ardiente como la carne que ama; pero, para purificar su instinto, dale labio espiritual, leve labio.

Haz el ánfora del triste; hazla sencilla como una lágrima, sin un pliegue, sin una franja coloreada, porque el dueño no le mirará la hermosura. Y amásala con el lodo de las hojas secas, para que halle al beber el olor de los otoños, que es el perfume mismo de su corazón.

Haz el ánfora de los miserables, tosca, cual un puño, desgarrada de dar, y sangrienta, como la granada. Será el Ánfora de la Protesta.

Y haz el ánfora de Leopardi, el ánfora de los torturados que ningún amor supo colmar. Hazles el vaso en que miren su propio corazón, para que se odien más. No echarán en ella ni el vino ni el agua, que será el Ánfora de la Desolación. Y su seno vaciado inquietará más que si estuviera colmada de sangre, al que lo mire.

VASOS

—Todos somos vasos —me dijo el alfarero, y como yo sonriera, añadió—: Tú eres un vaso vaciado. Te volcó un grande amor y ya no te vuelves a colmar más. No eres humilde, y rehúsas bajar como otros vasos a las cisternas, a llenarte de agua impura.

Tampoco te abres para alimentarte de las pequeñas ternuras, como algunas de mis ánforas que reciben las lentas gotas que les vierte la noche y viven de esa breve frescura. Y no estás roja, sino blanca de sed, porque el sumo ardor tiene esa tremenda blancura.

LA LIMITACIÓN

—Los vasos sufren de ser vasos —agregó—. Sufren de contener en toda su vida nada más que cien lágrimas y apenas un suspiro o un sollozo intenso. En las manos del destino tiemblan, y no creen que vacilan así porque son vasos. El amor los tajea de ardor, y no ven que son hermanos de mis gredas abiertas. Cuando miran al mar, que es ánfora inmensa, los vasos padecen, humillados. Odian su pequeña pared, su pequeño pie de copas, que apenas se levanta del polvo para recibir un poco la luz del día.

Cuando los hombres se abrazan, en la hora del amor, no ven que son tan exigüos como un tallo de hierba y que se ciñen con un solo brazo extendido: ¡lo mismo que un ánfora!

Miden desde su quietud meditativa el contorno de todas las cosas, y su brevedad no la conocen, de verse engrandecidos en su sombra.

Del dedo de Dios que los contorneó, aún conservan un vago perfume derramado en sus paredes, y suelen preguntar en qué jardín de aromas fueron amasados. Y el aliento de Dios, que caía sobre ellos mientras iba labrándolos, les dejó para mayor tortura esta vaga remembranza de una insigne suavidad y dulzura.

LA SED

—Todos los vasos tienen sed —siguió diciéndome el alfarero—; “esos” como los míos, de arcilla perecedera. Así los hicieron, abiertos, para que pudieran recibir el rocío del cielo, y también, ¡ay!, para que huyera presto su néctar.

Y cuando están colmados tampoco son dichosos, porque todos odian el líquido que hay en su seno. El vaso de falerno aborrece su áspero olor de lagares; el de óleo perfumado odia su grávida espesura y envidia la levedad del vaso de agua clara.

Y los vasos con sangre viven desesperados del grumo tenaz que se cuaja en sus paredes y que no pueden ir a lavar en los arroyos, y son los más angustiados.

Para pintar el ansia de los hombres haz de ellos solamente el rostro con los labios entreabiertos de sed, o haz sencillamente un vaso, que también es una boca con sed.

POEMAS DEL ÉXTASIS

ESTOY LLORANDO

Me has dicho que me amas, y estoy llorando. Me has dicho que pasarás conmigo entre tus brazos por los valles del mundo.

Me has apuñalado con la dicha no esperada. Pudiste dár-mela gota a gota, como el agua al enfermo, ¿y me pusiste a beber en el torrente!

Caída en tierra, estaré llorando hasta que el alma comprenda. Han escuchado mis sentidos, mi rostro, mi corazón: mi alma no acaba de comprender.

Muerta la tarde divina, volveré vacilando hacia mi casa, apoyándome en los troncos del camino... Es la senda que hice esta mañana, y no la voy a reconocer. Miraré con asombro el cielo, el valle, los techos de la aldea, y les preguntaré su nombre, porque he olvidado toda la vida.

Mañana me sentaré en el lecho y pediré que me llamen, para oír mi nombre y creer. Y volveré a estallar en llanto. ¿Me has apuñalado con la dicha!

DIOS

Háblame ahora de Dios, y te he de comprender. Dios es este reposo de tu larga mirada en mi mirada, este comprenderse sin el ruido intruso de las palabras. Dios es esta entrega ardiente y pura y esta confianza inefable.

Está, como nosotros, amando al alba, al mediodía y a la noche, y le parece, como a los dos, que comienza a amar...

No necesita otra canción que su amor mismo, y la canta desde el suspiro al sollozo. Y vuelve otra vez al suspiro...

Es esta perfección de la rosa madura, antes de que caiga el primer pétalo.

Y es esta certidumbre divina de que la muerte es mentira. Sí, ahora comprendo a Dios.

EL MUNDO

—No se aman, dijeron, porque no se buscan. No se han besado, porque ella va todavía pura. ¡No saben que nos entregamos en una sola mirada!

Tu faena está lejos de la mía y mi asiento no está a tus pies. Y sin embargo, haciendo mi labor, siento como si te entretijera con la red de la lana suavísima, y tú estás sintiendo allá lejos que mi mirar baja sobre tu cabeza inclinada. ¡Y se rompe de dulzura tu corazón!

Muerto el día, nos encontraremos por unos instantes; pero la herida dulce del amor nos sustentará hasta el otro atardecer.

Ellos que se revuelcan en la voluptuosidad sin lograr unirse, no saben que por una mirada somos esposos.

H A B L A B A N D E T I...

Me hablaron de ti ensangrentándote con palabras numerosas. ¿Por qué se fatigará inútilmente la lengua de los hombres? Cerré los ojos y te miré en mi corazón. Y eras puro, como la escarcha que amanece dormida en los cristales.

Me hablaron de ti alabándote con palabras numerosas. ¿Para qué se fatigará inútilmente la generosidad de los hombres?... Guardé silencio, y la alabanza subió de mis entrañas, luminosa como suben los vapores del mar.

Callaron otro día tu nombre y dijeron otros en la glorificación ardiente. Los nombres extraños caían sobre mí, inertes, malogrados. Y tu nombre que nadie pronunciaba, estaba presente como la primavera, que cubría el valle, aunque nadie estuviera cantándola en esa hora diáfana.

E S P E R Á N D O T E

Te espero en el campo. Va cayendo el sol. Sobre el llano baja la noche, y tú vienes caminando a mi encuentro, naturalmente, como cae la noche. ¡Apresúrate, que quiero ver el crepúsculo sobre tu cara!

¡Qué lento te acercas! Parece que te hundieras en la tierra pesada. Si te detuvieses en este momento, se pararían mis pulsos de angustia y me quedaría blanca y yerta.

Vienes cantando como las vertientes bajan al valle. Ya te escucho...

¡Apresúrate! El día que se va quiere morir sobre nuestros rostros unidos.

ESCÓNDEME

Escóndeme, que el mundo no me adivine. Escóndeme como el tronco su resina, y que yo te perfume en la sombra, como la gota de goma, y que te suavice con ella, y los demás no sepan de dónde viene tu dulzura...

Soy fea sin ti, como las cosas desarraigadas de su sitio: como las raíces abandonadas sobre el suelo.

¿Por qué no soy pequeña, como la almendra en el hueso cerrado?

¡Bébeme! Hazme una gota de tu sangre, y subiré a tu mejilla, y estaré en ella como la pinta vivísima en la hoja de la vid. Vuélveme tu suspiro, y subiré y bajaré de tu pecho, me enredaré en tu corazón, saldré al aire para volver a entrar. Y estaré en este juego toda la vida...

LA FLOR DE CUATRO PÉTALOS

Mi alma fue un tiempo un gran árbol en que se enrojecía un millón de frutos. Entonces mirarme solamente daba plenitud; oír cantar bajo mis ramas cien aves era una tremenda embriaguez.

Después fue un arbusto, un arbusto retorcido de sobrio ramaje, pero todavía capaz de manar goma perfumada.

Ahora es solo una flor, una pequeña flor de cuatro pétalos. Uno se llama la Belleza, y otro el Amor, y están próximos; otro se llama el Dolor y el último la Misericordia. Así, uno a uno, fueron abriéndose, y la flor no tendrá ninguno más.

Tienen los pétalos en la base una gota de sangre, porque la belleza me fue dolorosa, porque fue mi amor pura tribulación y mi misericordia nació también de una herida.

Tú que supiste de mí cuando era un gran árbol y que llegas buscándome tan tarde, en la hora crepuscular, tal vez pases sin reconocermme. Yo desde el polvo te miraré en silencio y sabré por tu rostro si eres capaz de saciarte con una simple flor, tan breve como una lágrima. Si te veo en los ojos la ambición, te dejaré pasar hacia las otras, que son ahora grandes árboles enrojecidos de fruto.

Porque el que hoy puedo consentir junto a mí en el polvo, ha de ser tan humilde que se conforme con este breve resplandor, y ha de tener tan muerta la ambición que pueda quedar para la eternidad con la mejilla sobre mi tierra, olvidado del mundo, ¡con sus labios sobre mí!

LA S O M B R A

Sal por el campo al atardecer y déjame tus huellas sobre la hierba, que yo voy tras de ti. Sigue por el sendero acostumbrado, llega a las alamedas de oro, sigue por las alamedas de oro hasta la sierra amarrotada. Y camina entregándote a las cosas, palpando los troncos, para que me devuelvan, cuando yo pase, tu caricia. Mírate en las fuentes y guárdanme las fuentes un instante el reflejo de tu cara, hasta que yo pase. Porque a ti yo no podré verte más en la tierra de los hombres.

SI VIENE LA MUERTE

Si te ves herido no temas llamarme. No, llámame desde donde te halles, aunque sea el lecho de la vergüenza. Y yo iré, aun cuando estén erizados de espinos los llanos hasta tu puerta.

No quiero que ninguno, ni Dios, te enjague en las sienes el sudor ni te acomode la almohada bajo la cabeza.

¡No! Estoy guardando mi cuerpo para resguardar de la lluvia y las nieves tu huesa cuando ya duermas. Mi mano quedará sobre tus ojos para que no miren la noche tremenda.

EL ARTE

A María Enriqueta

LA BELLEZA

Una canción es una herida de amor que nos abrieron las cosas.

A ti, hombre basto, solo te turba un vientre de mujer, un montón de carne de mujer. Nosotros vamos turbados, nosotros recibimos la lanzada de toda la belleza del mundo, porque la noche estrellada nos fue amor tan agudo como un amor de carne.

Una canción es una respuesta que damos a la hermosura del mundo. Y la damos con un temblor incontenible, como el tuyo delante de un seno desnudo.

Y de volver en sangre esta caricia de la belleza, y de responder al llamamiento innumerable de ella por los caminos, vamos más febriles, vamos más flagelados que tú.

EL CANTO

Una mujer está cantando en el valle. La sombra que llega la borra; pero su canción la yergue sobre el campo.

Su corazón está hendido, como su vaso que se trizó esta tarde en las guijas del arroyo. Mas ella canta; por la escon-

dida llaga se aguza pasando la hebra del canto, se hace delgada y firme. En una modulación la voz se moja de sangre.

En el campo ya callan por la muerte cotidiana las demás voces, y se apagó hace un instante el canto del pájaro más rezagado. Y su corazón sin muerte, su corazón vivo de dolor, ardiente de dolor, recoge las voces que callan en su voz, aguda ahora, pero siempre dulce.

¿Canta para un esposo que la mira calladamente en el atardecer, o para un niño al que su canto endulza? ¿O cantará para su propio corazón, más desvalido que un niño solo al anocheecer?

La noche que viene se materniza por esa canción que sale a su encuentro; las estrellas se van abriendo con humana dulzura: el cielo estrellado se humaniza y entiende el dolor de la tierra.

El canto puro como un agua con luz, limpia el llano, lava la atmósfera del día innoble en el que los hombres se odiaron. De la garganta de la mujer que sigue cantando, se exhala y sube el día, ennoblecido, hacia las estrellas.

EL ENSUEÑO

Dios me dijo: —Lo único que te he dejado es una lámpara para tu noche. Las otras se apresuraron, y se han ido con el amor y el placer. Te he dejado la lámpara del ensueño y tú vivirás a su manso resplandor.

No abrasará tu corazón, como abrasará el amor a las que con él partieron, ni se te quebrará en la mano, como el

vaso del placer a las otras. Tiene una lumbre que apacigua. Si enseñas a los hijos de los hombres, enseñarás a su claridad, y tu lección tendrá una dulzura desconocida. Si hilas, si tejes la lana o el lino, el copo se engrandecerá por ella de una ancha aureola.

Cuando hables, tus palabras bajarán con más suavidad de la que tienen las palabras que se piensan en la luz brutal del día.

El aceite que la sustente manará de tu propio corazón, y a veces lo llevarás doloroso, como el fruto en el que se apura la miel o el óleo, con la magulladura. ¡No importa!

A tus ojos saldrá su resplandor tranquilo y los que llevan los ojos ardientes de vino o de pasión, se dirán: —¿Qué llama lleva esta que no la afiebra ni la consume?

No te amarán, creyéndote desvalida; hasta creerán que tienen el deber de serte piadosos. Pero, en verdad, tú serás la misericordiosa cuando con tu mirada, viviendo entre ellos, sosiegues su corazón.

A la luz de esta lámpara, leerás tú los poemas ardientes que ha entregado la pasión de los hombres, y serán para ti más hondos. Oirás la música de los violines, y si miras los rostros de los que escuchan, sabrás que tú padeces y gozas mejor. Cuando el sacerdote, ebrio de su fe, vaya a hablarte, hallará en tus ojos una ebriedad suave y durable de Dios, y te dirá: —Tú le tienes siempre; en cambio, yo solo ardo de Él en los momentos del éxtasis.

Y en las grandes catástrofes humanas, cuando los hombres pierden su oro, o su esposa, o su amante, que son sus

lámparas, solo entonces vendrán a saber que la única rica eras tú, porque con las manos vacías, con el regazo baldío, en tu casa desolada, tendrás el rostro bañado del fulgor de tu lámpara. ¡Y sentirán vergüenza de haberte ofrecido los mendrugos de su dicha!

DECÁLOGO DEL ARTISTA

1. Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el universo.
2. No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza.
3. No darás la belleza como cebo para los sentidos, sino como el natural alimento del alma.
4. No te será pretexto para la lujuria ni para la vanidad, sino ejercicio divino.
5. No la buscarás en las ferias ni llevarás tu obra a ellas, porque la belleza es virgen y la que está en las ferias no es ella.
6. Subirá de tu corazón a tu canto y te habrá purificado a ti el primero.
7. Tu belleza se llamará también misericordia y consolará el corazón de los hombres.
8. Darás tu obra como se da un hijo: restando sangre de tu corazón.

9. No te será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre o mujer, dejarás de ser artista.

10. De toda creación saldrás con vergüenza, porque fue inferior a tu sueño e inferior a ese sueño maravilloso de Dios que es la naturaleza.

COMENTARIOS A POEMAS DE
RABINDRANATH TAGORE

Sé que también amaré la muerte.

No creo, no, en que he de perderme tras la muerte.

¿Para qué me habrías henchido tú, si había de ser vaciada y quedar como las cañas exprimida? ¿Para qué derramarías la luz cada mañana sobre mis sienes y mi corazón, si no fueras a recogerme como se recoge el racimo negro melificado al sol, cuando ya media el otoño?

Ni fría ni desamorada me parece, como a los otros, la muerte. Paréceme más bien un ardor, un tremendo ardor que desgaja y desmenuza las carnes, para despeñarnos caudalosamente el alma.

Duro, acre, sumo, el abrazo de la muerte. Es tu amor, es tu terrible amor, ¡oh, Dios! ¡Así deja rotos y vencidos los huesos, lívida de ansia la cara y desmadejada la lengua!

Yo me jacé entre los hombres de que te conocía...

Como tienen tus hombres un delirio de afirmaciones acerca de tus atributos, yo te pinté al hablar de Ti con la precisión del que pinta los pétalos de la azucena. Por amor, por exageración de amor, describí lo que no veré nunca. Vinieron a mí tus hombres a interrogarme; vinieron porque te hallan continuamente en mis cantos, derramado como un

aroma líquido. Yo, viéndoles más ansia que la del sediento al preguntar por el río, les parlé de Ti, sin haberte gozado todavía.

Tú, mi Señor, me lo perdonarás. Fue el anhelo de ellos, fue el mío también de mirarte límpido y neto como las hojas de la azucena. A través del desierto, es el ansia de los beduinos la que traza vívidamente el espejismo en la lejanía... Estando en silencio para oírte, el latir de mis arterias me pareció la palpitación de tus alas sobre mi cabeza febril, y la di a los hombres como tuya. Pero Tú que comprendes te sonríes con una sonrisa llena de dulzura y de tristeza a la par.

Sí. Es lo mismo, mi Señor, que cuando aguardamos con los ojos ardientes, mirando hacia el camino. El viajero no viene, pero el ardor de nuestros ojos lo dibuja a cada instante en lo más pálido del horizonte...

Sé que los otros me ultrajarán porque he mentido; pero Tú, mi Señor, solamente sonreirás con tristeza. Lo sabes bien: la espera enloquece y el silencio crea ruidos en torno de los oídos febriles.

Arranca esta florecilla.

*Temo que se marchite y se deshoje, y se caiga,
y se confunda con el polvo.*

Verdad es que aún no estoy en sazón, que mis lágrimas no alcanzarían a colmar el cuenco de tus manos. Pero no importa, mi Dueño: en un día de angustias puedo madurar por completo.

Tan pequeña me veo que temo no ser advertida y quedar olvidada como la espiga en que no reparó, pasando, el segador. Por esto quiero suplir con el canto mi pequeñez, solo por hacerte volver el rostro si me dejas perdida, ¡oh, mi Segador extasiado!

Verdad es también que no haré falta para tus harinas celestiales; verdad es que en tu pan no pondré un sabor nuevo. Mas, de vivir atenta a tus movimientos sutiles, te conozco tantas ternuras que me hacen confiar. Yo te he visto, yendo de mañana por el campo, recoger evaporada la gotita de rocío que tiritaba en la cabezuela florida de una hierba y sorberla con menos ruido que el de un beso. Te he visto asimismo dejar disimuladas en el enredo de las zarzamoras las hebras para el nido del tordo. Y he sonreído, muerta de dicha, diciéndome:

—Así me recogerá, como a la gotita trémula, antes de que me vuelva fango; así como al pájaro se cuidará de albergarme después de la última hora.

¡Recógeme, pues, recógeme pronto! No tengo raíces clavadas en esta tierra de los hombres. ¡Con un simple movimiento de tus labios, me sorbes; con una imperceptible inclinación, me recoges!

A don Constancio Vigil

LO FEO

El enigma de la fealdad tú no lo has descifrado. Tú no sabes por qué el Señor dueño de los lirios del campo, consiente por los campos la culebra y el sapo en el pozo. Él los consiente, Él los deja atravesar sobre los musgos con rocío.

En lo feo, la materia está llorando; yo le he escuchado el gemido. Mírale el dolor y ámalo. Ama la araña y los escarabajos por dolorosos, porque no tienen, como la rosa, una expresión de dicha. Ámalos porque son un anhelo engañado de hermosura, un deseo no oído de perfección. Son como alguno de tus días, malogrados y miserables a pesar de ti mismo. Ámalos, porque no recuerdan a Dios, ni nos evocan la cara amada.

Ten piedad de ellos que buscan terriblemente, con una tremenda ansia, la belleza que no trajeron. La araña ventru-
da, en su tela leve, sueña con la idealidad, y el escarabajo
deja el rocío sobre un lomo negro para que le finja un res-
plandor fugitivo.

LA VENDA

Toda la belleza de la tierra puede ser venda para tu herida. Dios la ha extendido delante de ti; así, como un lienzo coloreado te ha extendido sus campos de primavera.

Son ternura de la tierra, palabras tuyas de amor, las florecillas blancas y el guijarro de color; siéntelos de este modo. Toda la belleza es misericordia de Dios.

El que te alargó la espina en una mano temblorosa, te ofrece en la otra un motivo para la sonrisa. No digas que es un juego cruel. Tú no sabes (en la química de Dios) por qué es necesaria el agua de las lágrimas.

Siente así como venda el cielo. Es una ancha venda que baja hasta tocar la magulladura de tu corazón en suavizadora caricia.

El que te ha herido, se ha ido dejándote hebras para la venda por todo el camino...

Y cada mañana, al abrir tus balcones, siente como una venda maravillosa y anticipada para la pena del día, el alba que sube por las montañas...

A U N S E M B R A D O R

Siembra sin mirar la tierra donde cae el grano; estás perdido si consultas el rostro de los demás. Tu mirada invitándoles a responder, les parecerá invitación a alabarte, y aunque estén de acuerdo con tu verdad, te negarán por orgullo la respuesta. Di tu palabra, y sigue tranquilo, sin volver el rostro. Cuando vean que te has alejado, recogerán tu simiente; tal vez la besen con ternura y la lleven a su corazón.

No pongas tu efigie reteñida sobre tu doctrina. Le enajenará el amor de los egoístas, y los egoístas son el mundo.

Habla a tus hermanos en la penumbra de la tarde, para que se borre tu rostro, y vela tu voz hasta que se confunda con cualquier otra voz. Hazte olvidar, hazte olvidar... Harás como la rama que no conserva la huella de los frutos que ha dejado caer.

Hasta los hombres más prácticos, los que se dicen menos interesados en los sueños, saben el valor infinito de un sueño, y recelan de engrandecer al que lo soñó.

Harás como el padre que perdona al enemigo si lo sorprendió besando a su hijo. Déjate besar en tu sueño maravilloso de redención. Míralo en silencio y sonríe...

Bástete la sagrada alegría de entregar el pensamiento; bástete el solitario y divino saboreo de su dulzura infinita. Es un misterio al que asisten Dios y tu alma. ¿No te conformas con ese inmenso testigo? Él supo, Él ya ha visto, Él no olvidará.

También Dios tiene ese recatado silencio, porque Él es el Pudoroso. Ha derramado sus criaturas y la belleza de las cosas por valles y colinas, calladamente, con menos rumor del que tiene la hierba al crecer. Vienen los amantes de las cosas, las miran, las palpan y se están embriagados, con la mejilla sobre sus rostros. ¡Y no lo nombran nunca! Él calla, calla siempre. Y sonríe...

EL ARPA DE DIOS

El que llamó David el “Primer Músico” tiene como él un arpa: es un arpa inmensa, cuyas cuerdas son las entrañas de los hombres. No hay un solo momento de silencio sobre el arpa ni de paz para la mano del Tañedor ardiente.

De sol a sol Dios desprende a sus seres melodías.

Las entrañas del sensual dan un empañado sonido; las entrañas del gozador dan voces opacas como el gruñido de las bestias; las entrañas del avaro apenas si alcanzan a ser oídas; las del justo son un temblor de cristal; y las del doloroso, como los vientos sobre el mar, tienen una riqueza de inflexiones, desde el sollozo al alarido. La mano del Tañedor se tarda sobre ellas.

Cuando canta el alma de Caín, se trizan los cielos como un vaso; cuando canta Booz, la dulzura hace recordar las altas parvas; cuando canta Job, se conmueven las estrellas como una carne humana. Y Job escucha arrobado el río de su dolor vuelto hermosura...

El Músico oye las almas que hizo, con desaliento o con ardor. Cuando pasa de las áridas a las hermosas, sonrío o cae sobre la cuerda su lágrima.

Y nunca calla el arpa; y nunca se cansa el Tañedor ni los cielos que escuchan.

El hombre que abre la tierra, sudoroso, ignora que el Señor al que a veces niega, está pulsando sus entrañas; la madre que entrega el hijo ignora también que su grito hiere el azul y que en ese momento su cuerda se ensangrienta. Solo

el místico lo supo, y de oír esta arpa rasgó sus heridas para dar más, para cantar infinitamente en los campos del cielo.

LA ILUSIÓN

¡Nada te han robado! La tierra se extiende, verde, en un ancho brazo en torno tuyo, y el cielo existe sobre tu frente. Echas de menos un hombre que camina por el paisaje. Hay un árbol en el camino, un álamo fino y tembloroso. Haz con él su silueta. Se ha detenido a descansar; te está mirando.

¡Nada te han robado! Una nube pasa sobre tu rostro, larga, suave, viva. Cierra los ojos. La nube es en torno de tu cuello un abrazo que no te oprime, ni te turba. Ahora una lágrima te resbala por el rostro. Es su beso sereno.

¡Nada te han robado!

MOTIVOS DE LA PASIÓN

LOS OLIVOS

Cuando el tumulto se alejó, desapareció en la noche, los olivos hablaron:

—Nosotros le vimos penetrar en el huerto.

—Yo recogí una rama para no rozarlo.

—Yo la incliné para que me tocara.

—¿Todos le miramos, con una sola y estremecida mirada!

—Cuando habló a los discípulos, yo, el más próximo, conocí toda la dulzura de la voz humana. Corrió por mi tronco su acento como un hilo de miel...

—Nosotros enlazamos apretando los follajes, cuando bajaba el Ángel con el cáliz, para que no lo bebiera.

—Y cuando lo apuró, la amargura de su labio traspasó los follajes y subió hasta lo alto de las copas. ¿Ningún ave nos quebrará más la hoja amarga, ahora más amarga que el laurel!

—En su sudor de sangre bebieron nuestras raíces. ¿Todas han bebido!

—Yo dejé caer una hoja sobre el rostro de Pedro, que dormía. Apenas se estremeció. Desde entonces sé, ¡oh hermanos!, que los hombres no aman, que hasta cuando quieren amar no aman bien.

—Cuando le besó Judas, veló Él la luna, porque nosotros, ¡árboles!, no viéramos el beso de un hombre.

—Pero mi rama lo vio, y está quemada sobre mi tronco con vergüenza.

—¿Ninguno de nosotros hubiera querido tener alma en ese instante!

—Nunca le vimos antes; solo los lirios de las colinas lo miraron pasar. ¿Por qué no sombreó ninguna siesta junto a nosotros?

—Si le hubiéramos visto alguna vez, ahora también quisiéramos morir.

—¿Dónde ha ido? ¿Dónde está a estas horas?

—Un soldado dijo que lo crucificarían mañana sobre el monte.

—Tal vez nos mire en su agonía, cuando ya se doble su cabeza; tal vez busque el valle donde amó y en su mirada inmensa nos abarque.

—Quizás lleve muchas heridas; acaso se halla a estas horas como uno de nosotros vestido de heridas.

—Mañana le bajarán al valle para sepultarle.

—¿Que descienda todo el aceite de nuestros frutos, que las raíces lleven un río de aceite bajo la tierra, hasta sus heridas!

—Amanece. ¡Han emblanquecido todos nuestros follajes!

La noche del huerto, Judas durmió unos momentos y soñó, soñó con Jesús, porque solo se sueña con los que se ama o con los que se mata.

Y Jesús le dijo:

—¿Por qué me besaste? Pudiste señalarme clavándome con tu espada. Mi sangre estaba pronta, como una copa, para tus labios; mi corazón no rehusaba morir. Yo esperaba que asomara tu rostro entre las ramas.

¿Por qué me besaste? La madre no querrá besar a su hijo porque tú lo has hecho, y todo lo que se besa por amor en la tierra, los follajes y los soles, rehusarán la caricia ensombrecida. ¿Cómo podré borrar tu beso de la luz, para que no se empañen o caigan los lirios de esta primavera? ¡He aquí que has pecado contra la confianza del mundo!

¿Por qué me besaste? Ya los que mataron con garfios y cuchillas se lavaron: ya son puros.

¿Cómo vivirás ahora? Porque el árbol muda la corteza con llagas; pero tú, para dar otro beso, no tendrás otros labios, y si besases a tu madre encanecerá a tu contacto, como blanquearon de estupor al comprender los olivos que te miraron.

Judas, Judas, ¿quién te enseñó ese beso?

—La prostituta —respondió ahogadamente, y sus miembros se anegaban en un sudor que era también de sangre, y mordía su boca para desprendérsela, como el árbol su corteza gangrenada.

Y sobre la calavera de Judas, los labios quedaron, perduraron sin caer, entreabiertos, prolongando el beso. Una piedra echó su madre sobre ellos para juntarlos; el gusano los mordió para desgranarlos; la lluvia los empapó en vano para podrirlos. Besan, ¡siguen besando aún bajo la tierra!

A Celmira Zúñiga

LA LÁMPARA

¡Bendita sea mi lámpara! No me humilla como la llamada del sol y tiene un mirar humanizado de pura suavidad, de pura dulcedumbre.

Arde en medio de mi cuarto: es su alma. Su apagado reflejo hace brillar apenas mis lágrimas y no las veo correr por mi pecho...

Según el sueño que está en mi corazón, mudo su cabezuela de cristal. Para mi oración le doy una lumbre azul, y mi cuarto se hace como la hondura del valle —ahora que no elevo mi plegaria desde el fondo de los valles. Para la tristeza, tiene un cristal violeta, y hace a las cosas padecer conmigo.

Más sabe ella de mi vida que los pechos en que he descansado. Está viva de haber tocado tantas noches mi corazón; tiene el suave ardor de mi herida íntima, que ya no abrasa, que para durar se hizo suavísima...

Tal vez al caer la noche los muertos sin mirada vienen a buscarla en los ojos de las lámparas. ¿Quién será este muerto que está mirándome con tan callada dulzura?

Si fuese humana, se fatigaría antes de mi pena, o bien, enardecida de solicitud, querría aún estar conmigo cuando la misericordia del sueño llega. Ella es, pues, la perfecta.

Desde afuera no se adivina, y mis enemigos que pasan me creen sola. A todas mis posesiones, tan pequeñas como esta, tan divinas como ésta, voy dando una claridad imperceptible, para defenderlas de los robadores de dichas.

Basta lo que alumbra su halo de resplandor. Caben en él la cara de mi madre y el libro abierto. ¿Que me dejen solamente lo que baña esta lámpara; de todo lo demás pueden desposeerme!

Yo pido a Dios que en esta noche no falte a ningún triste una lámpara suave que amortigüe el brillo de sus lágrimas.

EL BRASERO

¿Brasero de pedrerías, ilusión para el pobre; mirándote, tenemos las piedras preciosas!

Voy gozándote a lo largo de la noche los grados del ardor: primero es la brasa, desnuda como una herida; después, una veladura de ceniza que te da el color de las rosas menos ardientes; y al acabar la noche, una blancura leve y suavísima que te amortaja.

Mientras ardías, se me iban encendiendo los sueños o los recuerdos, y con la lentitud de tu brasa, iban después velándose, muriéndose...

Eres la intimidad: sin ti existe la casa, pero no sentimos el hogar.

Tú me enseñaste que lo que arde congrega a los seres en torno de su llama, y mirándote cuando niña pensé volver así mi corazón. E hice en torno mío el corro de los niños.

Las manos de los míos se juntan sobre tus brasas. Aunque la vida nos esparza, nos hemos de acordar de esta red de las manos tejida en torno tuyo.

Para gozarte mejor, te dejo descubierto; no consiento que cubran tu rescoldo maravilloso.

Te dieron una aureola de bronce, y ella te ennoblece, ensanchando el resplandor.

Mis abuelas quemaron en ti las buenas hierbas que ahuyentan a los espíritus malignos, y yo también para que te acuerdes de ellas suelo espolvorearte las hierbas fragantes, que crepitan en tu rescoldo como besos.

Mirándote, viejo brasero del hogar, voy diciendo:

—¡Que todos los pobres te enciendan en esta noche, para que sus manos tristes se junten sobre ti con amor!

EL CÁNTARO DE GREDA

¡Cántaro de greda, moreno como mi mejilla, tan fácil que eres a mi sed!

Mejor que tú es el labio de la fuente, abierto en la quebrada;
pero está lejos y en esta noche de verano no puedo ir hacia él.

Yo te colmo cada mañana lentamente. El agua canta primero al caer; cuando queda en silencio, la beso sobre la boca temblorosa, pagando su merced.

Eres gracioso y fuerte, cántaro moreno. Te pareces al pecho de una campesina que me amamantó cuando rendí el seno de mi madre, y me acuerdo de ella mirándote.

¿Tú ves mis labios secos? Son labios que trajeron muchas sedes: la de Dios, la de la belleza, la del amor. Ninguna de estas cosas fue como tú, sencilla y dócil, y las tres siguen blanqueando mis labios.

¿Sientes mi ternura?

En el verano pongo debajo de ti una arenilla dorada y húmeda, para que no te taje el calor, y una vez te cubrí tiernamente una quebrajadura con barro fresco.

Fui torpe para muchas faenas, pero siempre he querido ser la dulce dueña, la que coge las cosas con temblor de dulzura por si entendieran, por si padecieran como ella...

Mañana cuando vaya al campo, cortaré las hierbas buenas para traértelas y sumergirlas en tu agua.

Cántaro de greda: eres más bueno para mí que los que dijeron ser buenos.

¡Yo quiero que todos los pobres tengan, como yo, en esta siesta ardiente, un cántaro fresco para sus labios con amargura!

Mujer, bendito sea el alfarero que hizo tu cuerpo: te ensanchó los ojos como grutas marinas; te puso en los brazos las tremendas cuerdas de la pasión; te ahondó la garganta hasta las entrañas, para que pudieras entregar el mayor grito.

Bendito sea en ti el cuerpo humano, ¡expresiva!, bendito de la planta a la frente: en la cabellera requemada como por el aliento del desierto; en la boca que la amargura afila; en tu cintura estremecida de llevar ceñido veinte años el cilicio de cien garfios de la pasión; ¡en tus pies, que empina el ansia o hace trepidar la alegría!

Bendito sea el verbo de los poetas en tu boca: benditos los que para ti calientan hasta el blanco los hierros de la palabra, porque tus labios son dignos de que ellos se despedazaran. Benditos sean los cuajarones de sangre de la tragedia cuando se derriten en tu lengua y los avientan tus manos. Dios guarde por ti a Gabriel D'Annunzio y a Darío Nicodemi.

Alabada sea la mujer que toma las multitudes en sus brazos extendidos y hace de ellas una pira, ¡y les allega su llama! Con los elementos intensos del mundo te amasaron y te irguieron en tu valle: con la brasa del sol romano, con las gredas más rojas.

Te pusieron un mediodía en una colina del Lacio, y subió en una ráfaga a ti todo el dolor derramado por los valles. Te hicieron el vértice de la pasión de tu raza. Quedaron por ti como desteñidas las demás criaturas, pues les bebiste toda la sangre en la esponja de tu pecho, ¡ávida!

Te entiendan y se fundan de alabanza las cosas mismas cuando te oyen aullar de angustia; los semblantes de las cosas se vuelvan hacia ti, vivos como se volvieron para mirar a Orfeo, ¡animadora!

Te lleven sus cantos los hombres y las mujeres, y solo tú seas digna de dar los terciopelos de su plegaria, y te pidan la boca para su alarido.

¡Y quede tu voz resonando cincuenta años en las entrañas de los que te escucharon, como resonará en las mías para siempre!

P R O S A E S C O L A R

C U E N T O S

POR QUÉ LAS CAÑAS SON HUECAS

A don Max Salas Marchán

I

Al mundo apacible de las plantas también llegó un día la revolución social. Dícese que los caudillos fueron aquí las cañas vanidosas. Maestro de rebeldes, el viento hizo la propaganda y en poco tiempo más no se habló de otra cosa en los centros vegetales. Los bosques venerables fraternizaron con los jardincillos locos en la aventura de luchar por la igualdad.

Pero, ¿qué igualdad? ¿De consistencia en la madera, de bondades en el fruto, de derecho a la buena agua?

No; la igualdad de altura, simplemente. Levantar la cabeza a uniforme elevación, fue el ideal. El maíz no pensó en hacerse fuerte como el roble, sino en mecer a la altura misma de él sus espiguillas velludas. La rosa no se afanaba por ser útil como el caucho, sino por llegar a la copa altísima de este y hacerla una almohada donde echar a dormir sus flores.

¡Vanidad, vanidad, vanidad! Delirio de ser grande, aunque siéndolo contra natura, se caricaturizaran los modelos. En vano algunas flores cuerdas —las violetas medrosas y los chatos nenúfares— hablaron de la ley divina y de soberbia loca. Sus voces parecieron chochez.

Un poeta viejo con las barbas como Nilos condenó el proyecto en nombre de la belleza, y dijo sabias cosas acerca de la uniformidad, odiosa en todos los órdenes.

¿Cómo lo consiguieron? Cuentan de extraños influjos. Los genios de la tierra soplaron bajo las plantas su vitalidad monstruosa, y fue así como se hizo el feo milagro.

El mundo de las gramas y de los arbustos subió una noche muchas decenas de metros, como obedeciendo a un llamado imperioso de los astros.

Al día siguiente, los campesinos se desmayaron —saliendo de sus ranchos— ante el trébol, alto como una catedral, y los trigales hechos selvas de oro.

Era para enloquecer. Los animales rugían de espanto, perdidos en la oscuridad de los herbazales. Los pájaros piaban desesperadamente, encaramados sus nidos en atalayas inauditas. No podían bajar en busca de las semillas: ¡ya no había suelo dorado de sol ni humilde tapiz de hierba!

Los pastores se detuvieron con sus ganados frente a los potreros; los vellones blancos se negaban a penetrar en esa cosa compacta y oscura, en que desaparecían por completo.

Entre tanto, las cañas victoriosas reían, azotando las hojas bullangueras contra la misma copa azul de los eucaliptos...

Dícese que un mes transcurrió así. Luego vino la decadencia.

Y fue de este modo. Las violetas, que gustan de la sombra, con las testas moradas a pleno sol, se secaron.

—No importa —apresuráronse a decir las cañas—; eran una fruslería.

(Pero en el país de las almas se hizo duelo por ellas).

Las azucenas, estirando el tallo hasta treinta metros, se quebraron. Las copas de mármol cayeron cortadas a cercén, como cabezas de reinas.

Las cañas arguyeron lo mismo. (Pero las Gracias corrieron por el bosque, plañendo lastimeras).

Los limoneros a esas alturas perdieron todas sus flores por la violencia del viento libre. ¡Adiós cosecha!

—¡No importa —rezaron de nuevo las cañas—; eran tan ácidos los frutos!

El trébol se chamuscó, enroscándose los tallos como hilachas al fuego.

Las espigas se inclinaron, no ya con dulce laxitud; cayeron sobre el suelo en toda su extravagante longitud, como rieles inertes.

Las patatas por vigorizar en los tallos, dieron los tubérculos raquíuticos: no eran más que pepitas de manzana...

Ya las cañas no reían; estaban graves.

Ninguna flor de arbuſto ni de hierba se fecundó; los insectos no podían llegar a ellas, sin achicharrarse las alitas.

Demás está decir que no hubo para los hombres pan ni fruto, ni forraje para las bestias; hubo, eso sí, hambre; hubo dolor en la tierra.

En tal estado de cosas, solo los grandes árboles quedaron incólumes, de pie y fuertes como siempre. Porque ellos no habían pecado.

Las cañas, por fin, cayeron las últimas, señalando el desastre total de la teoría niveladora, podridas las raíces por la humedad excesiva que la red de follaje no dejó secar.

Pudo verse entonces que, de macizas que eran antes de la empresa, se habían vuelto huecas. Se estiraron devorando leguas hacia arriba; pero hicieron el vacío en la médula y eran ahora cosa irrisoria, como los marionetes y las figurillas de goma.

Nadie tuvo ante la evidencia argucias para defender la teoría, de la cual no se ha hablado más en miles de años.

Natura —generosa siempre— reparó las averías en seis meses, haciendo renacer normales las plantas locas.

El poeta de las barbas como Nilos vino después de larga ausencia y, regocijado, cantó la era nueva:

“Así bien, mis amadas. Bella la violeta por minúscula y el limonero por la figura gentil. Bello todo como Dios lo hizo: el roble roble y la cebada frágil”.

La tierra fue nuevamente buena; engordó ganados y alimentó gentes.

Pero las cañas-caudillos quedaron para siempre con su estigma: huecas, huecas...

POR QUÉ LAS ROSAS TIENEN ESPINAS

Ha pasado con las rosas lo que con muchas otras plantas, que en un principio fueron plebeyas por su excesivo número y por los sitios donde se las colocara.

Nadie creyera que las rosas, hoy princesas atildadas de follaje, hayan sido hechas para embellecer los caminos. Y fue así sin embargo.

Había andado Dios por la tierra disfrazado de romero todo un caluroso día, y al volver al cielo se le oyó decir:

—¡Son muy desolados esos caminos de la pobre tierra! El sol los castiga y he visto por ellos viajeros que enloquecían de fiebre y cabezas de bestias agobiadas. Se quejaban las bestias en su ingrato lenguaje y los hombres blasfemaban. ¡Además, qué feos son con sus tapias terrosas y desmoronadas!

Y los caminos son sagrados, porque unen a los pueblos remotos y porque el hombre va por ellos, en el afán de la vida, henchido de esperanzas si mercader, con el alma extasiada si peregrino.

Bueno será que hagamos tolderías frescas para esos senderos y visiones hermosas: sombra y motivos de alegría.

E hizo los sauces que bendicen con sus brazos inclinados; los álamos larguísimos, que proyectan sombra hasta muy lejos, y las rosas de guías trepadoras, gala de las pardas murallas.

Eran los rosales por aquel tiempo pomposos y abarcadores; el cultivo y la reproducción repetida hasta lo infinito han atrofiado la antigua exuberancia.

Y los mercaderes, y los peregrinos, sonrieron cuando los álamos, como un desfile de vírgenes, los miraron pasar, y cuando sacudieron el polvo de sus sandalias bajo los frescos sauces.

Su sonrisa fue emoción al descubrir el tapiz verde de las murallas, regado de manchas rojas, blancas y amarillas, que eran como una carne perfumada. Las bestias mismas relincharon de placer. Eleváronse de los caminos, rompiendo la paz del campo, cantos de un extraño misticismo por el prodigio.

Pero sucedió que el hombre, esta vez como siempre, abusó de las cosas puestas para su alegría y confiadas a su amor. La altura defendió a los álamos; las ramas lacias del sauce no tenían atractivo; en cambio, las rosas sí que lo tenían, olorosas como un frasco oriental e indefensas como una niña en la montaña.

Al mes de vida en los caminos, los rosales estaban bárbaramente mutilados y con tres o cuatro rosas heridas.

Las rosas eran mujeres, y no callaron su martirio. La queja fue llevada al Señor. Así hablaron temblando de ira y más rojas que su hermana, la amapola:

—Ingratos son los hombres, Señor; no merecen tus gracias. De tus manos salimos hace poco tiempo, íntegras y bellas; henos ya mutiladas y míseras.

Quisimos ser gratas al hombre y para ello realizábamos prodigios: abríamos la corola ampliamente, para dar más aroma; fatigábamos los tallos a fuerza de chuparles savia para estar fresquísimas. Nuestra belleza nos fue fatal.

Pasó un pastor. Nos inclinamos para ver los copos redondos que le seguían. Dijo el truhan:

—Parecen un arrebol, y saludan, doblándose, como las reinas de los cuentos.

Y nos arrancó dos gemelas con un gran tallo.

Tras él venía un labriego. Abrió los ojos asombrado, gritando:

—¡Prodigio! ¡La tapia se ha vestido de percal multicolor, ni más ni menos que una vieja alegre!

Y luego:

—Para la Añuca y su muñeca.

Y sacó seis, de una sola guía, arrastrando la rama entera.

Pasó un viejo peregrino. Miraba de extraño modo: frente y ojos parecían dar luz.

Exclamó:

—¡Alabado sea Dios en sus criaturas cándidas! ¡Señor, para ir glorificándote en ella!

Y se llevó nuestra más bella hermana.

Pasó un pilluelo.

—¿Qué comodidad! —dijo—. ¡Flores en el caminito mismo!

Y se alejó con una brazada, cantando por el sendero.

Señor, la vida así no es posible. En días más, las tapias quedarán como antes: nosotras habremos desaparecido.

—¿Y qué queréis?

—¡Defensa! Los hombres escudan sus huertas con púas de espino y zarzas. Algo así puedes realizar en nosotras.

Sonrió con tristeza el buen Dios, porque había querido hacer la belleza fácil y benévola, y repuso:

—¡Sea! Veo que en muchas cosas tendré que hacer lo mismo. Los hombres me harán poner en mis hechuras hostilidad y daño.

En los rosales se hincharon las cortezas y fueron formándose levantamientos agudos: las espinas.

Y el hombre, injusto siempre, ha dicho después que Dios va borrando la bondad de su creación.

Bajo la tierra como sobre ella hay una vida, un conjunto de seres que trabajan y luchan, que aman y odian.

Viven allí los gusanos más oscuros, y son como cordones negros, las raíces de las plantas, y los hilos de agua subterráneos, prolongados como un lino palpador.

Dicen que hay otros aún: los gnomos, no más altos que una vara de nardo, barbudos y regocijados.

He aquí lo que hablaron cierto día al encontrarse, un hilo de agua y una raíz de rosal:

—Vecina raíz, nunca vieron mis ojos nada tan feo como tú. Cualquiera diría que un mono plantó su larga cola en la tierra y se fue dejándola. Parece que quisiste ser una lombriz, pero no alcanzáste su movimiento en curvas graciosas, y solo le has aprendido a beberme mi leche azul. Cuando paso tocándote, me la reduces a la mitad. Feísima, dime, ¿qué haces con ella?

Y la raíz humilde respondió:

—Verdad, hermano hilo de agua, que debo aparecer ingrata a tus ojos. El contacto largo con la tierra me ha hecho parda, y la labor excesiva me ha deformado, como deforma los brazos al obrero. También yo soy una obrera; trabajo para la bella prolongación de mi cuerpo que mira al sol. Es a ella a quien envío la leche azul que te bebo; para mantenerla fresca, cuando tú te apartas, voy a buscar los jugos vitales lejos. Hermano hilo de agua, sacarás cualquier día

tus platas al sol. Busca entonces la criatura de belleza que soy bajo la luz.

El hilo de agua, incrédulo pero prudente, calló, resignado a la espera.

Cuando su cuerpo palpitador ya más crecido salió a la luz, su primer cuidado fue buscar aquella prolongación de que la raíz hablara.

Y, ¡oh Dios!, lo que sus ojos vieron.

Primavera reinaba espléndida, y en el sitio mismo en que la raíz se hundía, una forma rosada, graciosa engalanaba la tierra.

Se fatigaban las ramas con una carga de cabecitas rosadas, que hacían el aire aromoso y lleno de secreto encanto.

Y el arroyo se fue, meditando por la pradera en flor:

—¡Oh, Dios! ¡Cómo lo que abajo era hilacha áspera y parda se torna arriba seda rosada! ¡Oh, Dios! ¡Cómo hay fealdades que son prolongaciones de belleza!

EL CARD O

A don Rafael Díaz

Una vez un lirio de jardín (de jardín de rico) preguntaba a las demás flores por Cristo. Su dueño, pasando, lo había nombrado al alabar su flor recién abierta.

Una rosa de Sarón, de viva púrpura, contestó:

—No le conozco. Tal vez sea un rústico, pues yo he visto a todos los príncipes.

—Tampoco lo he visto nunca —agregó un jazmín, menudo y fragante— y ningún espíritu delicado deja de aspirar mis pequeñas flores.

—Tampoco yo —añadió todavía la camelia fría e impasible—. Será un patán: yo he estado en el pecho de los hombres y las mujeres hermosas...

Replicó el lirio:

—No se me parecería si lo fuera, y mi dueño lo ha recordado al mirarme esta mañana.

Entonces la violeta dijo:

—Uno de nosotros hay que sin duda lo ha visto: es nuestro pobre hermano el cardo. Vive a la orilla del camino, conoce a cuantos pasan, y a todos saluda con su cabeza

cubierta de ceniza. Aunque humillado por el polvo, es dulce, como que da una flor de mi matiz.

—Has dicho una verdad —contestó el lirio—. Sin duda, el cardo conoce a Cristo; pero te has equivocado al llamarlo nuestro. Tiene espinas y es feo como un malhechor. Lo es también, pues se queda con la lana de los corderillos, cuando pasan los rebaños.

Pero, dulcificando hipócritamente la voz, gritó, vuelto al camino:

—Hermano cardo, pobrecito hermano nuestro, el lirio te pregunta si conoces a Cristo.

Y vino en el viento la voz cansada y como rota del cardo:

—Sí; ha pasado por este camino y le he tocado los vestidos, yo, ¡un triste cardo!

—¿Y es verdad que se me parece?

—Solo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. Él la lleva algo inclinada; pero su manto es albo como tu copo y eres harto feliz de parecerle. ¡Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso!

—Di, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho —dijo.

—Es un color demasiado crudo —dijo el lirio.

—¿Y qué lleva en las sienes por guirnalda, cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda —dijo la camelia—. Se le perdonan a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cactus, el erizado cactus de las laderas.

—¿Y ama Cristo? —prosiguió el lirio, turbado.

—¿Cómo es su amor?

—Así ama Cristo —dijo el cardo echando a volar las plumi-llas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo —dijo el lirio—, querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

—Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardo del camino —respondió este—. Él va siempre por las sendas, sin reposo. Al pasar me ha dicho: “Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante”. Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano, ni la rosa de Sarón, que Él cortó de niño por las colinas, ni la madrese-va trenzada, quisieron hacerse cardo del camino y, como

los príncipes y las mujeres mundanas que rehusaron seguirle por las llanuras quemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

Era una charca pequeña, toda pútrida. Cuanto cayó en ella se hizo impuro: las hojas del árbol próximo, las plumillas de un nido, hasta los vermes del fondo, más negros que los de otras pozas. En los bordes, ni una brizna verde.

El árbol vecino y unas grandes piedras la rodeaban de tal modo, que el sol no la miró nunca ni ella supo de él en su vida.

Mas un buen día, como levantarán una fábrica en los alrededores, vinieron obreros en busca de las grandes piedras. Fue eso en un crepúsculo. Al día siguiente el primer rayo cayó sobre la copa del árbol y se deslizó hacia la charca.

Hundió el rayo en ella su dedo de oro y el agua, negra como un betún, se aclaró: fue rosada, fue violeta, tuvo todos los colores: ¡un ópalo maravilloso!

Primero, un asombro, casi un estupor al traspasarla la flecha luminosa; luego, un placer desconocido mirándose transfigurada; después... el éxtasis, la callada adoración de la presencia divina descendida hacia ella.

Los vermes del fondo se habían enloquecido en un principio por el trastorno de su morada; ahora estaban quietos, perfectamente sumidos en la contemplación de la placa áurea que tenían por cielo.

Así la mañana, el mediodía, la tarde. El árbol vecino, el nido del árbol, el dueño del nido, sintieron el estremecimiento de aquel acto de redención que se realizaba junto

a ellos. La fisonomía gloriosa de la charca se les antojaba una cosa insólita.

Y al descender el sol, vieron una cosa más insólita aún. La caricia cálida fue durante todo el día absorbiendo el agua impura insensiblemente. Con el último rayo, subió la última gota. El hueco gredoso quedó abierto, como la órbita de un gran ojo vaciado.

Cuando el árbol y el pájaro vieron correr por el cielo una nube flexible y algodonosa, nunca hubieran creído que esa gala del aire fuera su camarada, la charca de vientre impuro.

Para las demás charcas de aquí abajo, ¿no hay obreros providenciales que quiten las piedras ocultadoras del sol?

VOTO

Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también.

En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme. Lo dejo tras de mí como a la hondonada sombría y por laderas más clementes subo hacia las mesetas espirituales donde una ancha luz caerá, por fin, sobre mis días. Yo cantaré desde ellas las palabras de la esperanza, sin volver a mirar mi corazón; cantaré como lo quiso un misericordioso, “para consolar a los hombres”. A los treinta años, cuando escribí el “Decálogo del artista”, dije este voto.

Dios y la vida me dejen cumplirlo en los días que me quedan por los caminos...

G.M.

PRÓLOGO: “YO SOY INDIA”

“Yo soy india, pero a mucha gente no le gusta que lo diga”, declara Gabriela Mistral a su amigo peruano Ciro Alegría mientras ambos se miran y reconocen como dos hermanos andinos. Ese reconocimiento de lo indígena latinoamericano atraviesa todo *Tala*, que se publicó por primera vez en Buenos Aires, en Ediciones Sur, en 1938. La estadía en México (1922-1924), invitada por el gobierno revolucionario, que repartió tierras a los indígenas y a los campesinos, es fundamental para leer la densidad simbólica de este libro. Los signos antes despreciados, como el maíz, el pan tostado, los telares, los caminos andinos y Viracocha, están ahora arriba, salen a la superficie, puestos en palabras que alzan maneras latinoamericanas de habitar.

Tala está compuesto por trece capítulos. El primero de ellos, “Muerte de mi madre”, está motivado por el fallecimiento de Petronila Alcayaga Rojas, en 1929, pero la escritora expande ese luto a todo lo perdido, desde poetas suicidas hasta los tejedores de telares. Duelo de la hija por un padre que la ha olvidado en “Nocturno de la consumación”. Tristeza por el poeta colombiano José Asunción Silva que se había suicidado con un disparo directo al corazón, en “Nocturno de José Asunción”. Melancolía por los ancianos tejedores a telar, cuyo oficio se está perdiendo en “Nocturno de los tejedores viejos”. Para el cierre, “Locas letanías”, donde la poeta solicita que su progenitora ingrese al “cielo de madres”.

El capítulo “Alucinación” contiene los desvaríos de los que no pueden dormir. Al sonámbulo le han robado un objeto precioso, tal como es expresado en “La memoria divina” y “La ley del tesoro”. Pero le han dejado a cambio la escritura

como lo indica el poema “La copa”, el único que conforma la sección “Gestos” de este capítulo. “La copa” ocupa ese lugar destacado porque allí la poeta justifica su escritura lejos de la vanguardia que proclamaba las ciudades y los trasatlánticos en tantos inventos modernos. Al contrario, en “La copa” dice: “No saludé las ciudades; / no dije el elogio a su vuelo de torres”. De manera que el subtítulo “Gestos” resulta fundamental para entender el proyecto escritural de Mistral.

“Historias de loca”, que integra el tercer capítulo de *Tala*, consiste en un solo poema compuesto de cuatro cantos, los que abordan la situación de Mistral en el campo cultural chileno. Las figuras que ella usa para retratar su posición son la de “loca”, “sombra” y “fantasma”. El primer canto, “La muerte niña”, poetiza la situación de quien dice una verdad, y hasta la grita, pero nadie le hace caso. El segundo aborda el vínculo que tiene su poesía con las montañas, permitiendo también otra interpretación, referente a la relación sexual entre dos mujeres. Estas dos interpretaciones no se excluyen, y antes bien se potencian, pues ambas son una historia de amor y de pasión. El tercer canto, “La sombra”, valora la risa ladina para defenderse de la hostilidad y oponerla frente a quienes desean amargarle la “fogata y cena dichosa”. Ella dice: “yo río, liberada”. El último canto, “El fantasma”, sirve para mostrar la fuerza del espectro: “Aquí estoy si acaso no me ven, / y lo mismo si no me vieran, / queriendo que abra aquel umbral / y me conozca aquella puerta”. La autorrepresentación como fantasma continuará hasta *Poema de Chile*, con la esperanza de que podamos saldar la deuda con quien fue llamada “intrusa” y “ninguna”.

“Materias” está compuesto de cinco cantos: “Pan”, “Sal”, “Agua”, “Cascada en sequedal” y “El aire”, los que poetizan la experiencia corporal como un cuerpo gózoso que deja atrás el

cuerpo sospechoso que se cree engañado por los sentidos. En “Pan”, reconocerá feliz el pan tostado a través de su olor, para luego fabricar la metáfora entre colonizado y pan tostado. En “Sal”, se identifica con ella, en tanto ambas parecen no verse, aunque están en la casa. En “Agua” y en “Cascada de sequedal” establece que para aquellos que se han criado cerca del agua, los lugares y países recordables tienen mares, ríos o vegas. Por el contrario, en tierras secas se quedan sin oír, sin cantar y sin mirada, como si su aparato de percepción se muriera. El elemento mistraliano por excelencia será “El aire”, porque tiene la fuerza de voltear, empujar y desordenar lo establecido.

“América” es el capítulo central de *Tala*, donde toma fuerza su idea de construir un espacio latinoamericano. Ello queda de manifiesto principalmente en dos himnos: “Sol del trópico” y “Cordillera”. “Sol del trópico” crea un territorio actual y ancestral con las ciudades de Tiahuanaco, Cuzco, Palenque y otros territorios. “Cordillera” está dirigido al cordón de los Andes, planteándolo como núcleo organizador de las tierras que nacen en el extremo sur de Chile y llegan hasta Venezuela. Este hábitat tiene un alimento vernáculo, el maíz, al cual dedica su poema homónimo. A través de los nueve cantos que componen “Maíz”, ella se va acercando a las mesas donde se ingiere el choclo y así se reencuentra con sus hermanos étnicos, un reencuentro presente que reactualiza el pasado. “Mar Caribe” y “Tamborito panameño” están dedicados a integrar territorios distantes de la América del Sur. La isla de Puerto Rico es denominada “Cordelia”, por lo alejada que está del “reino”, pero que no por esto es menos latinoamericana; recordemos que la anexión a Estados Unidos ocurre en 1952 y ella publica este libro en 1938. En “Tamborito panameño”, elabora el campo semántico del robo, haciendo un guiño a la construcción del canal de Panamá en 1914. En suma, “América” es el esfuerzo de Mistral por restituirnos lo que fue talado.

El capítulo “Saudade” contiene el famoso poema “Todas íbamos a ser reinas”, donde simboliza el destino de las niñas pobres rurales de Chile, adquiriendo la “nana” o cuidadora de niños ajenos un lugar subalterno, del cual se escapa Lucila gracias a la escritura. Poemas como “País de la ausencia” y “La extranjera” simbolizan la errancia extensa que tendrá la poeta con respecto a Chile. Ese mismo apartarse la hizo escribir sobre su reconocimiento indígena, en “Beber” y en “Cosas”, donde sueña con la cordillera como todo exiliado. La noción de pérdida que no se deja ir en “Saudade” continúa enfatizada en el capítulo “La ola muerta”, donde muestra preocupación por los días que se van sin silbar a los cerros, sin bailar, sin festejar la ausencia de enfermedad y sin poner nuestra materia corporal en la experiencia diaria como un donpreciado.

El capítulo “Criaturas” gira en torno al poema “Poeta”, en el que se plantea la función de éste como un recreador de las voces de otros, y de ahí el entrecomillado usado en cada estrofa. El desarrollo de esta misma idea sobre el poeta moviliza “Confesión” y “Los jugadores”. El arte poética inscribe a las criaturas como sujetos con voz o como sujetos representados. En este último sentido de “criaturas” van los poemas que describen las vidas de los desvalidos tras su muerte, como en “Desecha”, “Vieja”, “Canción de las muchachas muertas” (escrito por el fallecimiento de su sobrina Graciela) y “Leñador”.

Todos los poemas que componen “Canciones de cuna” de *Tala*, en su primera edición, son nuevos en relación a las publicaciones anteriores a 1938 de *Desolación* y *Ternura*. La primera edición de *Ternura* (Madrid: Saturnino Callejas, 1924) contiene poemas diferentes a los que aparecen en esta versión de *Tala*. Por ello, el libro que usted tiene en sus

manos respeta lo más posible la versión de *Tala* hecha en Buenos Aires por Ediciones Sur, en 1938. El género poético de las canciones de cuna renovado permanentemente en sus libros permite entender que Gabriela Mistral estaba interesada en dirigir su discurso hacia la mujer, especialmente hacia la mujer desvalida que no cuenta con el apoyo del progenitor. La canción de cuna “Madre niña”, en el que una adolescente le pide ayuda al padre en la crianza del hijo de ambos, es ejemplar porque la voz está entregada a una adolescente rural y porque ella lucha por el reconocimiento de su hijo, asunto que contravenía las normas de época, en la que ser madre soltera era un deshonor que había que esconder. Al darle visibilidad a esa madre soltera, la poeta muestra su fuerza y su compromiso con las mujeres pobres. Por eso es central recobrar este capítulo que en ediciones posteriores se había eliminado.

“La cuenta mundo” es un capítulo y también una voz que va contando a un niño todos los bienes comunitarios que le pertenecen a él y a la humanidad: el agua, el aire, la luz, el fuego y otros elementos. Cada bien común tiene un poema, a la manera de un discurso que entrega razones para que ese bien no sea apropiable. Gabriela Mistral aboga por esos bienes a favor de la subjetividad pobre, como queda expresado en el poema “La casa”; y defiende la subjetividad indígena en el poema “La tierra”, donde es el niño indígena quien sabe escuchar los ríos, los animales, la música de las fiestas de cosecha y el sonido de los telares. Por tanto, Gabriela Mistral configura al niño indígena como dueño de la tierra y de los bienes que producen la sobrevivencia humana.

El capítulo “Albricias” está integrado por poemas que imitan el juego que consiste en encontrar un objeto o una persona escondida. En “La manca” habla una niña a quien se

le ha perdido uno de sus dedos, mientras que en “La rata” se trata de una novia a quien la roedora le ha arrebatado parte de la lana con que estaba bordando su vestido de bodas. En estos poemas es la mujer la que ha perdido algo y, a la vez, quien puede hallarlo. Tal como en el juego de las albri-cias, se trata de encontrar un objeto perdido, aún más si es la dignidad de mujer la que un vanidoso o un abusador ha intentado secuestrar, como en “El pavo real” y en “El papagayo”, respectivamente.

Un tono de humor complejo se advierte en el capítulo “Dos cuentos”, ya desde el título, pues son dos poemas en los que se cuenta una historia infantil, pero que en otro plano tiene un doblez satírico. “Madre Granada” poetiza la belleza de ese fruto al partirlo, pero también connota la situación sangrienta de Granada en el período de la Guerra civil española (1936-1939), región donde muere asesinado el poeta y dramaturgo Federico García Lorca. “El pino de piñas” describe la rapidez con que crecen los pinos, pero compara esto con la velocidad con que cunden las burlas. Este capítulo, que recupera el humor de Mistral, merece su presencia omitida en otras ediciones.

El último capítulo de *Tala*, “Recados”, crea un género literario para la discursividad latinoamericana. El propósito pragmático del recado es un envío que se realiza a un tercero por medio de un intermediario. Este modelo que pertenecía a la oralidad es llevado por Gabriela Mistral hacia la escritura. La innovación mistraliana se remonta a 1935, donde ya usaba este nombre para las crónicas desde el extranjero que mandaba al diario *El Mercurio* y a otros medios latinoamericanos. Ella define como destinatario principal a los habitantes de Chile, a quienes necesita comunicarles la valorización de un escritor o escritora, y de una situación precisa. Los recados

de *Tala* están focalizados en mujeres: la niñita que ha nacido en Chile; la fiesta de las niñas en las Antillas; Rafaela Ortega, hermana de José Ortega y Gasset; las mujeres que cuidaron su fiebre en la Residencia de Pedralbes, en Cataluña; Lolita Arriaga, la maestra mexicana que trabajó y enseñó el Anáhuac en tiempos de la Revolución mexicana; y a la escritora argentina Victoria Ocampo. Fue esta intelectual quien logró ver en *Tala* un manuscrito excepcional y decidió publicarlo en su sello editorial, Ediciones Sur. Gabriela Mistral corrige las pruebas de imprenta en los ocho días que estuvo en la casa de verano de Ocampo en Mar del Plata. La poeta, en este recado, ve a Ocampo más allá de la aristocracia, caracterizándola como “andina” y llamándola a que trabaje para que sea libre “el pericón y la milonga”. Mistral muestra así a una élite que comprende y valora lo popular.

La presente edición ha conservado la sección “Notas”, además de las notas a pie de página, Gabriela Mistral agregó como colofón a todo el libro. En ellas, la autora entrega información sobre algunas “infracciones” a la retórica y explica su acercamiento a géneros literarios que utilizó de otra manera y otros que inventó para el mundo literario. La escritora defiende sus arcaísmos, posicionando su lugar de enunciación como campesina rural. La poeta tiene clara conciencia de que el himno es un género mayor y que las canciones de cuna causarán las risas de algunos. Entre los géneros de su invención, de trasposos de la oralidad a la escritura, destacan las albricias y los recados. Por inventar nuevos géneros y por sus maneras de decir las culturas andinas, Gabriela Mistral muerde el cuerpo de la lengua y se inscribe en ella.

A

PALMA GUILLÉN

y en ella, a la piedad de la mujer mexicana.

M U E R T E D E

M I M A D R E

L A F U G A

Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos:
un monte negro que se contornea
siempre, para alcanzar el otro monte;
y en el que sigue estás tú vagamente,
pero siempre hay otro monte redondo
que circundar, para pagar el paso
al monte de tu gozo y de mi gozo.

Mas, a trechos tú misma vas haciendo
el camino de burlas y de expolio.
Vamos las dos sintiéndonos, sabiéndonos,
mas no podemos vernos en los ojos,
y no podemos trocarnos palabra,
cual la Eurídice y el Orfeo solos,
las dos cumpliendo un voto o un castigo,
ambas con pies y con acentos rotos.

Pero a veces no vas al lado mío:
te llevo en mí, en un peso angustioso
y amoroso a la vez, como pobre hijo
galeoto a su padre galeoto,
y hay que enhebrar los cerros repetidos,
sin decir el secreto doloroso:
que yo te llevo hurtada a dioses crueles
y que vamos a un Dios que es de nosotros.

Y otras veces ni estás cerro adelante,
ni vas conmigo, ni vas en mi soplo:
te has disuelto con niebla en las montañas,
te has cedido al paisaje cardenoso.
Y me das unas voces de sarcasmo
desde tres puntos, y en dolor me rompo,
porque mi cuerpo es uno, el que me diste,
y tú eres un agua de cien ojos,
y eres un paisaje de mil brazos,
nunca más lo que son los amorosos:
un pecho vivo sobre un pecho vivo,
nudo de bronce ablandado en sollozo.

Y nunca estamos, nunca nos quedamos,
como dicen que quedan los gloriosos,
delante de su Dios, en dos anillos
de luz o en dos medallones absortos,
ensartados en un rayo de gloria
o acostados en un cauce de oro.

O te busco, y no sabes que te busco,
o vas conmigo, y no te veo el rostro;
o en mí tú vas, en terrible convenio;
sin responderme con tu cuerpo sordo,
siempre por el rosario de los cerros,
que cobran sangre por entregar gozo,
y hacen danzar en torno a cada uno,
¡hasta el momento de la sien ardiendo,
del cascabel de la antigua demencia
y de la trampa en el vórtice rojo!

L Á P I D A F I L I A L

Apegada a la seca fisura
del nicho, déjame que te diga:
—Amados pechos que me nutrieron
con una leche más que otra viva;
parados ojos que me miraron
con tal mirada que me ceñía;
regazo ancho que calentó
con una hornaza que no se enfriía;
mano pequeña que me tocaba
con un contacto que me fundía.
¡Resucidad, resucidad,
si existe la hora, si es cierto el día,
para que Cristo os reconozca
y a otro país deis alegría,
para que pague ya mi arcángel
formas y sangre y leche mía,
y que por fin os recupere
la vasta y santa sinfonía
de viejas madres: la Macabea,
Ana, Isabel, Lía y Raquel!

NOCTURNO DE LA CONSUMACIÓN

A Waldo Frank

Te olvidaste del rostro que hiciste
en un valle a una oscura mujer;
olvidaste entre todas tus formas
mi alzada de lento ciprés;
cabras vivas, vicuñas doradas
te cubrieron la triste y la fiel.

Te han tapado mi cara rendida
las criaturas que te hacen tropel;
te han borrado mis hombros las dunas
y mi frente algarrobo y maitén.
Cuantas cosas gloriosas hiciste
te han cubierto a la pobre mujer.

Como Tú me pusiste en la boca
la canción por la sola merced:
como Tú me enseñaste este modo
de estirarte mi esponja con hiel,
yo me pongo a cantar tus olvidos,
por hincarte mi grito otra vez.

Yo te digo que me has olvidado,
pan de tierra de la insipidez,
leño triste que sobra en tus haces,
pez sombrío que afrenta la red.

Yo te digo con otro que “hay tiempo
de sembrar como de recoger”.¹

No te cobro la inmensa promesa
de tu cielo en niveles de mies;
no te digo apetito de arcángeles
ni potencias que me hagan arder;
no te busco los prados de música
donde a tristes llevaste a pacer.

Hace tanto que masco tinieblas,
que la dicha no sé reaprender;
tanto tiempo que piso las lavas
que olvidaron vellones los pies;
tantos años que muerdo el desierto
que mi patria se llama la Sed.

La oración de paloma zurita
ya no baja en mi pecho a beber;
la oración de colinas divinas,
se ha raído en la gran aridez
y ahora tengo en la mano una nueva,
la más seca, ofrecida a mi Rey.

Dame Tú el acabar de la encina
en fogón que no deje la hez;
dame Tú el acabar del celaje
que su sol hizo y quiso perder;
dame el fin de la pobre medusa
que en la arena consume su bien.

He aprendido un amor que es terrible
y que corta mi gozo a cercén:
he ganado el amor de la nada,
apetito del nunca volver,
voluntad de quedar con la tierra
mano a mano y mudez con mudez,
despojada de mi propio Padre,
rebanada de Jerusalén.

NOCTURNO DE LA DERROTA

Yo no he sido tu Pablo absoluto
que creyó para nunca descreer,
una brasa violenta tendida
de la frente con rayo a los pies.
Yo le quise el tremendo destino,
pero no merecí su rojez.

Brasa breve he llevado en la mano,
llama corta ha lamido mi piel.
Yo no supe, abatida del rayo,
como el pino de gomas arder.
Viento tuyo no vino a ayudarme
y blanqueo antes de perecer.

Caridad no más ancha que rosa
me ha costado jadeo que ves.
Mi perdón es sombría jornada
en que miro diez soles caer;
mi esperanza es muñón de mí misma
que volteo y que ya es rigidez.

Yo no he sido tu santo Francisco
con su cuerpo en un arco de “amén”,
sostenido entre el cielo y la tierra
cual la cresta del amanecer,
escalera de limo por donde
ciervo y tórtola oíste otra vez.

Esta tierra de muchas criaturas
me ha llamado y me quiso tener;
me tomó cual la madre a su entraña;
me la di, por mujer y por fiel.
¡Me meció sobre el pecho de fuego,
me aventó como cobra su piel!

Yo no he sido tu fuerte Vicente,
confesor de galera soez,
besador de la carne perdida,
con sus llantos siguiéndole en grey,
aunque le amo más fuerte que mi alma
y en su pecho he tenido sostén.

Mis sentidos malvados no curan
una llaga sin se estremecer;
mi piedad ha volteado la cara
cuando Lázaro ya es fetidez,
y mis manos vendaron tanteando,
incapaces de amar cuando ven.

Y ni alcanzo al segundo Francisco²
con su rostro en el atardecer,
tan sereno de haber escuchado
todo mal con su oreja de Abel,
¡corazón desde aquí columpiado
en los coros de Melquisedec!

Yo nací de una carne tajada
en el seco riñón de Israel.
Macabea que da Macabeos,

miel de avispa que pasa a hidromiel,
y he cantado cosiendo mis cerros
por cogerte en el grito los pies.³
Te levanto pregón de vencida,
con vergüenza de hacer descender
tu semblante a este campo de muerte
y tu mano a mi gran desnudez.

Tú, que losa de tumba rompiste
como el brote que rompe su nuez,
ten piedad del que no resucita
ya contigo y se va a deshacer,
con el liquen quemado en sus sales,
con genciana quemada en su hiel,
con las cosas que a Cristo no tienen
y de Cristo no baña la ley.

(Cielos morados, avergonzados
de mi derrota.
Capitán vivo y envilecido,
nuca pisada, ceño pisado
de mi derrota.
Cuerno cascado de ciervo noble
de mi derrota).

Se acabaron los días divinos
de la danza delante del mar
y pasaron las siestas del viento
con aroma de polen y sal,
y las otras en trigos dormidas
con nidal de paloma torcaz.

Tan lejanos se encuentran los años
de los panes de harina candeal
disfrutados en mesa de pino,
que negamos, mejor, su verdad,
y decimos que siempre estuvieron
nuestras vidas lo mismo que están,
y vendemos la blanca memoria
que dejamos tendida al umbral.

Han llegado los días ceñidos
como el puño de Salmanazar.
Llueve tanta ceniza nutrida
que la carne es su propio sayal.
Retiraron los mazos de lino
y se escarda, sin nunca acabar,
un esparto que no es de los valles
porque es hebra de hilado metal...

Nos callamos las horas y el día
sin querer la faena nombrar,
cual se callan remeros muy pálidos
los tifones, y el boga, el caimán,
porque el nombre no nutra el destino,
y sin nombre se pueda matar.

Pero cuando la frente enderézase
de la prueba que no han de apurar,
al mirarnos, los ojos se truecan
la palabra en el iris leal,
y bajamos los ojos de nuevo,
como el jarro al brocal, contumaz,
desolados de haber aprendido
con el nombre la cifra letal.

Los precitos contemplan la llama
que hace dalias y fucsias girar;
los forzados, como una cometa,
bajan y alzan su “nunca jamás”.
Mas nosotros tan solo tenemos,
para juego de nuestro mirar,
grecas lentas que dan nuestras manos,
golondrinas, al muro de cal,
remos negros que siempre jadean
y que nunca rematan el mar.

Prodigiosas las dulces espaldas
que se olvidan del se enderezar,
que obedientes cargaron los linos
y obedientes la leña mortal,
porque nunca han sabido de dónde
fueron hechas y a qué volverán.

¡Pobre cuerpo que todo ha aprendido
de sus padres José e Isaac,
y fantásticas manos leales,
las que tejen sin ver ni contar,
ni medir paño y paño cumplido,
preguntando si basta o si es más!

Levantando la blanca cabeza
ensayamos tal vez preguntar
de qué ofensa callada ofendimos
a un demiurgo al que se ha de aplacar,
como leños de hoguera que odiasen
el arder, sin saberse apagar.

Humildad de tejer esta túnica
para un dorso sin nombre ni faz,
y dolor el que escucha en la noche
toda carne de Cristo arribar,
recibir el telar que es de piedra
y la Casa que es de eternidad.

NOCTURNO DE JOSÉ ASUNCIÓN⁴

A Alfonso Reyes

Una noche como esta noche,
de Circe llena, esa sería
la noche de José Asunción,
cuando a acabarse se tendía.

Emponzoñada por el sapo
que echa su humor en hierba fría,
y a la hierba llama al acedo
a revolcarse en acedía.

Alumbrada por esta luna,
barragana de gran falsía,
que la locura hace de plata
como olivo o sabiduría.

Gobernada por esta hora
en que al Cristo se olvidaría,
y en que su mano, traicionada,
el pobre mundo soltaría.

(Y el mundo, suelto de su mano,
como el pichón de la que cría,
hacia la hora duodécima
sin su fervor se nos enfría).

^
^
^
^

4 El poeta suicida José Asunción Silva.

Taladrada por la corneja
que en la rama seca fingía
la vertical del ahorcado
con su dentera de agonía.

Arreada por el Maligno
que huele al ciervo por la herida,
y le ofrece en el humus negro
venda más negra todavía.

Venda apretada de la noche
que, como a Antero, cerraría,
con lana negra de la nada,
la boca de las elegías.

Noche en que la divina hermana
con la montaña se dormía,
sin entender que los que aman
se han de dormir viniendo el día.

Como esta noche que yo vivo
la de José Asunción sería.

NOCTURNO DEL DESCENDIMIENTO

A Victoria Ocampo

Cristo del campo, "Cristo de Calvario"⁵
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero al verte mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.
Mi sangre aún es agua de regato;
la tuya se paró como agua en presa.
Yo tengo arrimo en hombro que me vale,
a ti los cuatro clavos ya te sueltan,
y el encuentro resulta recogerte
la sangre como lengua que contesta,
pasar mis manos por mi pecho enjuto,
coger tus pies en peces que gotean.

Ahora ya no me acuerdo de nada,
de viaje, de fatiga, de dolencia.
El ímpetu del ruego que traía
se me dobla en la boca pedigüeña,
de hallarme en este pobre anochecer
con tu bulto vencido en una cuesta
que cae y cae y cae sin parar
en un trance que nadie me dijera.
Desde tu vertical cae tu carne
en cáscara de fruta que golpean:
el pecho cae y caen las rodillas
y en cogollo abatido, la cabeza.

^
^
^
^

5 Nombre popular de los cerros que tienen un crucifijo en Europa.

Acaba de llegar, Cristo, a mis brazos,
peso divino, dolor que me entregan,
ya que estoy sola en esta luz sesgada
y lo que veo no hay otro que vea,
y lo que pasa tal vez cada noche
no hay nadie que lo atine o que lo sepa,
y esta caída, los que son tus hijos
como no te la ven, no la sujetan,
y la pulpa de sangre no reciben,
¿de ser el cerro soledad entera
y de ser la luz poca y tan sesgada
en un cerro sin nombre de la tierra!

Año de la Guerra española

LOCAS LETANÍAS

¡Cristo, hijo de mujer,
carne que aquí amamantaron,
que se acuerda de una noche,
y de un vagido, y de un llanto:
recibe a la que dio leche
cantándome con tu salmo
y llévala con las otras,
espejos que se doblaron
y cañas que se partieron
en hijos sobre los llanos!

¡Piedra de cantos ardiendo,
a la mitad del espacio,
en los cielos todavía
con bulto crucificado,
y cuando busca a sus hijos,
piedra loca de relámpagos,
piedra que anda, piedra que vuela,
vagabunda hasta encontrarnos.
Piedra de Cristo, sal a su encuentro
y cínnetela a tus cantos
y yo mire de los valles,
en señales, sus pies blancos!

¡Río vertical de gracia,
agua del absurdo santo,
parado y corriendo vivo,
en su presa y despeñado;
río que en cantares mientan
“cabritillo” y “ciervo blanco”:
a mi madre que te repecha,

como anguila, río trocado,
ayúdala a repecharte
y súbela por tus vados!

¡Jesucristo, carne amante,
juego de ecos, oído alto,
caracol vivo del cielo,
de sus aires torneado:
abájate a ella, siente
otra vez que te tocaron;
vuélvete a su voz que sube
por los aires extremados,
y si su voz no la lleva,
toma la niebla de su hálito!

¡Llévala a cielo de madres,
a tendal de sus regazos,
que va y que viene en un golfo
de brazos empavesado,
de la canción de la cuna
mecido como de tallos,
donde las madres arrullan
a sus hijos recobrados
o apresuran con su silbo
a los que gimiendo vamos!

¡Recibe a mi madre, Cristo,
dueño de ruta y de tránsito,
nombre que ella va diciendo,
sésamo que irá gritando,
abra nuestra de los cielos,
albatros no amortajado,
gozo que llaman los valles!
¡Resucitado, Resucitado!

A L U C I N A C I Ó N

A Elsa Fano

Si me dais una estrella,
y me la abandonáis, desnuda ella
entre la mano, no sabré cerrarla
por defender mi nacida alegría.
*Yo vengo de una tierra
donde no se perdía.*

Si me encontráis la gruta
maravillosa, que como una fruta
tiene entraña purpúrea y dorada,
y hace inmensa de asombro la mirada,
no cerraré la gruta
ni a la serpiente ni a la luz del día,
*que vengo de una tierra
donde no se perdía.*

Si vasos me alargaseis,
de cinamomo y sándalo, capaces
de aromar las raíces de la tierra
y de parar al viento cuando yerra,
a cualquier playa los confiaría,
*que vengo de una tierra
en que no se perdía.*

Tuve la estrella viva en mi regazo,
y entera ardí como un tendido ocaso.
Tuve también la gruta en que pendía
el sol, y donde no acababa el día.

Y no supe guardarlos,
ni entendí que oprimirlos era amarlos.
Dormí tranquila sobre su hermosura
y sin temblor bebía en su dulzura.

Y los perdí, sin grito de agonía,
que vengo de una tierra
en donde el alma eterna no perdía.

“LA LEY DEL TESORO”

I

Yo soy una que dormía
junto a su tesoro.
Él era un largo temblor
de ángeles en coro;
él era un montón de luces
o de ascuas de oro
y estaba expuesto y desnudo
en limones de oro,
con su propia desnudez
vuelta su decoro.
Cosa así, ¿quién la podría
cubrir con azoro?
Cosa así, ¿quién tataría
con manto de moro,
por más que cubrirla fuese
“La ley del tesoro”?

II

Me lo robaron en día
o en noche bien clara;
soplado me lo aventaron
los genios sin cara;
desapareció lo mismo
que como llegara.
Tener daga, tener lazo,
por nada contara.

III

Me dejó revoloteando
en el mundo huero
la ley ladina del dios
mitad aparcerero.
Me oigo la cantilena
como el tero-tero,⁶
o como sobre las tejas
refrán de aguacero:
“Guardarás bajo la mano
tu tesoro entero”.

IV

Algún día ha de venir
el Dios verdadero
a su hija robada, mofa
de hombre pregonero.
Me soplará entre la boca
beso que le espero,
miaja o resina ardiendo
por la que me muero.

Se enderezará mi cuerpo,
venado ligero,
temblando recogerá
su don prisionero;
arderá desde ese día
al día postrero,

metal sin vela de dueño,
sin ¡ay! de minero.
¡Y no más me robarán
como al buhonero,
como al árbol del camino,
palma o bananero!

RIQUEZA

Tengo la dicha fiel
y la dicha perdida:
la una como rosa,
la otra como espina.
De lo que me robaron
no fui desposeída:
tengo la dicha fiel
y la dicha perdida,
y estoy rica de púrpura
y de melancolía.
¡Ay, qué amada es la rosa
y qué amante la espina!
Como el doble contorno
de dos frutas mellizas,
tengo la dicha fiel
y la dicha perdida...

GESTOS

LA COPA

Yo he llevado una copa
de una isla a otra isla sin despertar el agua.
Si la vertía, la sed traicionaba;
por una gota, el don era caduco;
perdida toda, el dueño lloraría.

No saludé las ciudades;
no dije el elogio a su vuelo de torres,
no abrí los brazos en la gran pirámide
ni fundé casa con corro de hijos.

Pero entregando la copa, yo dije
con el sol nuevo sobre mi garganta:
“Mis brazos ya son libres como nubes sin dueño
y se mece mi cuello en la colina
de la invitación de los valles”.

Mentira fue mi aleluya: vedme.
Yo tengo la vista caída a mis palmas;
camino lenta, sin diamante de agua;
callada voy, y no llevo tesoro,
y me tumba en el pecho y los pulsos
la sangre batida de angustia y de miedo.

L A M E D I A N O C H E

Fina, la medianoche.
Oigo los nudos del rosal:
la savia empuja subiendo a la rosa.

Oigo
las rayas quemadas del tigre
real: no le dejan dormir.

Oigo
la estrofa de uno,
y le crece en la noche
como la duna.

Oigo
a mi madre dormida
con dos alientos
(duermo yo en ella,
de cinco años).

Oigo el Ródano
que baja y que me lleva como un padre,
ciego de espuma ciega.

Y después ya no oigo
sino que voy cayendo
en los muros de Arlés
llenos de sol...

DOS ÁNGELES

No tengo solo un ángel
con ala estremecida:
me mecen como al mar
mecen las dos orillas
el ángel que da el gozo
y el que da la agonía,
el de alas tremolantes
y el de las alas fijas.

Yo sé, cuando amanece,
cuál va a regirme el día,
si el de color de llama
o el color de ceniza,
y me les doy como alga
a la ola, contrita.

Solo una vez volaron
con las alas unidas:
el día del amor,
el de la Epifanía.

¿Se juntaron en una
sus alas enemigas
y anudaron el nudo
de la muerte y la vida!

PARAÍSO

Lámina tendida de oro,
y en el dorado aplanamiento,
dos cuerpos como ovillos de oro.

Un cuerpo glorioso que oye
y un cuerpo glorioso que habla
en el prado en que no habla nada.

Un aliento que va al aliento
y una cara que tiembla de él,
en un prado en que nada tiembla.

Acordarse del triste tiempo
en que los dos tenían tiempo
y de él vivían afligidos.

A la hora de clavo de oro
en que el tiempo quedó al umbral
como los perros vagabundos...

LA CABALGATA⁷

A don Carlos Silva Vildósola

Pasa por nuestra tierra
la vieja cabalgata,
partiéndose la noche
en una pulpa clara
y cayendo los montes
en el pecho del alba.

Con el vuelo remado
de los petreles pasa,
o en un silencio como
de antorcha sofocada.
Pasa en un dardo blanco
la eterna cabalgata...

Pasa, única y legión,
en cuchillada blanca,
sobre la noche experta
de carne desvelada.
Pasa si no la ven,
y si la esperan, pasa.

Se leen las Eneidas,
se cuentan Ramayanas,
se llora el Viracocha
y se remonta al maya,



y madura la vida
mientras su río pasa.

Las ciudades se secan
como piel de alimaña
y el bosque se nos dobla
como arena majada,
si olvida su camino
la vieja cabalgata...

A veces por el aire
o por la gran llanada,
a veces por el tuétano
de Ceres subterránea,
a veces solamente
por las crestas del alma,
pasa, en caliente silbo,
la santa cabalgata...

Como una vena abierta
desde las solfataras,
como un repecho de humo,
como un despeño de aguas,
pasa, cuando la noche
se rompe en pulpas claras.

Oír, oír, oír,
la noche como valva,
con ijar de lebrel
o vista acornejada,
y temblar y ser fiel
esperando hasta el alba.

La noche ahora es fina,
es estricta y delgada.
El cielo agudo punza
lo mismo que la daga
y aguija a los dormidos
la tensa Vía Láctea.

Se viene por la noche
como un comienzo de aria;
se allegan unas vivas
trabazones de alas.
Me da en la cara un alto
muro de marejada,
y saltan, como un hijo,
contentas, mis entrañas.

Soy vieja; amé los héroes
y nunca vi su cara;
por hambre de su carne
yo he comido las fábulas.

Ahora despierto a un niño
y destapo su cara,
y lo saco desnudo
a la noche delgada,
y lo hondeo en el aire
mientras el río pasa,
por que lo tome y lleve
la vieja cabalgata...

LA GRACIA

A Amado Alonso

Pájara Pinta
jaspeada,
iba loca
de pintureada,
por el aire
como llevada.

En esta misma
madrugada,
pasó el río
de una lanzada.
La mañanita
pura y rasada
quedó linda
de la venteada.

Los que no vieron
no saben nada;
duermen a sábana
pegada,
y yo me alcé
con lucerada;
medio era de noche,
medio albada.
Me crujó el aire
a su pasada,
y ella cruzó
como rasgada,

por cara y hombro
mío azotada.

Pareció lirio
o pez espada.
Subió los aires
hondeada,
de cielo abierto
devorada,
y en un momento
fue nonada.
Quedé temblando
en la quebrada.
¡Albricia mía⁸
arrebatada!

8 Ver nota en las páginas 54^o-54^r.

LA ROSA

La riqueza del centro de la rosa
es la riqueza de tu corazón.
Desátala como ella:
su ceñidura es toda tu aflicción.

Desátala en un canto
o en un tremendo amor.
No defiendas la rosa:
¡te quemaría con el resplandor!

HISTORIAS DE LOCA

LA MUERTE NIÑA

A Gonzalo Zaldumbide

“En esa cueva nos nació,
y como nadie pensaría,
nació desnuda y pequeñita
como el pobre pichón de cría.

¡Tan entero que estaba el mundo!,
¡tan fuerte que era al mediodía!,
¡tan armado como la piña,
cierto del Dios que sostenía!

Alguno nuestro la pensó
como se piensa villanía;
la tierra se lo consintió
y aquella cueva se le abría.

De aquel hoyo salió de pronto,
con esa carne de elegía;
salió tanteando y gateando
y apenas se la distinguía.

Con una piedra se aplastaba,
con el puño se la exprimía.
Se balanceaba como un junco
y con el viento se caía...

Me puse yo sobre el camino
para gritar a quien me oía:
'¿Es una muerte de dos años
qué bien se muere todavía!'

Recios rapaces la encontraron,
a hembras fuertes cruzó la vía;
la miraron Nemrod y Ulises,
pero ninguno comprendía...

Se envilecieron las mañanas,
torpe se hizo el mediodía;
cada sol aprendió su ocaso
y cada fuente su sequía.

La pradera aprendió el otoño
y la nieve su hipocresía,
la bestezuela su cansancio,
la carne de hombre su agonía.

Yo me entraba por casa y casa
y a todo hombre se lo decía:
'¿Es una muerte de siete años
qué bien se muere todavía!'

Y dejé de gritar mi grito
cuando vi que se adormecían.
Ya tenían no sé qué dejo
y no sé qué melancolía...

Comenzamos a ser los reyes
que conocen postrimería
y la bestia o la criatura
que era la sierva nos hería.

Ahora el aliento se apartaba
y ahora la sangre se perdía,
y la canción de las mañanas
como cuerno se enronquecía.

La muerte tenía treinta años
y ya nunca más moriría,
y la segunda tierra nuestra
iba abriendo su epifanía”.

Se lo cuento a los que han venido
y se ríen con insanía:
“Yo soy de aquellas que bailaban
cuando la muerte no nacía...”.

LA FLOR DEL AIRE⁹

A Consuelo Saleva

Yo la encontré por mi destino,
de pie a mitad de la pradera,
gobernadora del que pase,
del que le hable y que la vea.

Y ella me dijo: “Sube al monte.
Yo nunca dejo la pradera,
y me cortas las flores blancas
como nieves, duras y tiernas”.

Me subí a la ácida montaña,
busqué las flores donde albean,
entre las rocas existiendo
medio dormidas y despiertas.

Cuando bajé, con carga mía,
la hallé a mitad de la pradera,
y la fui cubriendo frenética,
y le di un río de azucenas.

Y sin mirarse la blancura,
ella me dijo: “Tú acarrea
ahora solo flores rojas.
Yo no puedo pasar la pradera”.

Trepé las peñas con el venado
y busqué flores de demencia,
las que rojean y parecen
que de rojez vivan y mueran.

Cuando bajé se las fui dando
con un temblor feliz de ofrenda,
y ella se puso como el agua
que en ciervo herido se ensangrienta.

Pero mirándome, sonámbula,
me dijo: “Sube y acarrea
las amarillas, las amarillas.
Yo nunca dejo la pradera”.

Subí derecha a la montaña
y me busqué las flores densas,
color de sol y de azafranes,
recién nacidas y ya eternas.

Al encontrarla, como siempre,
a la mitad de la pradera,
yo fui cubriéndola, cubriéndola,
y la dejé como las eras.

Y todavía, loca de oro,
me dijo: “Súbete, mi sierva,
y cortarás las sin color,
ni azafranadas ni bermejas.

“Las que yo amo por recuerdo
de la Leonora y la Ligeia,
color del sueño y de los sueños.
Yo soy mujer de la pradera”.

Subí a la montaña profunda,
ahora negra como Medea,
sin tajada de resplandores,
como una gruta vaga y cierta.

Ellas no estaban en las ramas,
ellas no abrían en las piedras
y las corté del aire dulce,
tijereteándolo ligera.

Me las corté como si fuese
la cortadora que está ciega.
Corté de un aire y de otro aire,
tomando el aire por mi selva...

Cuando bajé de la montaña
y fui buscándome a la reina,
ahora ella caminaba,
ya no era blanca ni violenta.

Ella se iba, la sonámbula,
abandonando la pradera,
y yo siguiéndola y siguiéndola
por el pañal y la alameda.

Cargada así de tantas flores,
con espaldas y mano aéreas,
siempre cortándolas del aire
y con los aires como siega...

Ella delante va sin cara;
ella delante va sin huella,
y yo siguiéndola, siguiéndola,
entre los gajos de la niebla.

Con estas flores sin color,
ni blanquecinas ni bermejas,
hasta mi entrega sobre el límite,
hasta que el tiempo se disuelva...

LA S O M B R A

En un metal de cipreses
y de cal espejeadora,
sobre mi sombra caída
bailo una danza de mofa.

Como plumón rebanado
o naranja que se monda,
he aventado y no recojo
el racimo de mi sombra.

La cobra negra seguíame,
sin silbarme, por las lomas,
o en el patio, sin balido,
en oveja querenciosa.

Cuando comía o bebía,
me cogía fruta o copa;
y sobre el telar soltaba
su greña gitana o mora.

Cuando en el cerro yo hacía
fogata y cena dichosa,
a comer se me sentaba
en niña de manos rotas...

Besó a Jacob hecha Lía
y él le creyó a la impostora,
y pensó que me abrazaba
en antojo de mi sombra.

Está muerta y todavía
juega, mañosa a mi copia,
y la gritan con mi nombre
los que la giran en ronda...

Veo de arriba su red
y el cardumen que desfonda;
y yo liberada, río
perdiendo al corro que llora.

Siento un oreo divino
de espaldas que el aire toma
y de más en más me sube
una brazada briosa.

Llego por un mar trocado
en un despeño de sonda,
y arribo a mi derrotero
de las divinas personas.

En tres cuajos de cristales
o tres grandes velas solas,
me encontré y revoloteo
en torno de las gloriosas.

Cubren sin sombra los cielos,
como la piedra preciosa,
y ahora sin sombra bailo
los cielos como mis bodas...

EL FANTASMA

En la dura noche cerrada
o en la húmeda mañana tierna,
sea invierno, sea verano,
esté dormida, esté despierta.

Aquí estoy si acaso me ven,
y lo mismo si no me vieran,
queriendo que abra aquel umbral
y me conozca aquella puerta.

En un turno de mando y ruego,
y sinirme, porque volviera,
con mis sentidos que tantean
solo este leño de una puerta.

Aquí me ven si es que ellos ven,
y aquí estoy aunque no supieran,
queriendo haber lo que yo había,
que como sangre me sustenta.

En país que no es mi país,
en ciudad que ninguno mienta,
junto a casa que no es mi casa,
pero siendo mía una puerta.

Detrás la cual yo puse todo,
yo dejé todo como ciega,
sin traer llave que me conozca
y candado que me obedezca.

Aquí me estoy, y yo no supe
que volvería a esta puerta
sin brazo válido, sin mano dura
y sin la voz que mi voz era.

Que guardianes no me verían
ni oiría su oreja sierva,
y sus ojos no entenderían
que soy íntegra y verdadera.

Que anduve lejos y que vuelvo
y que yo soy, si hallé la senda,
me sé sus nombres con mi nombre
y entre puertas hallé la puerta.

¿A buscar lo que les dejé,
que es mi ración sobre la tierra,
de mí respira y a mí salta,
como un regato, si me encuentra!

A menos que él también olvide
y que tampoco entienda y vea
mi marcha de algo lamentable
que se retuerce contra su puerta.

Si sus ojos también son esos
que ven solo las formas ciertas,
que ven vides y ven olivos
y criaturas verdaderas.

Y de verdad yo soy la larva
desgajada de otra ribera,
que resbala país de hombres
con su hueso de sueño y niebla.

¡Que no raya su pobre llano,
y no lo arruga de su huella,
que no echa vaho de jadeo
contra la piedra de una puerta!

¡Que dormida dejó su carne,
como el árabe deja la tienda,
y por la noche, sin soslayo,
llegó a caer sobre su puerta!

M A T E R I A S

P A N

A Teresa y Enrique Díez-Canedo

Dejaron un pan en la mesa,
mitad quemado, mitad blanco,
pellizcado encima y abierto
en unos migajones de ampo.

Me parece nuevo o como no visto,
y otra cosa que él no me ha alimentado,
pero volteando su miga, sonámbula,
taçto y olor se me olvidaron.

Huele a mi madre cuando dio su leche,
huele a tres valles por donde he pasado:
a Aconcagua, a Pátzcuaro, a Elqui,
y a mis entrañas cuando yo canto.

Otros olores no hay en la estancia
y por eso él así me ha llamado;
y no hay nadie tampoco en la casa
sino este pan abierto en un plato,
que con su cuerpo me reconoce
y con el mío yo reconozco.

Se ha comido en todos los climas
el mismo pan en cien hermanos:
pan de Coquimbo, pan de Oaxaca,
pan de Santa Ana y de Santiago.

En mis infancias yo le sabía
forma de sol, de pez o de halo,
y sabía mi mano su miga
y el calor de pichón emplumado.

Después le olvidé, hasta este día
en que los dos nos encontramos,
yo con mi cuerpo de Sara vieja
y él con el suyo de cinco años.

Amigos muertos con que comíalo
en otros valles, sientan el vaho
de un pan en septiembre molido
y en agosto en Castilla segado.

Es otro y es el que comimos
en tierras donde se acostaron.
Abro la miga y les doy su calor;
lo volteo y les pongo su hálito.

La mano tengo de él rebosada
y la mirada puesta en mi mano;
entrego un llanto arrepentido
por el olvido de tantos años,
y la cara se me envejece
o me renace en este hallazgo.

Como se halla vacía la casa,
estemos juntos los reencontrados,
sobre esta mesa sin carne y fruta,
los dos en este silencio humano,
hasta que seamos otra vez uno
y nuestro día haya acabado...

S A L

La sal cogida de la duna,
gaviota viva de ala fresca,
desde su cuenco de blancura,
me busca y vuelve su cabeza.

Yo voy y vengo por la casa
y parece que no la viera
y que tampoco ella me viese,
Santa Lucía blanca y ciega.

Pero la santa de la sal,
que reconforta y que penetra,
con la mirada enjuta y blanca,
alancea, mira y gobierna
a la mujer de la congoja
y a lo tendido de la cena.

De la mesa viene a mi pecho;
va de mi cuarto a la despensa,
con ligereza de vilano
y brillos rotos de saeta.

La cojo como a criatura
y mis manos la espolvorean,
y resbalando con el gesto
de lo que cae y se sujeta,
halla la blanca, ve la triste
duna de sal de mi cabeza.

Me salaba los lagrimales
y los caminos de mis venas,

y de pronto me perdería
como en juego de compañera,
y en mis palmas, a su regreso,
con mi sangre se reencuentra...

Mano a la mano nos tenemos
como Raquel, como Rebeca.
Yo volteo su cuerpo roto
y ella voltea mi guedeja,
y nos contamos las Antillas
y desvariamos las Provenzas.

Ambas éramos de las olas
y sus espejos de salmuera,
y del mar libre nos trajeron
a una casa profunda y quieta;
y el puñado de sal y yo,
en beguinas o en prisioneras,
las dos llorando, las dos cautivas,
atrasamos por la puerta...

A G U A

Hay países que yo recuerdo
como recuerdo mis infancias.
Son países de mar o río,
de pastales, de vegas y aguas.
Aldea mía sobre el Ródano,
rendida en río y en cigarras;
Antilla en palmas verdinegras
que a medio mar está y me llama;
¡roca ligure de Portofino:
mar italiana, mar italiana!

Me han traído a país sin río,
tierras Agar, tierras sin agua;
Saras blancas y Saras rojas,
donde pecaron otras razas,
de pecado rojo de atridas
que cuentan gredas tajeadas;
que no nacieron como un niño
con unas carnazones grasas,
cuando las oigo, sin un silbo,
cuando las cruzo, sin mirada.

Quiero volver a tierras niñas;
llévenme a un blando país de aguas.
En grandes pastos envejezca
y haga al río fábula y fábula.
Tenga una fuente por mi madre
y en la siesta salga a buscarla,
y en jarras baje de una peña
un agua dulce, aguda y áspera.

Me venza y pare los alientos
el agua acérrima y helada.
¡Rompa mi vaso y al beberla
me vuelva niñas las entrañas!

CASCADA EN SEQUEDAL

Ganas tengo de cantar,
sin razón de mi algarada:
ni vivo en la tierra
de donde es la palma.

Ni la madre mía
entra por mi casa,
ni regreso a ella
gritando en la barca.

Ganas de cantar
partiendo tres ráfagas,
sin poder cantar
de lo alborotada.

Por la luz devuelta
que anduvo trocada;
por sierras que paso
con su tribu de hayas.

Y un ruido que suena,
no sé dónde, de aguas,
que me viene al pecho
y que es de cascada.

Cae donde cae
y ayer no rodaba;
cerca de mi cuerpo
se despeña y llama.

Me paro y escucho,
sin ir a buscarla:
¡agua, madre mía,
e hija mía, el agua!

¡Yo la quiero ver
y no puedo, de ansia,
y sigue cayendo,
l'agua palmoteada!

E L A I R E

A José María Quiroga Plá

En el llano y la llanada
de salvia y menta salvaje,
encuentro como esperándome
el aire.

Gira redondo, en un niño
desnudo y voltijeante,
y me toma y arrebatada
por su madre.

Mis costados coge enteros,
por cosa de su donaire,
y mis ropas entregadas
por casales...

Silba en áspid de las ramas
o me empina matorrales;
o me para los alientos
como un ángel.

Pasa y repasa en helechos
y pechugas inefables,
que son gaviotas y aletas
de aire.

Lo tomo en una brazada;
cazo y pesco, palpitante,

ciega de plumas y anguilas
del aire..

A lo que hiero no hiero
o lo tomo sin lograrlo,
aventándome y cazándome
burlas de aire..

Cuando camino de vuelta,
por encinas y pinares,
todavía me persigue
el aire.

Entro en mi casa de piedra
con los cabellos jadeantes,
ebrios, ajenos y duros
del aire.

En la almohada, revueltos,
no saben apaciguarse,
y es cosa, para dormirme,
de atarles.

Hasta que él allá se cansa
como un albatros gigante,
o una vela que rasgaron
parte a parte.

Al amanecer, me duermo
—cuando mis cabellos caen—
como la madre del hijo,
rota del aire..

A M É R I C A

DOS HIMNOS

A don Eduardo Santos

SOL DEL TRÓPICO

Sol de los incas, sol de los mayas,
maduro sol americano,
sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron,
y del que quechuas y aimaraes
como el ámbar fueron quemados.
Faisán rojo cuando levantas
y cuando medias, faisán blanco,
sol pintador y tatuador
de casta de hombre y de leopardo.
Sol de montañas y de valles,
de los abismos y los llanos,
Rafael de las marchas nuestras,
lebrél de oro de nuestros pasos,
por toda tierra y todo mar
santo y seña de mis hermanos.
Si nos perdemos que nos busquen
en unos limos abrasados,
donde existe el árbol del pan
y padece el árbol del bálsamo.

Sol del Cuzco, blanco en la puna,
Sol de México, canto dorado,

canto rodado sobre el Mayab,¹⁰
maíz de fuego no comulgado,
por el que gimen las gargantas
levantadas a tu viático;
corriendo vas por los azules
estrictos o jesucristianos,
ciervo blanco o enrojecido
siempre herido, nunca cazado...

Sol de los Andes, cifra nuestra,
veedor de hombres americanos,
pastor ardiendo de grey ardiendo
y tierra ardiendo en su milagro,
que ni se funde ni nos funde,
que ni devora ni es devorado;
quetzal de fuego emblanquecido
que cría y nutre pueblos mágicos;
llama pasmado en rutas blancas
guiando llamas alucinados...

Raíz del cielo, curador
de los indios alanceados;
brazo santo cuando los salvas,
cuando los matas, amor santo.
Quetzalcóatl, padre de oficios
de la casta de ojo almendrado,
moledor de añiles y cañas
y tejedor de algodón cándido.
Los telares indios enhebras
con colibríes alocados
y das las grecas pintureadas

10 Nombre indígena de Yucatán.

al mujerío de Tacámbaro.
¿Pájaro Roc,¹¹ plumón que empolla
dos orientes desenfrenados!

Llegas piadoso y absoluto
según los dioses no llegaron,
bandada de tórtolas blancas,
maná que baja sin doblarnos.
No sabemos qué es lo que hicimos
para vivir transfigurados.
En especies solares nuestros
Viracochas se confesaron,
y sus cuerpos los recogimos
en sacramento calcinado.

A tu llama fie a los míos,
en parva de ascuas acostados;
como un tendal de salamandras
duermen y sueñan sus cuerpos santos.
O caminan contra el crepúsculo,
encendidos como retamos,
azafranes contra el poniente,
medio Adanes, medio topacios...

Desnuda mírame y reconóceme,
si no me viste en cuarenta años,
con la pirámide de tu nombre,¹²
con la pitahaya y con el mango,
con los flamencos de la aurora
y los lagartos tornasolados.

11 Castellano la palabra ajena rock.

12 La Pirámide del Sol en México.

¿Como el maguey, como la yuca,
como el cántaro del peruano,
como la jícara de Uruapan,
como la quena de mil años,
a ti me vuelvo, a ti me entrego,
en ti me abro, en ti me baño!
Tómame como los tomaste,
el poro al poro, el gajo al gajo,
y ponme entre ellos a vivir,
pasmada dentro de tu pasmo.

Pisé los cuarzos extranjeros,
comí sus frutos mercenarios;
en mesa dura y vaso sordo
bebí hidromieles que eran lánguidos;
recé oraciones mortecinas
y me canté los himnos bárbaros,
y dormí donde son dragones
rotos y muertos los Zodíacos.

Te devuelvo por mis mayores
formas y bulto en que me alzarón.
Riégame con tu rojo riego
y ponme a hervir dentro tu caldo.
Emblanquéceme u oscuréceme
en tus lejías y tus cáusticos.
¿Quémame tú los torpes miedos,
sécame lodos, avienta engaños;
tuéstame habla, árdeme ojos,
sollama boca, resuello y canto,
límpiame oídos, lávame vistas,
purifica manos y tactos!

Hazme las sangres y las leches,
y los tuétanos, y los llantos.
Mis sudores y mis heridas
sécame en lomos y en costados,
y otra vez íntegra incorpórame
a los coros que te danzaron,
los coros mágicos, mecidos
sobre Palenque y Tiahuanaco.

Gentes quechuas y gentes mayas
te juramos lo que jurábamos.
De ti rodamos hacia el tiempo
y subiremos a tu regazo;
de ti caímos en grumos de oro,
en vellón de oro desgajado,
y a ti entraremos rectamente
según dijeron incas magos.

¿Como racimos al lagar
volveremos los que bajamos,
como el cardumen de oro sube
a flor de mar arrebatado
y van las grandes anacondas
subiendo al silbo del llamado!

CORDILLERA

¡Cordillera de los Andes,
madre yacente y madre que anda,
que de niños nos enloquece
y hace morir cuando nos falta;
que en metales y que en amiantos
nos aupaste las entrañas;
hallazgo de los primogénitos,
Mama Oclo y Manco Cápac,
tremendo amor y alzado cuerno
del hidromiel de la esperanza!

Jadeadora del Zodíaco,
sobre la esfera galopada;
corredora de meridianos,
piedra Mazzepa que no se cansa,
Atalanta que en la carrera
es el camino y es la marcha,
y nos lleva, pecho con pecho,
a lo madre y lo marejada,
a maná blanco y peán rojo
de nuestra bienaventuranza.

Caminas, madre, sin rodillas,
dura de ímpetu y confianza;
con tus siete pueblos caminas
en tus faldas acigüeñadas;
caminas de noche y de día,
desde mi estrecho a Santa Marta,
subiendo de las aguas últimas
el unicornio del Aconcagua.
Pasas el valle de mis leches,
amoratando la higuera;

cruzas el cingulo de fuego
y los ríos Dioscuros lanzas;¹³
pruebas Sargazos de salmuera
y descendes alucinada...

Viboreas de las señales
del camino del Inca Huayna,
veteada de ingenierías
y tropeles de alpaca y llama,
de la hebra del indio atónito
y del ¡ay! de la quena mágica.
Donde son valles, son dulzuras;
donde repechas, das el ansia;
donde azurean altiplanos
son anchuras de la alabanza.

Extendida como una amante
y en los soles reverberada,
punzas al indio y al venado
con el jengibre y con la salvia;
en las carnes vivas te oyes
lento hormiguero, sorda vizcacha;
oyes al puma ayuntamiento
y a la nevera despeñada,
y te escuchas el propio amor
en tumbo y tumbo de tu lava...
Bajan de ti, bajan cantando,
como de nupcias consumadas,
tumbadores de las caobas
y rompedor de araucarias.

Aleluya por el tenerte
para cosecha de las fábulas,
alto ciervo que vio San Jorge
de cornamenta aureolada
y el fantasma del Viracocha,
bulto de niebla, vaho de habla.
¡Por las noches nos acordamos
de bestia negra y plateada,
leona que era nuestra madre
y de pie nos amamantaba!

En los umbrales de mis casas,
tengo tu sombra amoratada.
Hago, sonámbula, mis rutas,
en seguimiento de tu espalda,
o devanándome en tu niebla
o tanteándote el flanco de arca;
y la tarde me cae al pecho
en una madre desollada:
¡ancha pasión, por la pasión
de hombros de hijos jadeada!

¡Carne de piedra de la América,
halalí de piedras rodadas,
sueño de piedra que soñamos,
piedras del mundo pastoreadas;
enderezarse de las piedras
para juntarse con sus almas!
¡En el cerco del valle de Elqui,
en luna llena de fantasma,
no sabemos si somos hombres
o somos peñas arrobadas!

Vuelven los tiempos en sordo río
y se les oye la arribada
a la meseta de los Cuzcos
que es la peana de la gracia.
Silbaste el silbo subterráneo
a la gente color del ámbar
y desatamos tu mensaje
enrollado de salamandra;
y el destino que es de nosotros
nos exhalas en bocanada.

¡Anduvimos como los hijos
que perdieron signo y palabra,
como beduino o ismaelita,
como las peñas hondeadas,
aventados o envilecidos,
gajos pisados de vid santa,
hasta el día de recobrarlos
como amantes que se encontraran!

Otra vez somos los que fuimos,
cinta de hombres, anillo que anda,
viejo tropel, larga costumbre
en derechura a la peana,
donde quedó la madre augur
que desde cuatro siglos llama,
en toda noche de los Andes
y con el grito que es lanzada.

Otra vez suben nuestros coros
y el roto anillo de la danza,
por caminos que eran de chasquis¹⁴

14 Chasquis, correos quechuas.

y en pespunte de llamaradas.
 Son otra vez adoratorios
 jaloneando la montaña
 y la espiral en que columpian
 mirra-copal, mirra-copaiba,
 ¿para tu gozo y nuestro gozo
 balsámica y embalsamada!

Al fueguino sube el Caribe
 por tus punas espejeadas;
 a criaturas de salares
 y de pinar lleva a las palmas.
 Nos devuelves al Quetzalcóatl¹⁵
 acarreándonos al maya,
 y en las mesetas cansa cielos,
 donde es la luz transfigurada,
 braceadora, ata tus pueblos
 como juncales de sabana.

¿Suelde el caldo de tus metales
 los pueblos rotos de tus abras;
 cose tus ríos vagabundos,
 tus vertientes acainadas;
 purifícanos y condúcenos;
 a hielo y fuego purifícanos!
 ¿Te llamemos en aleluya
 y en letanía arrebatada!
 ¿Especie eterna y suspendida,
 Alta ciudad – Torres doradas,
 Pascual arribo de tu gente,
 arca tendida de la alianza!

15 Quetzalcóatl, la serpiente emplumada de los aztecas.

EL MAÍZ

I

El maíz del Anáhuac,
el maíz de olas fieles,
cuerpo de los mexitlis,
a mi cuerpo se viene.
En el viento me huye
jugando a que lo encuentre,
y me cubre y me baña
el Quetzalcóatl verde
de las colas trabadas
que lamen y que hieren.
Braceo en la oleada
como el que nada siempre;
a puñados recojo
las pechugas huyentes,
riendo risa india
que mofa y que consiente,
y voy ciega en marea
verde resplandeciente,
braceándole la vida,
braceándole la muerte.

11

El Anáhuac lo ensanchan
 maizales que crecen.
 La tierra por divina
 parece que la vuelen.
 En la luz solo existen
 eternidades verdes,
 remada de esplendores
 que bajan y que ascienden.
 Las Sierras Madres pasa
 su pasión vehemente.
 El indio que los cruza
 como que no parece.
 Maizal hasta donde
 lo postrero emblanquece
 y México se acaba
 donde el país se muere.

111

Por bocado de Xóchitl,
 madre de las mujeres,
 por que el umbral en hijos
 y en danza reverbere,
 se matan los mexitlis
 como Tlálocs¹⁶ que jueguen
 y la piel del Anáhuac
 de escamas resplandece.
 Xóchitl va caminando

16 Espíritus juguetones del agua.

filos y filos verdes.
Su hombre halló tendido
en caña de la muerte.
Lo besó con el beso
que a la nada descende
y le sembró la carne
en el Anáhuac leve,
en donde llama un cuerno
por el que todo vuelve...

I V

Mazorcada del aire¹⁷
y mazorcal terrestre,
el tendal de los muertos
y el Quetzalcóatl verde,
se están como uno solo
mitad frío y ardiente,
y la mano en la mano
se velan y se tienen.
Están en turno y pausa
que el Anáhuac entiende,
hasta que el silbo largo
por los maíces suene
de que las cañas rotas
dancen y desprecen:
¡eternidad que va
y eternidad que viene!

17 Alusión al fresco del maíz de Diego Rivera llamado "Fecundación".

V

Las mesas del maíz
 quieren que yo me acuerde.
 El corro está mirándome
 fugaz y eternamente.
 Los sentados son órganos,¹⁸
 las sentadas magueyes.
 Delante de mi pecho
 la mazorcada tienden.
 De la voz y los modos
 gracia tolteca llueve.
 La casta come lento
 como el venado bebe.
 Dorados son el hombre,
 el bocado, el aceite,
 y en sesgo de ave pasan
 las jícaras alegres.
 Otra vez me tuvieron
 éstos que aquí me tienen
 y el corro de lo eterno
 parece que espejeee...

VI

El santo maíz sube
 en dos ímpetus verdes
 y dormido se llena
 de tórtolas ardientes.
 El secreto maíz

en vaina fresca hierve
y hierve de unos crótalos
y de unos hidromieles.
El dios que lo consuma
es dios que lo enceguece;
le da forma de ofrenda
por dársela ferviente;
en voladores hálitos
su júbilo disuelve.
Y México se acaba
donde el maizal muere.

V I I

El pecho del maíz
su fervor lo retiene.
El ojo del maíz
tiene el abismo breve.
Su obsidiana se funde
como una contranieve.
El habla del maíz
en valva y valva envuelve.
Ley vieja del maíz,
caída no perece,
y el hombre del maíz
se juega, no se pierde.
Ahora es en Anáhuac
y ya fue en el Oriente:
¡eternidades van
y eternidades vienen!

VIII

Molinos rompecielos
mis ojos no los quieren.
El maizal no aman
y su harina no muelen:
no come grano santo
gente de norte y este;
cuando mecen sus hijos
de otra mecida mecen,
en vez de los niveles
de balanceadas frentes.
A costas del maíz
mejor que no naveguen:
maíz de nuestra boca
lo coma quien lo rece.
El cuerno mexicano
de maizal se vierte
y así tiemblan los pulsos
en trance de cogerle,
y así canta la sangre
con el arcángel verde,
porque el mágico Anáhuac
se ama perdidamente...

IX

Hace años el maíz
no me canta en las sienes
ni corre por mis ojos
la crinada serpiente.
Me faltan los maíces
y me sobran las mieses.

Y al sueño, en vez de Anáhuac,
le dejo que me suelte
su mazorca infinita
que me aplaca y me duerme.
Y grano rojo y negro¹⁹
y dorado y en cierne,
el sueño sin Anáhuac
me cuenta hasta mi muerte...

19 Especies coloreadas del maíz en México.

MAR CARIBE

A E. Ribera Chevremont

Isla de Puerto Rico,
isla de palmas,
apenas cuerpo, apenas,
como la santa,
apenas posadura
sobre las aguas;
del millar de palmeras
como más alta,
y en las dos mil colinas
como llamada.

La que como María
funde al nombrarla
y que como paloma
vuela nombrada.

Isla en amaneceres
de mí gozada,
sin cuerpo acongojado,
trémula de alma;
de sus constelaciones
amamantada,
en la siesta de fuego
punzada de hablas,
y otra vez en el alba,
adoncellada.

Isla en caña y cafés
apasionada;
tan dulce de decir
como una infancia;
bendita de cantar
como un ¡hosanna!
Sirena sin canción
sobre las aguas,
ofendida de mar
en marejada:
¡Cordelia de las olas,
Cordelia amarga!

Seas salvada como
la corza blanca
y como el llama nuevo
del Pachacámac,²⁰
y como el huevo de oro
de la nidada,
y como la Ifigenia,
viva en la llama.

Te salven los arcángeles
de nuestra raza:
Miguel castigador,
Rafael que marcha
y Gabriel que conduce
la hora colmada.

Antes que en mí se acaben
marcha y mirada;

antes que carne mía
ya sea fábula;
antes que mis rodillas
vuelen en ráfagas...

Día de la liberación de Filipinas

NIÑO MEXICANO

Estoy en donde no estoy,
en el Anáhuac plateado,
y en su luz como no hay otra
peino un niño de mis manos.

En mis rodillas parece
flecha caída del arco,
y yo lo afilo, lo afilo
meciéndolo y canturreando.

En luz tan vieja y tan niña
siempre me parece hallazgo,
y lo mudo y lo volteo
con el refrán que le canto.

Me miran con vida eterna
sus ojos negriazulados
y como en costumbre eterna
yo lo peino de mis manos.

Resinas de pino ocote
van de su nuca a sus brazos,
y es pesado y es ligero
de ser la flecha sin arco...

Lo alimento con un ritmo
y él me nutre de algún bálsamo
que es el bálsamo del maya
que mis ojos no gozaron.

Yo juego con sus cabellos
y los abro y los repaso,
y en sus cabellos retengo
a los mayas dispersados.

Hace doce años dejé
a mi niño mexicano,
pero despierta o dormida
yo lo peino de mis manos...

¡Es una maternidad
que no me cansa el regazo
y es un éxtasis que tengo
de la gran muerte librado!

“TAMBORITO PANAMEÑO”²¹

A Méndez Pereira

De una parte mar de espejos,
de la otra serranía,
y partiéndonos la noche
el tambor de la alegría.

Donde es bosque de quebracho,
panamá y especiería,
apuñala de pasión
el tambor de la alegría.

Emboscado silbador,
cebo de la hechicería,
guiño de la medianoche,
panameña idolatría..

Los muñones son caoba
y la piel venadería,
y más loco a cada tumbo
el tambor de la alegría.

Jadeante como pecho
que las sierras subiría.
Y la noche que se funde
del tambor de la alegría.

21 Nombre de un baile indígena de Panamá.

Vamos donde tú nos quieras,
que era donde nos querías,
embozado de las greñas,
tamborito de alegría.

Danza de la gente roja,
fiebre de panamería,
vamos como quien se acuerda
al tambor de la alegría.

Como el niño que en el sueño
a su madre encontraría,
vamos a la leche roja
del tambor de la alegría.

Mar pirata, mar fenicio,
nos robó a la paganía,
y nos roba al robador
el tambor de la alegría.

Vamos por ningún sendero,
que el sendero sobraría,
por el tumbo y el jadeo
del tambor de la alegría.

S A U D A D E

PAÍS DE LA AUSENCIA

País de la ausencia,
extraño país,
más ligero que ángel
y seña sutil,
color de alga muerta,
color de neblí,
con edad de siempre,
sin edad feliz.

No echa granada,
no cría jazmín
y no tiene cielos
ni mares de añil.
Nombre suyo, nombre,
nunca se lo oí,
*y en país sin nombre
me voy a morir.*

Ni puente ni barca
me trajo hasta aquí.
No me lo contaron
por isla o país.
Yo no lo buscaba
ni lo descubrí.

Parece una fábula
que yo me aprendí,
sueño de tomar
y de desasir.
Y es mi patria donde
vivir y morir.

Me nació de cosas
que no son país:
de patrias y patrias
que tuve y perdí;
de las criaturas
que yo vi morir;
de lo que era mío
y se fue de mí.

Perdí cordilleras
en donde dormí;
perdí huertos de oro
dulces de vivir;
perdí yo las islas
de caña y añil,
y las sombras de ellos
me las vi ceñir
y juntas y amantes
hacerse país.

Guedejas de nieblas
sin dorso y cerviz,
alientos dormidos
me los vi seguir
y en años errantes
volverse país.
*Y en país sin nombre
me voy a morir.*

L A E X T R A N J E R A

A Francis de Miomandre

“Habla con dejo de sus mares bárbaros,
con no sé qué algas y no sé qué arenas;
reza oración a dios sin bulto y peso,
envejecida como si muriera.
En huerto nuestro que nos hizo extraño,
ha puesto cactus y zarpadas hierbas.
Alienta del resuello del desierto
y ha amado con pasión de que blanquea,
que nunca cuenta y que si nos contase
sería como el mapa de otra estrella.
Vivirá entre nosotros ochenta años,
pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime,
y que le entienden solo bestezuelas.
Y va a morir en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con solo su destino por almohada,
de una muerte callada y *extranjera*”.

B E B E R

Al doctor Pedro de Alba

*Recuerdo gestos de criaturas
y eran gestos de darme el agua.*

En el valle de río Blanco,
en donde nace el Aconcagua,
llegué a beber, salté a beber
en el fueite de una cascada,
que caía crinada y dura,
y se rompía yerta y blanca.
Pegué mi boca al hervidero
y me quemaba el agua santa,
y tres días sangró mi boca
de aquel sorbo del Aconcagua.

En el campo de Mitla, un día
de cigarras, de sol, de marcha,
me doblé a un pozo y vino un indio
a sostenerme sobre el agua,
y mi cabeza como un fruto
estaba dentro de sus palmas.
Bebía yo lo que bebía,
que era su cara con mi cara,
y en un relámpago yo supe
carne de Mitla ser mi casta.

En la isla de Puerto Rico,
a la siesta de azul colmada,
mi cuerpo quieto, las olas locas,

y como cien madres las palmas,
rompió una niña por donaire
junto a mi boca un coco de agua,
y yo bebí como una hija,
agua de madre, agua de palma.
Y más dulzura no he bebido
con el cuerpo ni con el alma.

A la casa de mis niñeces
mi madre me traía el agua.
Entre un sorbo y el otro sorbo
la veía sobre la jarra.
La cabeza más se subía
y la jarra más se abajaba.
Todavía yo tengo el valle,
tengo mi sed y su mirada.
Será esto la eternidad
que aún estamos como estábamos.

*Recuerdo gestos de criaturas
y eran gestos de darme el agua.*

TODAS ÍBAMOS A SER REINAS

Todas íbamos a ser reinas,
de cuatro reinos sobre el mar:
Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad.

En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo y azafrán.

Lo decíamos embriagadas,
y lo tuvimos por verdad,
que seríamos todas reinas
y llegaríamos al mar.

Con las trenzas de los siete años,
y batas claras de percal,
persiguiendo tordos huidos
en la sombra del higueral.

De los cuatro reinos, decíamos,
indudables como el Corán,
que por grandes y por cabales
alcanzarían hasta el mar.

Cuatro esposos desposarían,
por el tiempo de desposar,
y eran reyes y cantadores
como David, rey de Judá.

Y de ser grandes nuestros reinos,
ellos tendrían, sin faltar,
mares verdes, mares de algas,
y el ave loca del faisán.

Y de tener todos los frutos,
árbol de leche, árbol del pan,
el guayacán no cortaríamos
ni morderíamos metal.

Todas íbamos a ser reinas,
y de verídico reinar;
pero ninguna ha sido reina
ni en Arauco ni en Copán.

Rosalía besó marino
ya desposado con el mar,
y al besador, en las Guaitecas,
se lo comió la tempestad.

Soledad crio siete hermanos
y su sangre dejó en su pan,
y sus ojos quedaron negros
de no haber visto nunca el mar.

En las viñas de Montegrande,
con su puro seno candeal,
mece los hijos de otras reinas
y los suyos no mecerá.

Efigenia cruzó extranjero
en las rutas, y sin hablar,
le siguió, sin saberle nombre,
porque el hombre parece el mar.

Y Lucila, que hablaba a río,
a montaña y cañaveral,
en las lunas de la locura
recibió reino de verdad.

En las nubes contó diez hijos
y en los salares su reinar,
en los ríos ha visto esposos
y su manto en la tempestad.

Pero en el valle de Elqui, donde
son cien montañas o son más,
cantan las otras que vinieron
y las que vienen cantarán:

“En la tierra seremos reinas,
y de verídico reinar,
y siendo grandes nuestros reinos,
llegaremos todas al mar”.

C O S A S

A Max Daireaux

I

Amo las cosas que nunca tuve
con las otras que ya no tengo.

Yo toco un agua silenciosa,
parada en pastos friolentos,
que sin un viento tiritaba
en el huerto que era mi huerto.

La miro como la miraba;
me da un extraño pensamiento,
y juego, lenta, con esa agua
como con pez o con misterio.

II

Pienso en umbral donde dejé
pasos alegres que ya no llevo,
y en el umbral veo una llaga
llena de musgo y de silencio.

III

Me busco un verso que he perdido,
que a los siete años me dijeron.
Fue una mujer haciendo el pan
y yo su santa boca veo.

IV

Viene un aroma roto en ráfagas;
soy muy dichosa si lo siento;
de tan delgado no es aroma,
siendo el olor de los almendros.

Me vuelve niños los sentidos;
le busco un nombre y no lo acierto,
y huelo el aire y los lugares
buscando almendros que no encuentro...

V

Un río suena siempre cerca.
Ha cuarenta años que lo siento.
Es cantarí de mi sangre
o bien un ritmo que me dieron.

O el río Elqui de mi infancia
que me repecho y me vadeo.
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,
como dos niños, nos tenemos.

V I

Cuando sueño la cordillera,
camino por desfiladeros,
y voy oyéndoles, sin tregua,
un silbo casi juramento.

V I I

Veo al remate del Pacífico
amorado mi archipiélago,
y de una isla me ha quedado
un olor acre de alción muerto...

V I I I

Un dorso, un dorso grave y dulce,
remata el sueño que yo sueño.
Es al final de mi camino
y me descanso cuando llego.

Es tronco muerto o es mi padre,
el vago dorso ceniciento.
Yo no pregunto, no lo turbo.
Me tiendo junto, callo y duermo.

Amo una piedra de Oaxaca
o Guatemala, a que me acerco,
roja y fija como mi cara
y cuya grieta da un aliento.

Al dormirme queda desnuda;
no sé por qué yo la volteo.
Y tal vez nunca la he tenido
y es mi sepulcro lo que veo...

L A O L A M U E R T A

D Í A

Día, día del encontrarnos,
tiempo llamado Epifanía.
Día tan fuerte que llegó
color de tuétano y mediodía,
sin frenesí sobre los pulsos
que eran tumulto y agonía,
tan tranquilo como las leches
de las vacadas con esquilas.

Día nuestro, por qué camino,
bulto sin pies, se allegaría,
que no supimos, que no velamos,
que cosa alguna lo decía,
que no silbamos a los cerros
y que él callado se venía.

Parecían todos iguales
y de pronto maduró un día.
Era lo mismo que los otros,
como son cañas y son olivas,
y a ninguno de sus hermanos,
como José, se parecía.

Le sonriamos entre los otros.
Tenga talla sobre los días,
como es el buey de grande alzada
y el carro frente a las gavillas.

Lo bendigan las estaciones,
nortes y sures lo bendigan,

y su padre, el año, lo escoja
para mástil de la vida.

No es un río ni es un país,
ni es un metal: se llama un día.
Entre los días de las grúas,
de las jarcias y de las trillas,
entre aparejos y faenas,
nadie lo nombra ni lo mira.

Lo bailemos y lo digamos
por galardón de Quien lo haría,
por gratitud de suelo y aire,
y por su río de agua viva,
antes que caiga como pavesa
y como cal que molerían
y se vuelquen hacia lo eterno
sus especies de maravilla.

¡Lo cosamos en nuestra carne,
en el pecho y en las rodillas,
y nuestras manos lo repasen,
y nuestros ojos lo distingán,
y nos relumbre por la noche
y nos conforte por el día,
como el cáñamo de las velas
y las puntadas de las heridas!

A D I Ó S

En costa lejana
y en mar de pasión,
dijimos adioses
sin decir *adiós*.
Y no fue verdad
la alucinación.
Ni tú la creíste
ni la creo yo,
“y es cierto y no es cierto”
como en la canción.

Que yendo hacia el sur
diciendo iba yo:
—Vamos hacia el mar
que devora al sol.

Y yendo hacia el norte
decía tu voz:
—Vamos a ver juntos
donde se hace el sol.
Ni por juego digas
o exageración
que nos separaron
tierra y mar, que son
ella, sueño y él
alucinación.

No te sueñes solo
ni pida tu voz
albergue para uno
al albergador.

Echarás la sombra
que siempre se echó,
morderás la duna
con paso de dos...

¡Para que ninguno,
ni hombre ni dios,
nos llame partidos
como luna y sol;
para que ni roca
ni viento errador,
ni río con vado
ni árbol sombreador,
aprendan y digan
mentira o error
del sur y del norte,
del uno y del dos!

AUSENCIA

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.
Se va mi cara en un óleo sordo;
se van mis manos en azogue suelto;
se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se te va todo, se nos va todo!

Se va mi voz, que te hacía campana
cerrada a cuanto no somos nosotros.
Se van mis gestos que se devanaban
en lanzaderas, delante de tus ojos.
Y se te va la mirada que entrega,
cuando te mira, el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:
como humedad de tu cuerpo evaporo.
Me voy de ti con vigilia y con sueño,
y en tu recuerdo más fiel ya me borro.
Y en tu memoria me vuelvo como esos
que no nacieron en llanos ni en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas
de tu labor, y en tu boca de mosto.
Tu entraña fuera, y sería quemada
en marchas tuyas que nunca más oigo,
y en tu pasión que retumba en la noche
como demencia de los mares solos.

¡Se nos va todo, se nos va todo!

M U R O

Muro fácil y extraordinario,
muro sin peso y sin color:
un poco de aire en el aire.

Pasan los pájaros de un sesgo,
pasa el columpio de la luz,
pasa el filo de los inviernos
como el resuello del verano;
pasan las hojas en las ráfagas
y las sombras incorporadas.

¿Pero no pasan los alientos,
pero el brazo no va a los brazos
y el pecho al pecho nunca alcanza!

VIEJO LEÓN

(Canción ajena)

“Tus cabellos ya son
blancos también;
miedo, la dura voz,
la boca, ‘amén’.

Tarde se averiguó,
tarde se ven
ojos sin resplandor,
sorda la sien.

Tanto se padeció
para aprender
apagado el fogón,
rancia la miel.

Mucho amor y dolor
para saber
canoso a mi león,
¡viejos sus pies!”.

ENFERMO

Vendrá del Dios alerta
que cuenta lo fallido.
Por diezmo no pagado,
rehén me fue cogido.
Por algún daño oscuro
así me han afligido.

Está dentro la noche,
ligero y desvalido,
como una corta fábula
su cuerpo de vencido.
Parece tan distante
como el que no ha venido,
el que me era cercano
como aliento y vestido.

Apenas late el pecho
tan fuerte de latido.
¡Y cae si yo suelto
su cuello y su sentido!

Me sobra el cuerpo vano
de madre recibido;
y me sobra el aliento
en vano retenido;
me sobran nombre y forma
junto al desposeído.

Afuera dura un día
de aire aborrecido.
Juega como los ebrios

el aire que lo ha herido.
Juega a diamante y hielo
con que cortó lo unido
y oigo su voz cascada
de destino perdido...

C R I A T U R A S

CANCIÓN DE LAS MUCHACHAS MUERTAS

(Recuerdo de mi sobrina Graciela)

¿Y las pobres muchachas muertas,
escamoteadas en abril,
las que asomáronse y hundiéronse
como en las olas el delfín?

¿A dónde fueron y se hallan
encuclilladas por reír,
agazapadas esperando
voz de un amante que seguir?

¿Borrándose como dibujos
que Dios no quiso reteñir
o anegadas poquito a poco
como en sus fuentes un jardín?

A veces quieren en las aguas
ir componiendo su perfil
y en las carnudas rosas-rosas
casi consiguen sonreír.

En los pastales acomodan
su talle y busto de ceñir,
y casi logran que una nube
les preste cuerpo por ardid.

Casi se juntan las deshechas;
casi llegan al sol feliz;

casi rompen la nuez del suelo
y van llegándose hasta mí.

Casi deshacen su traición
y caminan hacia el redil.
¿Y casi vemos en la tarde
el divino millón venir!

D E S H E C H A

Hay una congoja de algas
y una sordera de arenas,
un solapamiento de aguas
con un quebranto de hierbas.

Estamos bajo la noche
las criaturas completas:
los muros, blancos de fieles;
el pinar lleno de esencia,
una pobre fuente impávida
y un dintel de frente alerta.

Y mirándonos en ronda,
sentimos como vergüenza
de nuestras rodillas íntegras
y nuestras sienas sin mengua.

Cae el cuerpo de una madre
roto en hombros y en caderas;
cae en un lienzo vencido
y en unas tardas guedejas.

La oyen caer sus hijos
como la duna su arena;
en mil rayas soslayadas,
se va y se va por la puerta.

Y nadie para el estrago,
y están nuestras manos quietas,
mientras que bajan sus briznas
en un racimo de abejas.

Caen como abandonados
sus gestos que no sujeta
y su brazo se relaja,
y su color no se acuerda.

¡Y pronto va a estar sin nombre
la madre que aquí se mienta,
y ya no le convendrán
perfil ni casta, ni tierra!

Todavía ayer fue una
y se podía tenerla,
diciendo nombre verídico
a la madre verdadera.

De sien a pies, era una
como el compás o la estrella.
Ahora ya es el reparto
entre dos devanaderas
y el juego de toma y daca
entre Miguel y la tierra.

Entre orillas que se ofrecen,
vacila como las ebrias
y ahora sube tomada
de otro aire y otra ribera.

Se oye un duelo de orillas
por la madre que era nuestra:
una orilla que la toma
y otra que aún la jadea.

¡Llega al tendal dolorido
de sus hijos en la aldea,
el trance de su conflicto
como de un río en el delta!

C O N F E S I Ó N

I

—Pende en la comisura de tu boca,
pende tu confesión, y yo la veo:
casi cae a mis manos.

Di tu confesión, hombre de pecado,
triste de pecado, sin paso alegre,
sin voz de álamos, lejano de los que amas,
por la culpa que no se rasga como el fruto.

Tu madre es menos vieja
que la que te oye y tu niño es tan tierno
que lo quemas como un helecho si se la dices.

Yo soy vieja como las piedras para oírte,
profunda como el musgo de cuarenta años,
para oírte;
con el rostro sin asombro y sin cólera,
cargado de piedad desde hace muchas vidas,
para oírte.

Dame los años que tú quieras darme,
y han de ser menos de los que yo tengo,
porque otros ya, también sobre esta arena,
me entregaron las cosas que no se oyen en vano,
y la piedad envejece como el llanto
y engruesa el corazón como el viento la duna.

Di la confesión para irme con ella
y dejarte puro.

No volverás a ver el semblante que miras
ni oirás más la voz que te contesta
y volverás de nuevo a ser ligero,
al bajar las pendientes y al subir las colinas,
y besarás de nuevo sin zozobra
y jugarás con tu hijo en unas peñas de oro.

II

Ahora tú echa yemas y vive
días nuevos y que te ayude el mar con yodos.
No cantes más canciones que supiste
ni nombres los pueblos ni mientes los valles
que conocías ni sus criaturas.
Vuelve a ser el delfín y el buen petrel
loco de mar y el barco empavesado.

Pero siéntate un día
en otra duna, al sol, como me hallaste,
cuando tu hijo tenga ya treinta años,
y oye al otro que llega,
cargado como de alga el borde de la boca.
Pregúntale también con la cabeza baja,
y después no preguntes, sino escucha
tres días y tres noches.
¡Y recibe su culpa como ropas
cargadas de sudor y de vergüenza,
sobre tus dos rodillas!

JUGADORES

Jugamos nuestra vida
y bien se nos perdió.
Era robusta y ancha
como montaña al sol.

Y se parece al bosque
raído, y al dragón
cortado, y al mar seco,
y a ruta sin veedor.

La jugamos por nuestra,
como sangre y sudor,
y era para la dicha
y la resurrección.

Otros jugaban dados,
otros colmado arcón;
nosotros, los frenéticos,
jugamos lo mejor.

Fue más fuerte que vino
y que agua de turbión
ser en la mesa el dado
y ser el jugador.

Creímos en azares,
en el sí y en el no.
Jugábamos, jugando,
infierno y salvación.

No nos guarden la cara,
la marcha ni la voz,
ni nos hagan fantasma
ni nos vuelvan canción.

Ni nombre ni semblante
guarden del jugador.
¡Volveremos tan nuevos
como ciervo y alción!

Si otra vez asomamos,
si hay segunda ración,
traer, no traeremos
cuerpo de jugador.

LEÑADOR

Quedó sobre las hierbas
el leñador cansado,
dormido en el aroma
del pino de su hachazo.
Tienen sus pies majadas
las hierbas que pasaron.
Le canta el dorso de oro
y le sueñan las manos.
Veo su umbral de piedra,
su mujer y su campo.
Las cosas de su amor
caminan su costado
y las que nunca tuvo
le hacen como más casto,
y el muy dormido, duerme
sin nombre, como un árbol.

El mediodía punza
lo mismo que venablo.
Con una rama fresca
la cara le repaso.
Se viene de él a mí
su día como un canto
y mi día le doy
como pino cortado.

Regresando a la noche,
por ceguedad del llano,
oigo gritar mujeres
al hombre retardado;
y cae a mis espaldas

y tengo en cuatro dardos
nombre del que guardé
con mi sangre y mi hálito.

MUJERES CATALANAS

“Será que llama y llama vírgenes
la vieja mar epitalámica;
será que todas somos una
a quien llamaba Nausicaa”.

“Que besamos mejor en dunas
que en los umbrales de las casas,
probando boca y dando boca
en almendras dulces y amargas”.

“Podadoras de los olivos,
y moledoras de almendrada,
descendemos de Montserrat
por abrazar la marejada”.

A Margot Arce

Por si nunca más yo vuelvo
de la santa mar amarga
y no alcanza polvo tuyo
a la puerta de mi casa,
en el mar de los regresos,
con la sal en la garganta,
voy cantándote al perderme:
¡gracias, gracias!

Por si ahora hay más silencio
en la entraña de tu casa,
y se vuelve, anocheciendo,
la diorita sin mirada,
de la joven mar te mando,
en cien olas verdes y altas,
Beatrices y Leonoras,
y Leonoras y Beatrices,
a cantar sobre tu costa:
¡gracias, gracias!

Por si pones al comer
plato mío, miel, naranjas;
por si cantas para mí,
con la roja fe insensata;
por si mis espaldas ves
en el claro de las palmas,
para ti dejo en el mar:
¡gracias, gracias!

Por si roban tu alegría
como casa transportada;
por si secan en tu rostro
el maná que es de tu raza,
para que en un hijo tuyo
vuelvas en segunda albada,
digo vuelta hacia el oeste:
¡gracias, gracias!

Por si no hay después encuentros
en ninguna Vía Láctea,
ni país donde devuelva
tu piedad de blanco llama,
en el hoyo que es sin párpado
ni pupila, de la nada,
oigas tú mis dobles gritos,
y te alumbren como lámparas
y te sigan como canes:
¡gracias, gracias!

Para tallarte
gruta de plata
o hacerte el puño
de la granada,
en donde duermas
profunda y alta,
y de la muerte seas librada,
en mitad del mar yo canto:
¡gracias, gracias!

Para mandarte
oro en la ráfaga
y hacer metal
mi bocanada,

y crearte ángeles
de una palabra,
canto vuelta al oeste:
¡gracias, gracias!

VIEJA

Ciento veinte años tiene, ciento veinte,
y está más arrugada que la tierra.
Tantas arrugas lleva que no lleva otra cosa
sino alforzas y alforzas como la pobre estera.

Tantas arrugas se hizo como la duna al viento,
y se está al viento que la empolva y pliega;
tantas arrugas muestra que le miramos solo
sus escamas de pobre carpa eterna.

Se le olvidó la muerte inolvidable,
como un paisaje, un oficio, una lengua.
Y a la muerte también se le olvidó su cara,
porque se olvidan las caras sin cejas...

Arroz nuevo le llevan en las dulces mañanas;
fábulas de cuatro años al servirle le cuentan;
aliento de quince años al tocarla le ponen;
cabellos de veinte años al besarla le allegan.

Mas la misericordia que la salva es la mía.
Yo le regalaré mis horas muertas
y aquí me quedaré por la semana,
pegada a su mejilla y a su oreja.

Diciéndole la muerte lo mismo que una patria;
dándosela en la mano como una tabaquera;
contándole la muerte como se cuenta a Ulises,
hasta que me la oiga y me la aprenda.

“La Muerte”, le diré al alimentarla;
y “La Muerte”, también, cuando la duerma;
“La Muerte”, como el número y los números,
como una antífona y una secuencia.

Hasta que alargue su mano y la tome,
lúcida entera en vez de soñolienta,
abra los ojos, la mire y la acepte,
y despliegue la boca y se la beba.

Para que al fin se doble de obediencia
y de una gran dulzura se disuelva,
con la ciudad fundada el año suyo
y el barco que lanzaron en su fiesta.

Y yo pueda sembrarla lealmente,
como se siembran maíz y lenteja,
donde a tiempo las otras se sembraron,
más dóciles, más prontas y más frescas.

Su corazón aflojado soltando,
y su nuca acostando sobre arena,
las viejas que pudieron no morir:
Clara de Asís, Catalina y Teresa.

P O E T A

A Antonio Aita

“En la luz del mundo
yo me he confundido.
Era pura danza
de peces benditos
y jugué con todo
el azogue vivo.
Cuando la luz deajo,
quedan peces lívidos
y a la luz frenética
vuelvo enloquecido”.

“En la red que llaman
la noche, fui herido,
en nudos de Osas
y luceros vivos.
Yo le amaba el coso
de lanzas y brillos,
hasta que por red
me la he conocido
que pescaba presas
para los abismos”.

“En mi propia carne
también me he afligido.
Debajo del pecho
me daba un vagido.
Y partí mi cuerpo
como un enemigo,

para recoger
entero el gemido”.

“En límite y límite
que toqué fui herido.
Los tomé por pájaros
del mar, blanquecinos.
Puntos cardinales
son cuatro delirios...
Los anchos alciones
no traigo cautivos
y el morado vértigo
fue lo recogido”.

“En los filos altos
del alma he vivido:
donde ella espejea
de luz y cuchillos,
en tremendo amor
y en salvaje ímpetu,
en grande esperanza
y en rasado hastío.
Y por las cimeras
del alma fui herido”.

“Y ahora me llega
del mar de mi olvido
ademán y seña
de mi Jesucristo,
que como en la fábula,
el último vino,
y en redes ni cañamos
ni lazos me ha herido”.

“Y me doy entero
al Dueño divino
que me lleva como
un viento o un río,
y más que un abrazo
me lleva ceñido,
en una carrera
en que nos decimos
nada más que ¡Padre!
y nada más que ¡Hijo!”.

PALOMAS

En la azotea de mi siesta
y al mediodía que la agobia,
dan conchitas y dan arenas
las pisadas de las palomas...

La siesta blanca, la casa terca
y la enferma que abajo llora,
no oyen anises ni pespuntos
de estas pisadas de palomas.

Levanto el brazo con el trigo,
vieja madre consentidora,
y me canta y me reverbera
el cuerpo lleno de palomas.

Todavía tres me sostengo
y les oigo la lucha ronca,
hasta que vuelan aventadas
y me queda paloma sola...

Ya no oigo voces que llaman,
no sufro siesta que sofoca:
¡epifanía de mi falda,
paloma, paloma!

C A N C I O N E S

D E C U N A

A Amira de la Rosa

Mientras tiene luz el mundo
y despierto está mi niño,
por encima de su cara,
todo es un hacerse guiños.

Guiños hace la alameda
con sus dedos amarillos
y tras de ella vienen nubes
con piruetas de cabritos.

La cigarra, al mediodía,
con el frote le hace guiño
y la maña de la brisa
guiña con su pañalito.

Al venir la noche hará
guiño socarrón el grillo
y en saliendo las estrellas,
me le harán sus santos guiños.

Yo le digo a la otra madre,
a la llena de caminos:
“Haz que duerma tu pequeño
para que se duerma el mío”.

Y la muy consentidora,
la rayada de caminos,
me contesta: “Duerme al tuyo
para que se duerma el mío”.

S E M I L L A

A Paula Alegría

I

Duerme, hijito, como semilla
en el momento de sembrar,
en los días de encañadura
o en los meses de ceguedad.

Duerme, huesito de cereza,
y bocadito de chañar,
color quemado, color ardido
de la mejilla de Simbad.

Duerme lo mismo que la fábula
que hace reír y hace llorar,
por menudito y friolero
como que estás y que no estás...

II

Cuerpecito donde espejean
las cosas grandes que vendrán,
con el pecho lleno de luna
partido en tierras por arar.

Con el brazo dado a los remos
de quebracho y de guayacán,

y la flecha para la sierra
en donde cazan el faisán.

Duerme, heredero de aventuras
que se vinieron por el mar;
ahijado de antiguos viajes
de Colón y de Gengis Kan.

Heredero de adoraciones,
que al hombre queman y al copal,
y de signo de Jesucristo
repartidor del pez y el pan..

NIÑO RICO

Yo no despierto a mi dormido
la Noche Buena de Belén,
que ahora sueña la Etiopía
desde su loma del Petén...

Me quedo sola y no despierto
al que está viendo lo que ve:
las palomas, las codornices,
el ave mirto, el aguamiel.

El amate cobija raza,
la palmera cura-la-sed,
el pez-arcángel del Caribe
y su quetzal maya quiché.

Yo no despierto a mi dormido
para dormírmelo otra vez,
arrebatarle maravilla
y no saberla devolver..

Sueño mío me lo rompieron.
Yo no he vuelto a dormir después,
y todavía cuando lloro
lloro mi noche de Belén.

NIÑO CHIQUITO

A Fernanda de Castro

Absurdo de la noche,
burlador mío,
sí-es no-es de este mundo,
niño dormido.

Aliento angosto y ancho
que oigo y no miro,
almeja de la noche
que llamo hijo.

Filo de largo vuelo,
filo de silbo,
filo de larga estrella,
niño dormido.

A cada hora que duermes,
más ligerito.
Pasada medianoche,
ya apenas niño.

Es pesa losa, techo
pesado, lino
áspero, canto duro,
sobre mi hijo.

Aire insensato, estrellas
hirvientes, río

terco, porfiado búho,
sobre mi hijo.

En la noche tan grande,
tan poco niño,
tan poca prueba y seña,
tan poco signo.

Vergüenza tanta noche
y tanto río,
y tanta madre tuya,²²
niño dormido...

Achicarse la tierra
con sus caminos,
aguzarse la esfera
palpando niño.

¿Mudársete la noche
en lo divino,
yo en la urna del sueño,
hijo dormido!

SUEÑO GRANDE

A Adela Formoso de Obregón

A niño tan dormido
no me le recordéis.
Dormía así en mi entraña
con mucha dejadez.

Yo lo saqué del sueño
de todo su querer
y ahora se me ha vuelto
a dormir otra vez.

La frente está parada
y las sienes también.
Los pies son dos almejas
y los costados pez.

Rocío tendrá el sueño,
que es húmeda su sien.
Tendrá música el sueño
que le da su vaivén.

Resuello se le oye
en agua de correr;
pestañas se le mueven
en hoja de laurel.

Les digo que lo dejen
con tanto y tanto bien,

hasta que se despierte
de solo su querer...

El sueño se lo ayudan
el techo y el dintel,
la tierra que es Cibele,
la madre que es mujer.

A ver si yo le aprendo
dormir que me olvidé
y se lo aprende tanta
despierta cosa infiel.

Y nos vamos durmiendo
como de su merced,
de sobras de ese sueño,
hasta el amanecer...

CANCIÓN DE LA SANGRE

Duerme, mi sangre única
que así te doblaste,
vida mía, que se mece
en rama de sangre.

Musgo de unos sueños míos
que te me cuajaste,
duerme así, con tus sabores
de leche y de sangre.

Hijo mío, todavía
sin piñas ni agaves,
volteando en este pecho
granadas de sangre.

Sin sangre tuya, latiendo
de la que tomaste,
durmiendo así, tan completo
de leche y de sangre.

Cristal dando unos traslucos
y luces de sangre;
fanal que alumbra y me alumbra
con mi propia sangre.

Mi semillón soterrado
que te levantaste;
estándarte en que se para
y cae mi sangre.

Camina, se aleja y vuelve
a recuperarme.

Juega en la duna, echa
sombra y es mi sangre.

¡En la noche, si me pierde,
lo trae mi sangre!

¡Y en la noche, si lo pierdo,
lo hallo por su sangre!

MADRE NIÑA

A Carlos Préndez

Los que pasan
igual que ayer,
ven el patio
con el maitén;
miran la parra
moscatel.
¡Y a mi niño
no ven, no ven!

Tanto se apega
a la mujer,
aparragado
como el llantén,
sin grito y llanto
que hagan volver
a los arrieros
que lo han de ver.

Salgo al camino
de una vez,
loca perdida
de mujer,
y lo voceo
como agua o miel,
y lo voleo
como a la mies.
¡Y al aire vuela
mi laurel!

Bajan y bajan
en tropel,
a ver redoma
con su pez
y medallita
de revés:
niña de trenzas
ya mujer.
Tiran pañales
para entender.
¡Y al hijo mío
al fin lo ven!

D O R M I D A

Meciendo mi carne,
meciendo a mi hijo,
voy moliendo el mundo
con mis pulsos vivos.

El mundo, de brazos
de mujer molido,
se me va volviendo
vaho blanquecino.

El bulto del mundo,
por techo y por vidrios,
entra hasta mi cuarto,
cubre madre y niño.

Son todos los cerros
y todos los ríos,
todo lo creado,
todo lo nacido...

Yo mezo, yo mezo
y veo perdido
cuerpo que me dieron,
lleno de sentidos.

Ahora no veo
ni cuna ni niño,
y el mundo me tengo
por desvanecido..

¡Grito a Quien me dio
el mundo y el hijo,
y entonces despierto
de mi propio grito!

ENCARGOS

A Amalia Castillo Ledón

Le he rogado al almud de trigo
guarde la harina sin agriura
y a los vinos que, cuando beba,
no me le hagan sollamadura.
Y vino y trigo que me oían
se movieron como quien jura...

Grité en la peña al oso negro,
al que llamamos sin fortuna,
que si sube despeñadero,
no me lo coma bestia alguna.
Y el oso negro prometía
con su lomo sin sol ni luna...

Tengo dicho a la oreja crespa
de la cicuta, que es impura,
que si la muerde, no lo mate,
aunque su flor esté madura.
Y la cicuta, comprendiendo,
se movía, jura que jura...

Y mandado le tengo al río,
que es agua mala, de conjura,
que le conozca y no le ahogue,
cuando le cruce embocadura.
Y en ademán de espuma viva,
el río malo me lo jura...

Ando en el trance de mostrarlo
a las cosas, una por una,
y las mujeres se me ríen
del sacar niño de la cuna,
aunque viven a lluvia y aire
la granada con la aceituna.

Cuando ya estamos de regreso
a la casa de nuez oscura,
yo me pongo a rezar al mundo,
como quien punza y lo apresura,
para que el mundo, como madre,
sea loco de mi locura,
¡y que salte del mismo gozo
que el niño de mi cintura!

L A C U E N T A M U N D O

LA CUENTA MUNDO

Niño pequeño, aparecido,
que no viniste y que llegaste,
te contaré lo que tenemos
y tomarás de nuestra parte.

EL AIRE

Esto que pasa y que se queda
esto es el aire, esto es el aire,
que sin boca que tú le veas,
te toma y besa, padre amante.
Ay, le rompemos sin romperle;
herido vuela sin quejarse,
y parece que a todos lleva
y a todos deja, por bueno, el aire...

LA LUZ

Por los aires anda la luz
que para verte, hijo, me vale.
Si no estuviese, todas las cosas
que te aman no te mirasen;
en la noche te buscarían,
todas gimiendo y sin hallarte.

Ella se cambia, ella se trueca
y nunca es cosa de saciarse.
Amar el mundo nos creemos,
pero amamos la luz que cae.

La bendita, cuando nacías,
tomó tu cuerpo para llevarte.
Cuando yo muera y que te deje,
¡síguela, hijo, como a tu madre!

A L O N D R A S

Bajaron a mancha de trigo,
y al acercarnos, voló la banda,
y la alameda se quedó
del azoro como rasgada.

En matorrales parecen fuego
y volando, plata lanzada,
y pasan antes de que pasen,
y te rebanan la alabanza,
y todavía, de viento arriba,
cae a nosotros la gorgéada...

No saben más los pobres ojos
que pasó toda la bandada,
y gritando llaman ¡alondras!
a lo que sube, se pierde y canta.

Y en este aire malherido
nos han dejado llenos de ansia,
con el asombro y el temblor
a mitad del cuerpo y el alma...

¡Alondras, hijo, nos cruzamos
cien alondras, por la llanada!

MONTAÑA

Hijo mío, tú subirás
con el ganado la montaña.
Pero mientras yo te arrebato,
yo te llevo sobre mi espalda.

Apuñada y negra la vemos
como mujer enfurruñada;
vive sola de todo tiempo,
pero nos ama la montaña,
y hace señales de subir
y tira gestos con que nos llama...

Trepamos, hijo, los faldeos,
llenos de robles y de hayas.
El viento junta ramas y hierbas
y balancea la montaña,
y van los brazos de tu madre
abriendo grandes moños de zarzas.

Mirando al llano, que está ciego,
ya no vemos río ni casa.
Pero tu madre sabe subir,
perder la tierra, y volver salva.
Pasan las nieblas en trapos rotos;
se borra el mundo cuando pasan.

Subimos tanto que ya no quieres
seguir y todo te sobresalta.
Pero del alto Pico del Toro,
nadie desciende cuando lo alcanza.

El sol, hijo, como el faisán,
de una vez salta la montaña
y de una vez baña de oro
los dos cuerpos que eran fantasmas
y enseña el mundo gajo a gajo
en redonda fruta mondada.

EL AGUA

¡Niñito mío, qué susto tienes
con el agua adonde te traje,
y todo el susto por el gozo
de la cascada que se reparte!
Cae y cae como mujer,
ciega en espuma de pañales.
Esta es el agua, esta es el agua,
santa que vino de pasaje.
Corriendo va con cuerpo bajo
y con espumas de señales.
En un momento se allegó
y en un momento queda distante.
Y pasando se lleva el campo
y lleva el niño con su madre...
¡Beben del agua dos orillas,
bebe la sed de sorbos grandes,
beben ganados y yuntadas,
y no se acaba el agua amante!

ANIMALES

Las bestiecitas te rodean
y te balan olfateándote.
De otra tierra y otro reino,
llegarían los animales,
que parecen niños perdidos,
niños oscuros que cruzasen.
En sus copos de lana y crines,
o en sus careyes relumbrantes,
los cobrizos y los jaspeados
bajan el mundo a pinturrearte.
¡Niño del Arca, jueguen contigo,
jueguen su ronda, los animales!

MARIPOSAS

Al valle que llaman de Muzo,²³
que lo llamen valle de bodas.
Mariposas anchas y azules
vuelan, hijo, la tierra toda.
Azulea tendido el valle,
en una siesta que está loca
de colinas y de palmeras
que van huyendo luminosas.
El valle que te voy contando
como el cardo azul se deshoja,
y en mariposas aventadas
se despoja y no se despoja...

23 El valle de Muzo, en Colombia, es el de las esmeraldas y las mariposas, y lo llaman un “fenómeno de color”.

En tanto azul, apenas ven
naranjas y piñas las mozas,
y se abandonan, mareadas,
al columpio de mariposas.
Las yuntas pasan aventando
con el yugo, llamas redondas,
y las gentes al encontrarse
se ven ligeras y azulosas,
y se abrazan muy azoradas
de ser ellas y de ser otras...

El sol que llaman quémalo todo
quema suelo, no mariposas.
Salen los hombres a cazarlas,
cogen en redes la luz rota,
y de las redes azogadas
sacan manos que son gloriosas,
y al volver con el cielo muerto,
el cielo vivo les hace ronda...

Parece fábula que cuento
y que de ella arda mi boca;
pero el milagro se repite
donde al aire llaman Colombia.
Cuéntalo y cuéntalo me embriago.
Veo azules, hijo, tus ropas,
azul mi aliento, azul mi falda,
y ya no veo más otra cosa...

F R U T A

En el pasto blanco de sol,
suelto la fruta derramada.

De los Brasiles viene el oro,
en prietos mimbres donde canta:
de los Brasiles, niño mío,
mandan la siesta arracimada.
Extiendo el rollo de la gloria:
rueda el color con la fragancia.

Gateando sigues las frutas,
como niñas que se desbandan,
y son los nísperos fundidos
y las locas piñas tatuadas...

Y todo huele a los Brasiles,
pecho del mundo que lo amamanta,
que, a no tener el mar Atlántico,
rebosaría de su falda...

Tócalas, bésalas, voltéalas
y les aprendes todas sus caras.
Soñarás, hijo, que tu madre
tiene facciones abrasadas,
que es la noche canasto negro
y que es frutal la Vía Láctea...

P I N A R

Vamos cruzando ahora el bosque
y por tu cara pasan árboles,
y yo me paro y yo te ofrezco,
pero no pueden abajarse.
La noche tiende sus criaturas,
menos pinares que son constantes,
viejos heridos mana que mana
gomas santas, tarde a la tarde.
Si ellos pudieran te cogerían,
para llevarte de valle en valle,
y pasarías de brazo en brazo,
corriendo, hijo, de padre en padre...

F U E G O

Como la noche ya se vino
y con su raya va a borrarte,
vamos a casa por el camino
de los ganados y del arcángel.
Ya encendieron en casa el fuego
y en espinos montados arde.
Este es el fuego que mataría
y solo sabe solazarte.
Salta en aves rojas y azules;
puede irse y quiere quedarse.
En donde estabas, lo tenías.
Está en mi pecho sin quemarte
y está en el canto que estoy cantando:
¡ámalo donde lo encuentres!
En la noche, el frío y la muerte,
bueno es el fuego para adorarse,

¡y es bendito para seguirlo,
hijo mío, de ser arcángel!

L A C A S A

La mesa, hijo, está tendida,
en blancura quieta de nata,
y en cuatro muros azulea,
dando relumbres, la cerámica.
Esta es la sal, este el aceite
y al centro el pan que casi te habla.
Oro más lindo que oro del pan
no está ni en fruta ni en retama,
y es su olor de horno y de espiga
el de una dicha que no sacia.
Lo partimos, hijito, juntos,
con dedos duros y palma blanda,
y te lo miras asombrado
de tierra negra que da flor blanca.

Baja la mano de comer,
que tu madre también la baja.
Los trigos, hijo, son del aire
y son del sol y de la azada;
pero este pan “cara de Dios”
no llega a mesas de las casas.
Y si otros niños no lo tienen,
mejor, mi hijo, no lo tocáramos:
y no morderlo mejor sería
con una boca atribulada.
Hijo, el hambre, cara de mueca,
en remolino gira las parvas.

De un lado va carro de trigo,
del otro, el hambre corcovada.
Para que lo halle, si ahora entra,
el pan dejemos hasta mañana
y el fuego ardiendo pinte la puerta,
que el indio quechua nunca cerraba,
y yo oiga comer al hambre,
para dormirme con cuerpo y alma.

LA TIERRA

Niño indio, si estás cansado,
tú te acuestas sobre la tierra,
y lo mismo si estás alegre,
hijo mío, juega con ella...

Se oyen cosas maravillosas
al tambor indio de la tierra:
se oye el fuego que sube y baja
buscando el cielo, y no sosiega.
Rueda y rueda, se oyen los ríos
en cascadas que no se cuentan.
Se oye mugir los animales;
se oye el hacha comer la selva.
Se oyen sonar telares indios.
Se oyen trillas, se oyen fiestas.

Donde el indio lo está llamando,
el tambor indio le contesta,
y tañe cerca y tañe lejos,
de que huye y de que regresa...
Todo lo carga, todo lo toma
y no hay tesoro que lo pierda,

y lleva a cuestras lo que duerme,
lo que camina y que navega,
y lleva a vivos y lleva a muertos
el tambor indio de la tierra.

Cuando muera, no llores, hijo:
pecho a pecho ponte con ella;
te sujetas pulso y aliento
como que todo o nada fueras,
y la madre que viste rota
la sentirás volver entera,
y oirás, hijo, día y noche,
¿caminar viva tu madre muerta!

A L B R I C I A

*A Yin Yin, a Juan, a Gloria, a Gustavo,
a Emita, a María Rosa, a Carucha
y a Monserrat, niños a medio crecer.*

L A M A N C A

Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó en la arena,
y que la arena se la tragó el mar.
Y que del mar la pescó un ballenero
y que el ballenero llegó a Gibraltar;
y que en Gibraltar cantan pescadores:
“Novedad de tierra sacamos del mar,
novedad de un dedito de niña:
¡la que esté manca lo venga a buscar!”.

Que me den un barco para ir a traerlo,
y para el barco me den capitán,
para el capitán que me den soldada,
y que él por soldada pide la ciudad:
Marsella con torres y plazas y barcos,
de todo el mundo la mejor ciudad,
que no será hermosa con una niñita
a la que robó su dedito el mar,
y a que balleneros en pregones cantan
y están esperando sobre Gibraltar...

LA PAJITA

Ésta que era una niña de cera;
pero no era una niña de cera,
era una gavilla parada en la era.
Pero no era una gavilla
sino la flor tiesa de la maravilla.
Tampoco era la flor sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.
No era un rayito de sol siquiera:
una pajita dentro de mis ojitos era.

¡Alléguese a mirar cómo he perdido entera,
en este lagrimón, mi Pascua verdadera!

EL PAPA GAYO

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y azafrán,
me dijo “fea” con su habla gangosa
y con su pico que es de Satanás.

Yo no soy fea, que si fuese fea,
fea es mi madre parecida al sol,
fea la luz en que mira mi madre
y feo el viento en que pone su voz,
y fea el agua en que cae su cuerpo
y feo el mundo y Él que lo crio...

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y tornasol,
me dijo “fea” porque no ha comido
y el pan con vino se lo llevo yo,
que ya me voy cansando de mirarlo
siempre colgado y siempre tornasol...

EL PAVO REAL

Que sopló el viento y se llevó las nubes
y que en las nubes iba un pavo real,
que el pavo real era para mi mano
y que la mano se me va a secar,
y que mi mano la di esta mañana
al rey que vino para desposar.

¡Ay que el cielo, ay que el viento y la nube
que se van con mi pavo real!

L A R A T A

Una rata corrió a un venado
y los venados al jaguar,
y los jaguares a los búfalos,
y los búfalos a la mar...

¡Pillen, pillen a los que se van!
¡Pillen a la rata, pillen al venado,
pillen a los búfalos y a la mar!

Miren que la rata de la delantera
se lleva en las patas lana de bordar,
y con la lana bordo mi vestido,
y con el vestido me voy a casar.

¡Sigán y sigan la llanada,
corran sin aliento, corran sin parar!
¡Salga el cortejo de la novia;
vuele al aire su velo nupcial;
vuelen campanas, vuelen torres
por las bodas en la catedral!

D O S C U E N T O S

LA MADRE GRANADA

(Plato de cerámica de Chapelle-aux-Pots)

Contaré una historia en mayólica
rojo púrpura y rojo encarnada,
en mayólica mía, la historia
de Madre Granada.

Madre Granada estaba vieja,
requemada como un panecillo;
mas la consolaba su real corona,
larga codicia del membrillo.

Su profunda casa tenía partida
por delgadas lacas
en naves donde andan los hijos
vestidos de rojo escarlata.

Con pasión de rojezes, les puso
la misma casulla encarnada.
Ni nombre les dio ni los cuenta nunca,
para no cansarse, la Madre Granada.

Dejó abierta la puerta,
la congestionada,
soltó el puño ceñido,
de sostener las mansiones, cansada.

Y se fueron los hijos
de la empurpurada.

Quedose durmiendo y vacía
la Madre Granada...

Iban como las hormigas,
estirándose en ovillos,
iguales, iguales, iguales,
río escarlata de monaguillos.

A la catedral solemne llegaron,
y abriendo la gran puerta herrada,
entraron como langostinos
los hijos de Madre Granada.

En la catedral eran tantas naves
como cámaras en las granadas,
y los monaguillos iban y venían
en olas y olas encontradas.

Un cardenal rojo decía el oficio
con la espalda vuelta de los armadillos.
A una vez se inclinaba o se alzaba
el millón de los monaguillos.

Los miraban los rojos vitrales,
desde lo alto, con viva mirada,
como treinta faisanes de roja
pechuga asombrada.

Las campanas se echaron a vuelo;
despertaron todo el vallecillo.
Sonaban en rojo y granate,
como cuando se quema el castillo.

Al escándalo de los bronce
fueron saliendo en desbandada
y en avenida bajaron la puerta
que parecía ensangrentada.

La ciudad se levanta tarde
y la pobre no sabe nada.
Van los hijos dejando las calles;
entran al campo a risotadas...

Llegan a su tronco, suben en silencio,
entran al estuche de Madre Granada,
y tan callados se quedan en ella
como la piedra de la Kaaba.

Madre Granada despertose llena
de su millón rojo y sencillo;
se balanceó por estar segura;
pulsó su pesado bolsillo.

Y como iba contando y contando,
de incredulidad, la Madre Granada,
estallaron en risa los hijos
y ella se partió de la carcajada.

La granada partida en el huerto
era toda una fiesta incendiada.
La cortamos, guardando sus fueros
a la coronada...

La sentamos en un plato blanco,
que asustó su rojez insensata.
Me ha contado su historia, que pongo
en rojo escarlata.

EL PINO DE PIÑAS

El alto pino que no acaba
y que resuena como un río,
desde el cogollo a lo sombrío,
sus puñitos balanceaba.

Unos puñitos olorosos,
apretados de su secreto,
y al negro pino recoleto
tanta piña le daba gozo.

Bajo el pino que la cubría,
Madrecita Burla habitaba
y la vieja feliz criaba
enanito que no se veía.

Del tamaño de la lenteja,
y que nunca más le crecía,
y en su bolsillo se dormía
ronroneando como abeja.

Cuando a la aldea iba la vieja,
de cascabel se lo ponía,
y lo guardaba, si llovía,
dentro del pliegue de su oreja...

O como rama con madroño,
con su vaivén de trotecito,
le cosquilleaba el colgadito,
o se soltaba de su moño...

El enano miraba pinos
que se iban y se venían,
por saberse lo que cogían
en sus cien puñitos endrinos.

Y una vez que la madrecita
lo dejó por adormilado,
se subió al empingorotado
y se encontró cosa bendita.

Topando la piña primera,
entró sin doblar la cabeza
y gritó, loco de sorpresa,
al encontrar iglesia entera.

Oyó una música lejana;
vio arder la cera muy contrita,
y con su mano de arañita,
tomó temblando agua cristiana.

Y a la pila de nuez de plata,
vino un obispo que era de oro
y bautizó al enano moro
mojando su nuca de rata.

Se abrió una puerta pequeñita,
entró una niña más pequeña,
y se allegó como una seña
a saltos de catarinita.²⁴

24 Nombre que se da en México a la mariquita chilena y a la *coccinelle* francesa.

Vio que a su pecho no llegaba
y de confusa estaba roja,
y se dobló como una hoja,
porque era que le saludaba.

En el altar, de gran tesoro,
el obispo, tieso y atónito,
bendijo los novios de acónito
y soltó música del coro.

La catedral dio un gran crujido
y se partió en castaña añeja
y lanzó el pino su pareja
sin daño, como cae el nido.

La Madre Burla dormitaba,
tendida al sol como una almeja,
y al despertar tocó en su ceja
una cosa que era doblada...

Y trepaditos a su oído
los dos le dieron testimonio
de bautizo y de matrimonio,
y ella lloró del sucedido.

Y con los años que vinieron
les nació un niño y una niña;
cada uno subió a una piña
en donde bautizados fueron.

Y cuenta boca contadora
que aumentó la enana raza
igual que cunde la mostaza
y que prende la zarzamora...

R E C A D O S

Mi amigo me escribe: "Nos nació una niña".
La carta esponjada me llega
de aquel vagido. Y yo la abro y pongo
el vagido caliente en mi cara.

Les nació una niña con los ojos suyos,
que son tan bellos cuando tiene dicha,
y tal vez con el cuello de la madre
que es parecido a cuello de vicuña.

Les nació de sorpresa una noche
como se abre la hoja del plátano.
No tenía pañales cortados
la madre y rasgó el lienzo al dar su grito.

Y la chiquita se quedó una hora
con su piel de suspiro,
como el niño Jesús en la noche,
lamida del Géminis, el León y el Cangrejo,
cubierta del Zodíaco de enero.

Se la pusieron a la madre al pecho
y ella se vio recién nacida,
con una hora de vida y los ojos
pegados de cera...

Le decía al bultito los mismos primores
que María la de las vacas y María la de las cabras:

“Conejo cimarrón”, “Suelta de talle”.²⁵
Y la niña gritaba pidiéndole
volver donde estaba sin las estaciones...

Cuando abrió los ojos,
la besaron los monstruos arribados:
la tía Rosa, la “China” Juana,
dobladas como los grandes quillayes
sobre la perdiz de dos horas.

Y volvió a llorar despertando vecinos,
noticiando al barrio,
importante como la Armada Británica,
sin querer aplacarse hasta que todos hubiesen sabido...

Le pusieron mi nombre,
para que coma salvajemente fruta,
quiebre las hierbas donde repose
y mire el mundo tan familiarmente
como si ella lo hubiese creado, y por gracia...

Mas añadieron en aquel conjuro
que no tenga nunca mi suelta imprudencia,
que no labre panales para osos
ni se ponga a azotar a los vientos...

Pienso ahora en las cosas pasadas,
en esa noche cuando ella nacía
allá en un claro de mi cordillera.

25 Expresión popular chilena que quiere decir desparpajada y donairoso a la vez.

Yo soñaba una higuera de Elqui
que manaba su leche en mi cara.
El paisaje era seco, las piedras
mucho sed y la siesta, una rabia.

Me he despertado y me ha dicho mi sueño:
“Lindo suceso camina a tu casa”.

Ahora les escribo los encargos:
no me le opriman el pecho con faja.
Llévenla al campo verde de Aconcagua,
pues quiero hallármela bajo un aroma
en desorden de lanas, y como encontrada.

Guárdenle la cerilla del cabello,
porque debo peinarla la primera
y lamérsela como vieja loba.
Mézanla sin canto, con el puro ritmo
de las viejas estrellas.

Ojalá que hable tarde y que crezca poco;
como la manzanilla está bien.
Que la parturienta la deje
bajo advocación de Marta o Teresa.
Marta hacía panes
para alimentar al Cristo hambreado
y Teresa gobernó sus monjas
como el viejo Fabre sus avispas bravas...

Yo creo volver para Pascua
en el tiempo de tunas fundidas
y cuando en vitrales arden los lagartos.
Tengo mucho frío en Lyon
y me abrigo nombrando el sol de Vicuña.

Me la dejarán unas noches
a dormir conmigo.
Ya no tengo aquellas pesadillas duras
y con el armiño, me duermo tres meses.

Dormiré con mi cara tocando
su oreja pequeña,
y así le echaré soplo de Sibila.
(Kipling cuenta de alguna pantera
que dormía olfateando un granito
de mirra pegado en su pata...).²⁶

Con su oreja pequeña en mi cara,
para que si me muero, me sienta,
pues estoy tan sola
que se asombra de que haya mujer así sola
el cielo burlón,
y se para en tropel el Zodíaco
a mirar si es verdad o si es fábula
esta mujer que está sola y dormida.

²⁶ Kipling no cuenta nada... Cita para honrar a Don Palurdo, gran citador.

RECADO A LOLITA ARRIAGA EN MÉXICO

Lolita Arriaga, de vejez divina,
Luisa Michel sin humo y barricada,
maestra parecida a pan y aceite
que no saben su nombre y su hermosura,
pero que son los “gozos de la tierra”.

Maestra en tiempo rojo de vikingos,
con escuela ambulante entre vivacs y rayos,
cargando la pollada de niños en la falda
y sorteando las líneas de fuego con las liebres.

Panadera en la aldea sin pan, que tomó Villa,
para que no lloraran los chiquitos, y en otra
aldea del azoro, partera a medianoche,
lavando al desnudito entre los silabarios.

O escapando en la noche del saqueo
y el pueblo ardiendo, vuelta salamandra,
con el recién nacido colgado de los dientes
y en el pecho terciadas las mujeres.

Providencia y perdón de tus violentos,
cuyas corvas azota Huitzilopochtli, el negro,
“porque todos son buenos, alanceados del diablo
que anda a zancadas a medianoche haciendo locos...”.

Comadre de las cuatro preñadas estaciones,
que sabes mes de mangos, de mamey y de caña,
mañas de raros árboles, trucos de injertos vírgenes;
floreale y frutale con la Cibeles madre.

Contadora de “casos” de iguanas y tortugas,
de bosques duros alanceados de faisanes,
de ponientes partidos por cuernos de venado
y del árbol que suda el sudor de la muerte.

Vestida de tus fábulas como jaguar de rosas,
cortándolas de ti por darlas a los otros
y tejiéndome a mí el ovillo del sueño
de tu viejo relato innumerable.

Bondad abrahámica de Lola Arriaga,
maestra del Dios del cielo enseñando en Anáhuac,
sustento de milagro que me dura en los huesos
y que afirma mis piernas en las siete caídas.

Encuentro tuyo en la tierra de México,
conversación feliz en el patio con hierbas,
casa desahogada como tu corazón,
y escuela tuya y mía que es nuestro largo abrazo.

Madre mía sin sueño, velándome dormida
del odio suelto que llegaba hasta la puerta
como el tigrillo, que hallaba tus ojos,
y que se iba con carrera rota...

Los cuentos que en la sierra a darme no alcanzaste
me los llevas a un ángulo del cielo.
¡En un rincón, sin volteadura de alas,
dos viejas blancas como la sal diciendo a México
con unos ojos tiernos como las tiernas aguas
y con la eternidad del bocado de oro
en nuestra lengua sin polvo del mundo!

La isla celebra fiesta de la niña.
El trópico es como Dios absoluto
y en esos soles se muere o se salva.

Anda el café como un alma vehemente;
en venas anda de valle o montaña
y punza el sueño de niños oscuros:
hierve en el pan y sosiega en el agua.

De leño tiene su casa la niña
y llega el viento del mar a su cama;
abre en truhan con olor de plantíos
y entran en él toronjales y cañas.

La niña lee un poema de Blake
y de San Juan de la Cruz una estancia,
cuenta sus años y saltan los veinte
como perdiz al mirar su nidada...

Se los sabía y no los sabía;
en huevos de oro le colman la falda:
cuando pasea son veinte flamencos;
cuando conversa son veinte calandrias.

Ella se acuerda de Cuba y Castilla,
de adolescencias de ayer y de infancias.
Niña jugó bajo un árbol del pan
y amó de amor en las Córdoba blancas.

Cantan sus muros de fábulas locas;
cuando se duerme, más alto le cantan;

toda canción que es canción de los hombres
ellos las tienen, las silban, las danzan.

Van por los muros en aves o víboras;
cuando ella duerme se suben y bajan:
el Siboney y la india Guarina,
el Mar de los Sargazos y el Barco Fantasma.

La negra sirve un café subterráneo,
denso en el vértigo y casto en la nata.
Entra partida de su delantal,
de risa grande y bandeja de plata.

Yo, que no estoy, se la mando a que llegue
tosca y divina como es una fábula,
y mientras bebe la niña su néctar,
la negra dice su ensalmo de magia.

Sale corriendo a encontrar sus amigas,
grita sus nombres de tierras cristianas.
Se llaman dulce, modoso o agudo:
Águeda, Juana, Clarisa, Esperanza.
Y entre ellas hierven revoloteando
locas palomas pardijaspeadas.

Los mozos llegan a la hora de siesta;
son del color de la piña y el ámbar.
Cuando la miran la mientan su sangre;
si consintiese, llamaránla Patria.

En medio de ellos parece la piña,
entre su mata ceñida de espadas.

En medio de ellos es el flamboyán,²⁷
llama que el viento tajea en mil llamas.

La aman diversa y nacida de ellos,
como los lagos se aman sus garzas.
Y otra vez caen y vuelan sesgucando
palomas rojas y amoratadas.

Ahora duerme en cardumen de oro
del cielo tórrido, junto a las palmas,
adormecida en su isla de fuego,
pura en su tierra y en su agua antillana.

Duerme su noche de aromas y duerme
sus mocedades que aún son infancias.
¡Duerme su patria que son tres Antillas
y los destinos que están en su raza!

27 El "árbol del fuego", que vino del océano Índico con nombre medio galo.

Sabiduría de Rafaela Ortega,
hallazgo en la vía, copa de plata ganada en mi viaje.
Se me rompe tu cara
en los cien países cruzados,
y yo voy a juntarla
y a colgarla en el muro de todas mis casas.

En una comisura la paciencia,
la piedad en la otra y, al medio, la sonrisa;
gotas de aceite dorado que tiemblan,
las dos iguales como sus cejas.

Grueso cuerpo sin marchas y ademanes dormidos,
algodones candeales que se van y se vienen.
Modo de hablar de madeja de lana,
tan suave, tanto, que engaña al rebelde,
porque es gobierno de cuanto la toca,
imperceptible y ceñido gobierno.

Si me lo enseña, volteo este mundo,
mudo los cerros y tuerzo los ríos,
y hago danzar a mozos y viejos
sin que ellos sepan que danzan sonámbulos...

Caminar suave que el aire no parte,
para salas de hospitales con caras volteadas
y oídos que el dolor vuelve maravillosos,
o para playas con siestas de niños
hundidos como huevos de gaviota en la duna.
Ella haciendo la rueda,

sin que el viento le grite en la cofia
ni rezongue la guija en sus pies.

Vino después de su tiempo. Ha dejado
por cortesía pasar a los otros:
a Las Casas y a Vasco Quiroga.
No llegó a la América a plantar oficios
—oficios viejos en tierra doncella—
y yo perdí con ella, para siempre,
marco de telar cruzando mi cara,
el hacer los tapices vehementes
y el redondear cantando una jarra.

Rojez de prisa, no se la miraron.
Carrera loca, no le han conocido.
Una reina perdió su reino,
mas no rompió el césped con su cabalgata
para llegar a tiempo al reparto.

Su único pecado yo se lo conozco:
se quedó sola; reza y borda sola,
sin nube de amor sobre su cabeza
y sin arrayán de amor a su espalda.
Pecado en tremenda tierra castellana,
donde las aldeas de soledad gritan
a cielo absoluto y tierra absoluta...

Sabiduría de Rafaela Ortega,
tarde llegó a sazonarme la lengua.
¿Cómo la oveja lame la sal gema
que afirma un corazón que lleva al matadero,
yo la he conocido de paso a la muerte,
y la dejo aquí contada y bendita!

RECADO PARA LA RESIDENCIA
DE PEDRALBES EN CATALUÑA

La casa blanca de cien puertas
brilla como ascua a mediodía.
Me la topé como a la Gracia,
me saltó al cuello como una niña.
La patria no me preguntaron,
la cara no me la sabían.
Me señalaron con la mano
lecho tendido, mesa tendida,
y la fiebre me conocieron
en mi cabeza de ceniza.

La palma entra por las ventanas,
el pinar viene de las colinas,
el mar llega de todas partes,
regalándole epifanía.
La tierra es fuerte como Ulises,
el mar es fiel como Nausicaa.

Me miran blando las que miran,
caminan blando las que caminan.
No pesa el techo a mis espaldas,
no cae el muro a las rodillas.
El umbral fresco como el agua
y la sala como madrina;
la hora quieta, el muro fiel,
la loza blanca, la cama pía.
Y en silla dulce descansando
las Noemías y las Marías.

De Cataluña es la aceituna
y el frenesí del malvasía;
de Mallorca son las naranjas;
de las Provenzas, el habla fina;
de unas manos que no se ven
son los panes de tierna miga
donde la Francia ya se acaba
y no comienza Andalucía.

Los días son fieles y francos
y es más prieta la noche fija.
Por los patios corre, en espejos
y en regatos, la mocería.

El silencio después se raya
de unos ángeles sin mejillas,
y en el lecho la medianoche,
como un guijarro, mi cuerpo afila.

Hacía años que no paraba,
y hacía más que no dormía.
Casas en valles y en mesetas
no se llamaron casas mías.

El sueño era como las fábulas,
la posada como el Escita;
mi sosiego la presa de agua
y mis gozos la dura mina.

Pulpa de sombra de la casa
tome mi máscara en carne viva.
Pasión mía que la recuerden,
espalda mía que la sigan.

Pene en los largos corredores
mi caminar de cierva herida,
y la oración, que es la verónica,
tenga mi faz cuando la digan.

¡Volteo el ámbito que dejo,
miento el techo que me tenía,
marco escalera, beso puerta
y doy la cara a mi agonía!

RECADO A VICTORIA OCAMPO
EN LA ARGENTINA

Victoria, la costa a que me trajiste,
tiene dulces los pastos y salobre el viento,
el mar Atlántico como crin de potros
y los ganados como el mar Atlántico.

Y tu casa, Victoria, tiene alhucema,
y verídicos tiene hierro y maderas,
conversación, lealtad y muros.

Albañil, plomero, vidriero,
midieron sin compases, midieron mirándote,
midieron, midieron..
Y la casa, que es tu vaina,
medio es tu madre, medio tu hija..
Industria te hicieron de paz y sueño;
puertas te dieron para tu antojo
y el umbral tendieron a tus pies...

Yo no sé si es mejor fruta que pan
y es el vino mejor que la leche en tu mesa.
Tú decidiste ser “la terrestre”,
y te sirve la tierra de la mano a la mano,
con espiga y horno, cepa y lagar.

La casa y el jardín cruzan los niños;
ellos parten tus ojos yendo y viniendo;
sus siete nombres llenan tu boca,
los siete donaires sueltan tu risa
y te enredas con ellos en hierbas locas
o te caes con ellos pasando médanos.

Gracias por el sueño que me dio tu casa,
que fue de vellón de lana merino;
por toda hora en que olí allucema,
por la mañana en que oí las torcazas;
por tu ocurrencia de “fuente de pájaros”,²⁸
por tanto verde en mis ojos heridos,
y bocanada de sal en mi aliento:
por tu paciencia para poetas
de los cuarenta puntos cardinales...

Te quiero porque eres vasca
y eres terca y apuntas lejos,
a lo que viene y aún no llega;
y porque te pareces a bultos naturales:
a maíz que rebosa la América
—rebosa mano, rebosa boca—,
y a la pampa que es de su viento
y al alma que es del Dios tremendo...

Te digo adiós y aquí te dejo,
como te hallé, sentada en dunas.
Te encargo tierras de la América,
¡a ti tan ceiba y tan flamenco,
y tan andina y tan fluvial
y tan cascada cegadora
y relámpago de la pampa!

Guarda libres a tu Argentina,
el viento, el cielo y los trojes;

28 V.O. ha hecho en su jardín de Mar del Plata una fuentecita mínima de piedra donde beben los pájaros. Y la alimenta...

libre la cartilla,²⁹ libre el rezo,
libre el canto, libre el llanto,
el pericón y la milonga,
libre el lazo, libre el galope:
¡el dolor libre, la dicha libre!

Por la ley vieja de la tierra;
por lo que es, por lo que ha sido,
por tu sangre y por la mía,
¡por Martín Fierro y el gran Cuyano
y por Nuestro Señor Jesucristo!

29 Cartilla. Cuaderno impreso, con letras del alfabeto y rudimentos básicos para aprender a leer.

N O T A S

Alguna circunstancia me arranca siempre el libro que yo había dejado para las calendas, por dejadez criolla. La primera vez el maestro Onís y los profesores de español de Estados Unidos forzaron mi flojedad y publicaron *Desolación*; ahora entrego *Tala*, por no tener otra cosa que dar a los niños españoles dispersados a los cuatro vientos del mundo.

Tomen ellos el pobre libro de mano de su Gabriela, que es una mestiza de vasco, y se lave *Tala* de su miseria esencial por este ademán de servir, de ser únicamente el criado de mi amor hacia la sangre inocente de España, que va y viene por la península y por Europa entera.

Es mi mayor asombro, podría decir también que mi más aguda vergüenza, ver a mi América española cruzada de brazos delante de la tragedia de los niños vascos. En la anchura física y en la generosidad natural de nuestro continente, había lugar de sobra para haberlos recibido a todos, evitándoles la estada en países de lengua imposible, en climas agrios y entre razas extrañas. El océano esta vez no ha servido para nuestra caridad, y nuestras playas, acogedoras de las más dudosas emigraciones, no han tenido un desembarcadero para los pies de los niños errantes de la desgraciada Vasconia. Los vascos y medio vascos de la América hemos aceptado el aventamiento de esas criaturas de nuestra sangre y hemos leído, sin que el corazón se nos arrebate, los relatos desgarrantes del regateo que hacían algunos países para recibir los barcos de fugitivos o de huérfanos. Es la primera vez en mi vida en que yo no entiendo a mi raza y en que su actitud moral me deja en un verdadero estupor.

La grande argentina que se llama Victoria Ocampo, y que no es la descañada que suele decirse, regala enteramente la impresión de este libro hecho en su Ediciones Sur. Dios se lo pague y los niños españoles conozcan su alto nombre.

En el caso de que la tragedia española continúe, yo confío en que mis compatriotas repetirán el gesto cristiano de Victoria Ocampo. Al cabo, Chile es el país más vasco entre los de América.

La Residencia de Pedralbes, a la cual dediqué el penúltimo poema de *Tala*, alberga un grupo numeroso de niños vascos, y a mí me conmueve saber que ellos viven cobijados por un techo que también me dio amparo en un invierno duro. Es imposible en este momento rastrear desde la América las rutas y los campamentos de aquellas criaturas desmigadas en suelo europeo. Destino, pues, el producto de *Tala* a las instituciones catalanas que los han recogido dentro del territorio, de donde ojalá nunca hubiesen salido, a menos de venir a la América de su derecho natural. Dejo a cargo de Victoria Ocampo y de Palma Guillén la elección del asilo al cual se apliquen los pocos dineros recogidos.

Ruego que no despojen a los niños vascos las editoriales siguientes, que me han pirateado los derechos de autor de *Desolación* y de *Ternura*, e invoco para ello el nombre de los huérfanos españoles: la Editorial catalana Bauzá y la editorial Claudio García, del Uruguay, son las autoras de aquella mala acción.

Alfonso Reyes creó entre nosotros el precedente de las notas del autor sobre su propio libro. Cargue él, sabio y bueno, con la responsabilidad de las que siguen.

Es justa y útil la novedad. Entre el derecho del crítico capaz—llamémosle Monsieur Sage—y el que usa el eterno Don Palurdo, para tratar de la pieza que cae a sus manos, cabe una lonja de derecho para que el autor diga alguna cosa. En especial el autor que es poeta y que no puede dar *razones* entre la materia alucinada que es la poesía. Monsieur Sage dirá que *sí* a la pretensión; Don Palurdo dirá, naturalmente, que *no*.

Una cauda de notas finales no da énfasis a un escrito, sea verso o prosa. Ayudar al lector no es protegerlo; sería cuanto más saltarle al paso, como el duende, y acompañarle unos trechos de camino, desapareciendo en seguida...

Lleva este libro algún pequeño rezago de *Desolación*. Y el libro que le siga —si alguno sigue— llevará también un rezago de *Tala*...

Así ocurre en mi valle de Elqui con la exprimadura de los racimos. Pulpas y pulpas quedan en las hendidias del lagar. Las encuentran después los peones de la vendimia. Ya el vino se hizo y aquello se deja para el turno siguiente de los canastos...

DEDICATORIA

Tardo es mi pago de deudas. Pero en esta ausencia de doce años de mi México no tuve antes sosiego largo para juntar lo disperso y aventado. ¡La paz de los Portugales no se la tuvo antes!

“MUERTE DE MI MADRE”

Ella se me volvió una larga y sombría posada; se me hizo un país en que viví cinco o siete años, país amado a causa de la muerte, odioso a causa de la volteadura de mi alma en una larga crisis religiosa. No son ni buenos ni bellos los llamados “frutos del dolor”, y a nadie se los deseo. De regreso de esta vida en la más prieta tiniebla, vuelvo a decir, como al final de *Desolación*, la alabanza de la alegría. El tremendo viaje acaba en la esperanza de las “Locas letanías” y cuenta su remate a quienes se cuidan de mi alma, y poco saben de mí desde que vivo errante.

“NOCTURNO DE LA CONSUMACIÓN”

Cuantos trabajan con la expresión rimada, más aún con la cabalmente rimada, saben que la rima, que escasea al comienzo, a poco andar se viene sobre nosotros en una lluvia cerrada, entrometiéndose dentro del verso mismo, de tal manera que, en los poemas largos, ella se vuelve lo natural y no lo perseguido... En este momento, rechazar una rima interna llega a parecer... rebeldía artificiosa. Ahí he dejado varias de esas rimas internas y espontáneas. Rabie con ellas el de oído retórico, que el niño o Juan Pueblo, criaturas poéticas cabales, aceptan con gusto la infracción.

“NOCTURNO DE LA DERROTA”

No solo en la escritura, sino también en mi habla, dejo por complacencia mucha expresión arcaica, sin poner más condición al arcaísmo que la de que sea fácil y llano. Muchos, digo, y no todos los arcaísmos que me acuden y que sacrifico en obsequio de la persona antiarcaica que va a leer. En América, esta persona resulta siempre ser una capitalina. El campo americano —y en el campo yo me crié— sigue hablando su lengua nueva vetuada de arcaísmos abundantes. La ciudad, lectora de libros doctos, cree que un tal repertorio arranca en mí de los clásicos añejos, y la muy urbana se equivoca...

“DOS HIMNOS”

Después de la trompa épica, más elefantina que metálica, de nuestros románticos, que recogieron la gesticulación de los Quintana y los Gallegos, vino en nuestra generación una repugnancia exagerada hacia el himno largo y ancho, hacia el tono mayor. Llegaron las flautas y los carrizos, ya no solo de maíz, sino de arroz y cebada... El tono menor fue el bienvenido y dejó sus primores, entre los que se cuentan nuestras canciones más íntimas y acaso las más puras. Pero ya vamos tocando al fondo mísero de la joyería y de la creación en acónitos. Suele echarse de menos, cuando se mira a los monumentos indígenas o la cordillera, una voz entera que tenga el valor de allegarse a esos materiales formidables.

Nuestro cumplimiento con la tierra de América ha comenzado por sus cogollos. Parece que tenemos contados todos los caracoles, los colibríes y las orquídeas nues-

tros, y que siguen en vacaciones cerros y soles, como quien dice la peana y el nimbo de la Walkiria terrestre que se llama América.

Lo mismo que cuando hice unas rondas de niños y unas “Canciones de cuna”, balbuceo el tema por vocear su presencia a los mozos, es decir, a los que vienen mejor dotado que nosotros y “con la estrella de la fortuna” a mitad de la frente. Puede que, como en el caso anterior, el que entendió la señal siga la ruta y alcance el logro. Yo sé muy bien que doy un puro balbuceo del asunto. Igual que otras veces, afronto el ridículo con la sonrisa de la mujer rural cuando se le malogra el frutillar o el arropo en el fuego...

El que discuta la necesidad de hacer de tarde en tarde el himno en tono mayor, sepa a lo menos que vamos sintiendo un empalago de lo mínimo y de lo blando, del “mucílago de linaza”.

Si nuestro Rubén, después de la “Marcha triunfal” (que es griega o romana) y del “Canto a Roosevelt”, que es ya americano, hubiese querido dejar los Parises y los Madriles, y venir a perderse en la naturaleza americana por unos largos años —era el caso de perderse a las buenas— ya no tendríamos estos temas en la cantera; estarían devastados y andarían entonando el alma del mocerío. Llega el escuadrón de mozos sin mucho gusto que digamos del “Aire suave” o de la marquesa Eulalia. Tiene razón: el aire del mundo se ha vuelto un peluche violento y el mar de jacintos se muda de pronto en el otro mar que los marinos llaman *acarnerado*.

“ SA U D A D E ”

Suelo creer con Stefan George en un futuro préstamo de lengua a lengua latina. Por lo menos, en el de ciertas palabras, logro definitivo del genio de cada una de ellas, expresiones incommovibles en su rango de palabras “verdaderas”. Sin empacho encabezo una sección de este libro, rematado en el dulce suelo y el dulce aire portugueses, con esta palabra *saudade*. Ya sé que dan por equivalente de ella el *soledades* castellano. La sustitución vale para España; en América, el sustantivo *soledad* no se aplica sino en su sentido inmediato, único que allá le conocemos.

“ B E B E R ”

Falta la rima final, para algunos oídos. En el mío, desatento y basto, la palabra esdrújula no da rima precisa ni vaga. El salto del esdrújulo deja en el aire su cabriola como una trampa que engaña al amador del sonsonete. Este amador, persona colectiva que fue millón, disminuye a ojos vistas, y bien se puede servirlo a medias, y también dejar de servirlo...

“ T O D A S Í B A M O S A S E R R E I N A S ”

Esta imaginería tropical vivida en un valle caliente, aunque sea cordillerano, tenía su razón de ser. El hacendado don Adolfo Iribarren —Dios le dé bellas visiones en el cielo—, por una fantasía rara de hallar en hombre de sangre vasca, se había creado, en su casa de Montegrande, casi un parque medio botánico y zoológico. Allí me había yo de conocer el ciervo y la gacela, el pavo real, el faisán y muchos árboles exóticos; entre ellos, el flamboyán de Puerto Rico, que él

llamaba por su nombre verdadero de “árbol del fuego” y que de veras ardía en el florecer, no menos que la hoguera.

No bautizan con Ifigenia sino con Efigenia, en mis cerros de Elqui. A esto lo llaman ‘disimilación’ los filólogos y es operación que hace el pueblo, la mejor criatura verbal que Dios crió, la cual avienta el vocablo de pronunciación forzada y pedante, por holgura de la lengua y agrado del oído.

“ L A S O M B R A ”

Ya otras veces ha sido, para algún místico, el cuerpo la sombra y el alma, la “verdad verídica”. Como aquí.

“ P O E T A ”

La poesía entrecomillada pertenece al orden de las que en conjunto podrían llamarse *La garganta prestada* como “Viejo León” y “Jugadores”. A alguno que rehuía en la conversación su confesión o su anécdota, se le cedió filialmente la garganta. Fue porque en la confidencia ajena corría la experiencia nuestra a grandes oleadas o fue sencillamente porque la confidencia patética iba a perderse como vilanos en el aire. Infel es el aire al hombre que habla, y no quiere guardarle ni siquiera el hálito. Yo cumplo aquí, en vez del mal servidor...

“ALBRICIAS”

Albricia mía: en el juego de las albricias que yo jugaba en mis muñecas del valle de Elqui, sea porque los chilenos nos evaporamos la *s* final, sea porque las albricias eran siempre cosa en singular —un objeto escondido que se buscaba—, la palabra se volvía una especie de sustantivo colectivo. Tengo aún en el oído los gritos de las *buscadoras* y nunca más he dicho la preciosa palabra sino como la oí entonces a mis camaradas de juego.

La feliz criatura que inventó la expresión donosa y la soltó en el aire, vio el contenido de ella en pluralidad, como una especie de gajo de uvas o de puñado de algas, y en plural la dio, puesto que así *la veía*. El sentido de la palabra en la tierra mía es el de *suerte, hallazgo o regalo*. Yo corrí tras la *albricia* en mi valle de Elqui, gritándola y viéndola en unidad. Puedo corregir en mi seso y en mi lengua lo aprendido en las edades feas —adolescencia, juventud, madurez—, pero no puedo mudar de raíz las expresiones recibidas en la infancia. Aquí quedan, pues, esas albricias en singular...

“RECADOS”

Las cartas que van para muy lejos y que se escriben cada tres o cinco años, suelen aventar lo demasiado temporal —la semana, el año— y lo demasiado menudo —el natalicio, el Año Nuevo, el cambio de casa. Cuando se las escribe sobre el rescoldo de una poesía, sintiendo todavía en el aire el revoloteo de un ritmo solo a medias roto y algunas rimas de esas que llamé entrometidas, en tal caso, la carta se vuelve esta cosa juguetona, tirada aquí y allá por el verso y por la prosa que se la disputan.

Además, la persona nacional con quien se vivió (personas son siempre para mí los países) a cada rato se pone delante del destinatario y a trechos lo desplaza. Un paisaje de huertos o de caña o de cafetal, tapa de un golpe la cara que teníamos a la vista y a la que sonreíamos; un cerro suele cubrir la casa que estábamos mirando y por cuya puerta la carta va a entrar, llevando su manojito de noticias.

Me ha pasado esto muchas veces. No doy por novedad tales caprichos o jugarretas: otros las han hecho y, con más pudor que yo, se las guardaron. Yo las dejo en los suburbios del libro, *fuora dei muri*, como corresponde a su clase un poco plebeya o tercerona. Las incorporo por una razón atrabiliaria, es decir, por una loca razón, como son las razones de las mujeres: estos “Recados” llevan el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural con el que he vivido y con el que me voy a morir.

DE PUÑO Y LETRA

DE PUÑO Y LETRA es un regalo para el lector,
una sección de documentos manuscritos y originales
del autor o relacionados con el tema de la publicación.
Para este libro adjuntamos manuscritos pertenecientes
al Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional.

DESOLACIÓN

Ceras eterna
~~Amorosa~~

^{Conced}
Ah! nunca más tu boca ~~quiere~~
¡Fue las serfuerzas del beso, que me ^{me}
concupiscencia, como tú ^{te} ~~te~~

Tu vuelven a ser los flores y minutos
apretada de mi cuerpo, los labios
que yo quise inocentes!

Ah! nunca más ^{conocerá tu} ~~tray~~
el mundo horrible que en mis ^{no} ~~no~~
perenne amor; ~~el~~ mundo de ~~te~~ ^{de} ~~de~~

^{Por}
En su fosie ^{de} ~~de~~
quedaron en la tierra ^{de} ~~de~~
ya; Dios mío! seguros!

Ah! nunca más tus ^{de} ~~de~~
teubán un rostro ^{de} ~~de~~
de lascivia, en sus ^{de} ~~de~~

El surtidor.

Fui cual el surtidor abandonado
que muerto sigue oyendo su estuqueo
Cien sur labios de piedra se han quedado
Tal como en mis entrañas, el fragor.

Creo aun que el destino en ha venido
su tremenda palabra a desgajar
que nada está segado ni persiste
que si estiendo mis brazos he de hallar.

Fui como el surtidor en un seco río.
Ya otro en el parque erige su caución.
Pero como él se ve ha enloquecido
sueña que el canto está en su corazón.

Sueña que erige hácia el azul por jantes
rigos de espuma. Y se apaga su voz.
Sueña que el agua colma de estambres
vivos su pecho. Y lo ha vaciado Dios!

Temas de la madre triste.

Mei padre me ju-
tó que me echaría, grito
a mi madre que me echa-
ra esta misma noche.

La noche es tibia; ~~hay~~
en la claridad de las estre-
llas, yo podría caminar
hasta la aldea próxima.
pero ¿si nace en estas
horas? Mis sollozos se han
seco agitados llamados tal
vez; tal vez quienes salen
por ver mi casa con la ju-
masa tiritante bajo las
estrellas crudas, aunque
yo lo cubiera.

T A L A

El Nocturno del Descendimiento

En este Nocturno oscuro, porque algunos poemas no pueden ser sino oscuros, yo he contado una sensación absolutamente verídica de la soledad y el abandono y el dolor de Jesucristo, que sentí visto en un Calvario de Cerro portugués en el año tremendo de la Guerra Española.

Es sólo ese pedazo de Europa, sino toda ella, la que entrega esta visión sobrenatural de defección, de

RIQUEZA

Novela
Parece que sucede en la juventud que todos los bienes o tesoros nuestros estén brutalmente a la vista, como el tendal de las naranjas en el corredor de la huerta valenciana o como los tendales de duraznos en el patio de la hacienda de Coquimbo. La juventud lo tiene todo debajo de sus manos, o sobre las palmas, en el primer plano ^{siempre en el 1º plano,} y su tesoro es de ver y tocar. Aunque a la juventud la sigamos llamando el alba ~~no hay tal alba en ella sino un mediodía crudo y cenital,~~ ^{es en el alba sin la hora} ~~la hora~~ sin gota de misterio, sin brizna de saudade, excepto en los jóvenes enfermos o en los que nacen extrañablemente

COSAS

La vida en el extranjero, ha hecho de mí una curiosa persona ~~de cuerpo todavía bastante sólido~~, pero seguida de una familia de fantasmas.

Como cuando la niebla o la bruma se tajan por el sol, ~~en varios puntos~~, el paisaje extranjero se me abre de pronto en unos pedazos fantasmales y yo me quedo mirando en Italia un trozo de huerto mío que es coquimbano, o mirando en una aldea provenzal, el umbral viejo y raído de la casa de mi infancia; o en las dunas de Cataluña, ~~de golpe~~ ^{después de ver} ~~dejo de ver un grupo de bañistas~~, ^{al} ~~para no mirar sino un~~ ^{grupo}

C O L O F Ó N

Obra reunida de Gabriela Mistral incluye sus textos más importantes y significativos, aquellos que se podrían denominar como canónicos, editados en vida por la autora, y que han sido publicados en libros individuales y en diversas compilaciones anteriores, y también una cantidad significativa de textos póstumos, inéditos y dispersos que estimamos acabados y no en proceso de escritura. La concepción de esta *Obra reunida* es, principalmente, la de una edición de divulgación para un público lo más amplio posible. El texto fue compuesto con la familia tipográfica *Biblioteca*. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de mil ejemplares y fue impresa en Graphika Impresores. Santiago de Chile, noviembre de dos mil veinticinco.



EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Director	Thomas Harris Espinosa
Diseñador	Felipe Leal Troncoso
Asistente editorial	Carla Salazar Núñez
Secretaria	Araceli González Cerei
Distribución	Nora Carreño Cepeda

UNIDAD DE PROGRAMACIÓN
Y DIFUSIÓN PATRIMONIAL SERPAT

Coordinadora	Valentina Orellana Guarello
Mediación	Francisca Santibáñez Marambio
Diseño	Magdalena Derosas Contreras

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en Chile por Grafhika impresores



PREMIO NOBEL
80 AÑOS

Gabriela
Mistral

